

A la memoria de nuestro padre.

Pepe Santana

EPISODIOS DE LA VIDA VULGAR

Dolares Miltares de
Hernandez
2 de Enero 1918

I

A bordo del viejo Guanarteme

Desde las cuatro de la mañana empezó á disminuir gradualmente la velocidad del *Guanarteme*. Rayaba apenas el día y el infeliz vapor, entrado en años, daba tumbos irregulares y perezosos en el agua profunda é inmóvil, jadeando como un viajero asmático en lo alto de la cuesta que acaba de subir.

El golpe rítmico y decreciente de la máquina, la palpitación levísima é incesante del buque todo, que anuncia la proximidad del puerto, despertaron á Pepe Santana, que dormitaba en el nicho revuelto y oscilante de su camarote de segunda.

Lavóse rápidamente la cara, y, agitado por ligero temblor convulsivo, entróse aprisa la americana y subió á saltos la escalerilla de la cámara.

Empezaba á amanecer. En el cielo, una legión de nubes redondas, compactas, sombrías, se precipitaba velozmente hacia el sur, ocultando y descubriendo alternativamente el ténue fulgor de las últimas estrellas. Más allá de la popa la noche, negra aún, escondía el inmenso camino líquido recorrido en cuatro inabables singladuras, amenizadas por la impaciencia y el mareo. A la izquierda, en el último confín del horizonte, una leve mancha de oro crecía y se dilataba poco á poco, como una esperanza de luz. Flotaban en el espacio, apenas perceptibles, las emanaciones de la tierra próxima.

--Felices, querido, dijo de súbito una voz mezquina y ronca. Y un señor pequeño, escualido, se incorporó en el húmedo banco donde yacía, tendiendo á Pepe Santana una mano delgada, pegajosa, llena de huesos.

—Salud, D. Mariano. Qué tal? Se ha descansado?

—Nada de eso, querido. Qué noche! Bien me decía usted ayer que la travesía de Villacruz á Atlántica era lo peorcito del viaje. Y qué servicio, querido! Qué literas! Qué pútridas emanaciones! Oiga usted.... (atiplando la voz) Camarero!.... Camarero!.... Abajo está Pura desgañitándose para que le traigan un pocillo de chocolate.... Que si quieres. (Exaltándose). He de escribir al Ministro en llegando. No me diga usted que no. Verá que raspa-polvos se calza la compañía. Me parece estar leyendo el volante de Paco Redondo. Porque somos amigos viejos.... Sabe usted?

Detúvose para tomar aliento. Debajo de su nariz, delgada é inquisidora, serpeaba el bigotillo recortado, áspero y mal teñido. Sus ojos pertenecían á diferentes categorías zoológicas: el derecho era de ratón, negro y vivaracho: el izquierdo de pescado, acuoso, parado y sin expresión.

—Pero, D. Mariano, por qué no tomó usted billete de primera? Con seguridad lo hubiera pasado mucho mejor.

—Si usted supiera, querido. Fué la equivocación más salada.... Un error de mi primo Pepe, el mariscal de campo, el que estuvo en Filipinas y tiene cinco millones de pesetas. Sí, hombre, sí. Figúrese que....

Paróse bruscamente, porque en aquel instante se acercaba, adusto y con cara de mil demonios el segundo oficial, hombre de pocos amigos. La verdad era que don Mariano de la Tuesta, empleado de corto sueldo, con señora y ocho de familia, había tomado en Cádiz pasaje de tercera y que el benévolo capitán D. Pedro, desde la primera noche del viaje, le había pasado á segunda, á él y á toda la tribu.

Recostóse de nuevo el viejo en el duro banco, cruzando sobre el pecho las solapas grasientas de un chaquet verdinegro, que malamente cubría la camisa sin cuello ni puños, que amarilleaba de puro sucia. Una de las peludas zapatillas cayó al suelo con estrépito, descubriendo el calcetín, faltó asimismo del saludable contacto del agua y del jabón.

En ésto salía de la cámara Joaquinito, el primogénito, más obscuro que un rifeño, lampiño, con el pelo negro y luciente pegadito á las sienes, pecho hundido, mucha nuez en el pescuezo y lentes de acero cabalgando en su nariz de cacatúa. Detrás de él asomaron los pequeños, de alpargatas calzados, quien chupando una naranja, quien despojando á un plátano de su dorada corteza, que luego salía disparada por encima de la borda.

Apartóse Pepe Santana del grupo, temeroso de que Joaquinito le echara el arpón de su charla insustancial y dirigióse con vacilante paso hacia la proa.

Un hombre, asido á una de las barras de hierro pintado que sirven para sostener el toldo, volvióse de improviso. Era un pobre teniente de infantería, vestido aún de rayadillo, que volvía de Cuba. En su cara larga, triste y biliosa, brillaba una aurora de regocijo intenso.

—Qué hay de nuevo, Brito?

—Atlántica, contestó el otro lacónicamente.

Y con su dedo negro, corvo y afilado señalaba hácia la proa.

En aquella direcci3n, á mucha distancia todavía, se amontonaba vagamente una masa rojiza, en cuya base hervía sin cesar la espuma de las rompientes. En la cúspide titilaba una luz, ora encarnada, ora amarilla. El faro de la Isleta.

—A las nueve estaremos frente á la ciudad, dijo Pepe.

—Antes, replicó el militar.

Inconscientemente se dieron un apret3n de manos y ambos quedáronse absortos en la contemplaci3n de aquel pedacito de tierra pelado y triste, que era como el brazo extendido de la patria isleña que les invitaba á acercarse, á llegar de una vez....

En el aire inm3vil surgían de improviso ráfagas amplias y violentas que dilataban los pulmones y despleaban con bruscos estallidos la bandera española que flotaba en la popa, ora mostrando, ora escondiendo las dos letras negras de la faja amarilla, C. M., Correo Marítimo.

II

Fondo!

A las nueve estaban frente á la ciudad. Exhalaba el vapor su grito ronco é intermitente, como si saludase la llegada con ahullidos de dolor y al insistente clamoreo que venía del mar, acudía la gente al muelle, ávida de curioso, de novedades, de recibir noticias del resto del mundo, después de la forzosa incomunicación quincenal. En aquellos tiempos ya lejanos á que estos apuntes se refieren, no había ni Puerto de refugio, ni telégrafo, ni otra alguna de las portentosas innovaciones que años después transformaron las Atlánticas.

Casi al mismo tiempo que el buen D. Pedro, erguido en el puente, pronun-

ciaba con acento solemne y catalán — Fondo!, aparecióse en la toldilla doña Pura, precedida de su vientre fecundísimo, primera residencia de tantísimo Tuesta. De su talle deforme pendían unas faldas moradas como las de un trono de procesión y coronaba su testuz ornitológica una ajadísima capota. En torno de ella, cual ligeros esquifes alrededor de una fragata, bullían cuatro pollas anémicas y macabres, Amparito, Concha, Carmela y Pepa.

Todos los viajeros, chicos y grandes, apoyados en la borda, contemplaban el panorama atlántico, los forasteros con curiosidad, los hijos de la tierra con la pupila levemente empañada.

La ciudad, bañada de oro por la vibrante luz de la mañana, yacía á lo largo de la playa, bordada de espuma y escalaba las montañas grises que cierran como enorme muralla el horizonte occidental. Hacia el norte, una península en miniatura, semejante á un cetáceo de tres lomos, color de violeta oscuro, tendíase en el mar inmóvil, herido aquí y

allí por las flechas fulgurantes de la luz. Por el lado opuesto, el cielo se mostraba singularmente diáfano, con delicadezas de tul azulado y tenuísimo y sobre aquel fondo anti-natural y amanerado como una decoración de ópera, perfilábase una torre cuadrada y pizarrosa, cuya mole semejaba alzarse desde el fondo mismo del mar. Mucha casa blanca y mucho balcón verde. Cercados de esmeralda, arenas de oro y palmeras que en el ambiente tranquilo eran como surtidores vegetales cuyo líquido penacho se hubiese convertido, al beso del sol, en luciente cabellera de verdura....

Era llegado el momento de desembarcar. Allí fué el enmarañarse y confundirse D. Mariano y el corretear de un lado á otro, cual pluma barrida por el viento, afanado en la tarea de reunir sus exíguos cachivaches. Y fué tal su desgracia, que en una de aquellas carreritas acertó á colocar su aristocrática planta sobre una de las anchas extremidades del segundo, que de golpe quedó sentado sobre un baul, meciendo la enorme pe-

zuña entre sus manos callosas, como una tierna madre al infante llorón y rebelde al sueño, mientras el atortolado funcionario le contemplaba, afónico.

Acudió á salvar la situación cierto comisionista catalán, bajito, sonrosado, gordo y guapote como una jamona bien conservada, sujeto muy conocido en Atlántica donde todo el mundo le llamaba «Clarificado». Era un catalán de la especie parlanchina y ocurrente, torcionario del habla castellano, viajero impertérrito de esos que nunca marean y son la desesperación de los mayordomos, buena persona que consolaba á los novicios con bromas náuticas del tenor siguiente:

--Y *eso*, D. Fulano? Qué, le estamos dando de comer á los *peses*? Aquí me tiene *ustet* que nunca he cambiado ninguna, *de* peseta.

En esta ocasión intercedía con diplomacia sonriente.

--Y *eso*, D. Paco? Le hace mucho mal ese pié? Un callito disuelto, eh? Poca cosa, *home*, poca cosa.

.....

En aquellos tiempos era empresa peliaguda la de doblar la punta del muelle, cuando el fatídico *rebasa* levantaba còrdilleras de agua salada y abofeteaba con furor los prismas. Aún en ordinarias circunstancias había siempre en tal paraje dificultades que vencer.

El bote que conduce á Pepe Santana, á D. Mariano, señora y familia llega, impulsado por cuatro remeros descalzos, cejijuntos, tostados por el sol, al punto peligroso. Hay que esperar á la ola. Ya está aquí. El bote se levanta de improviso, con angustiosa suspensión de los estómagos, y cabalgando sobre la espalda hirviente del monstruo, acompañado del alarido gallináceo de D.^a Pura y de las cuatro niñas, rebasa los prismas verdinegros del promontorio y surca pausadamente las aguas oleaginosas, ennegrecidas por el polvo de carbón y por la sombra de la eminente muralla.

Pepe Santana, en pié, intensamente pálido, sujetando con una mano los lentes y con la otra la cartera de viaje, examina con ansiedad los semblantes, casi todos

conocidos y familiares, de los curiosos que se aglomeran detrás del parapeto, junto á la farola. En lo alto de la escalinata un brazo cubierto de dril agita convulsivamente una *cachorra* negra.

Atraca el bote. Atraído por unos ojos negros y diminutos que le miran afanosamente desde arriba, Pepe sube con nerviosa presteza la escalinata húmeda y verdosa. Y en el tumulto de la llegada, entre el vaivén mareante de la gente, rodar de carros, chasquido de látigos, romper tonante de olas, luz deslumbradora de sol, padre é hijo se abrazan rudamente, con apretón vigoroso que suspende la respiración en sus pulmones.

En aquel momento brevísimo y delicioso se aislaron por completo y cuando volvieron á divisar el mar, el cielo, las casas y las gentes, fué como si despertaran de un sueño, aturdidos.

III

Oh, cara patria!

Después que el señor Santana le soltó, Pepe fué abrazado por varias personas, algunas de las cuales no pudo conocer en aquel instante. Era un grupo compacto y bullicioso de amigos, de parientes, de gente novelera que le miraba de hito en hito. Allí estaban Pancho Vega, señor Lucas el alguacil de Palacio, Santiago el mestizo, Rafael el de los gallos, Roquito el sastre, y el amigo predilecto del recién llegado, Joaquín Pérez el zaino, á quien todos los compañeros del colegio de San Isidoro conocían por *Canabuey*, á causa del color blanco-lechoso de su cara truhanesca, sembrada de pecas.

Todo se volvía estrujones, palmetazos en la espalda, apretones de mano. Antes de llegar á San Telmo el grupo tropezó con maestro Chano, compadre del señor Santana, que acudía á media carrera, con su ancha cara de picador retirado, radiante de júbilo. Quería á Pepe como á un hijo y le abrazó llorando. Siguió luego detrás de él, pegado á sus talones, mirándole de arriba abajo y mientras se sonaba en un pañuelo rojo, tan grande como un tapete, murmuraba con aquel tonillo lánguido y quejumbroso que tanto impresionaba al recién llegado, después de cinco años de ausencia.

— Qué *rejundido* viene, jinojo! Qué pitre! Vaya á la porra el niño!

Y otras exclamaciones por el estilo, que revelaban su íntimo gozo.

En la calle de Isabel la Católica fué necesario detenerse varias veces, para corresponder á prolongados saludos. Aquí el dueño de la tabaquería *La flor de Cuba*, indiano siempre en mangas de camisa, con su cara eclesiástica, arrugada y verdinegra como la piel de un habano;

allí el maestro barbero, propietario de *La Elegante*, moreno y bigotudo como un balletero del tiempo de la conquista, usurero felino é implacable; más lejos Piférrer *el pañero*, catalán rubicundo, redondo como un planeta.

Un sacerdote gigantesco, una torre con hábitos, atravesó el empedrado para estrechar la mano del señor Santana.

—D. Pepe, como va? Con que ya llegó el indiano? *De arrancada*, verdad? Será este pollo?

—El mismo es. Pero que usted no le conocía?

—Con otra vista serán dos. Para servir á ustedes. Pues nada... con felicidad sea. Ya tiene usted un hombre.

Era ésta la voz general. Pepe estaba hecho un hombre.

Y el hombre se detenía á cada paso, contemplando con íntima delectación las cosas todas de su país, mil detalles dormidos en un rincón de su memoria, que le salían de improviso al encuentro, como antiguos amigos que piden la bienvenida. Todo le sorprendía y encantaba.

—Con que ya quitaron el pilar viejo! Todavía está sin fabricar la casa quemada! Será posible que aún no se haya muerto *Crujido?*

Y en efecto un viejo, un *palanquín* desarrapado y descalzo pasó, exclamando con voz de bajo profundo y alcohólico:

---Dios me lo conserve, D. Pepito.

Acercábanse poco á poco al barrio natal, á las Cantoneras, en medio de la curiosa espectación de los escasos transeuntes y de las señoras y niñas que aquí y allí se asomaban á las ventanas y balcones. Pepe caminaba erguido, enderezando el espinazo, buscando elegancias en su busto juvenil, seguro de producir efecto con su terno de viaje azul oscuro y su hongo de última moda. A su lado trotaba el señor Santana, radiante, con su ropa de dril almidonada y aplanchada, sin corbata (nunca la usó), inclinada hácia atrás la *cachorra* de fieltro negro de anchas alas, mascando con sus dientes negruzcos la *cachimba* de madera, que nunca se le caía de la boca.

Desde la esquina de las Cantoneras, aquel sitio tan presente en los recuerdos

de Pepe, en que la acequia se desgaja desde pequeña altura, formando una cascada transparente y rumorosa, á la sombra de una higuera, viose correr, viniendo desde arriba, á dos chiquillas bien peinadas, vestidas de vistosa zaraza.

—Pepilla, Soledad!

Y el viajero corrió, tendiendo los brazos, hasta chocar con las dos hermanitas, que se arrojaron locamente á su cuello, alzando hácia él sus caras diminutas, pálidas de emoción.

Pasados los primeros instantes:

—Ay, que trae espejuelos, dijo una.

—Y pegadito el acento de *fuera* añadió la otra.

....Faltaba la madre que dormía un poco más abajo, detrás del follaje sombrío de las plataneras, en un nicho del blanco cementerio acariciado por la tibia lumbre del sol, junto á la orilla del mar, cuyo sordo rumor se desvanecía entre los mil ruidos de aquella espléndida mañana.

Pero las madres siempre están presentes en momentos como aquel.

.....

Al día siguiente, al despertar Pepe Santana en su antiguo catre de hierro, le saludó afectuosamente la voz grave de un amigo de su niñez. Era la acequia, que corría á dos pasos, debajo de su ventana. Más lejos sonaban, con rítmico golpeo, los martillos de la herrería del maestro Gutiérrez. Pasó una mujer pregonando *almidón, almidón blanquito*. De pronto una voz ruda, abaritonada, dijo muy cerca con acento trágico:

--La leche!

Que diferentes aquellos ruidos familiares, impregnados de la paz deleitosa del rincón atlántico, de aquellos otros de la ciudad peninsular en que Pepe había hecho sus estudios, pisotear íncesante de gente atareada, rodar de coches, pitos de tranvías, gritos de vendedores, unos graves, otros agudos, (*capsas de mistos, el Liberal, el Diluvio, el Diario de Barcelona!*)

Y el almuerzo de huevos fritos y chorizos de la tierra! Y por la tarde el puchero, con piña, ñame y calabaza!

IV

Remembranzas

Frente á la puerta de la calle, en cuyas pesadas hojas de tea los anchos clavos, mojados por la lluvia, habían trazado leves regucros de herrumbre, había otra, más pequeña, pintada de verde, abierta en el paredón del naciente. Por allí se entraba á la huerta.

La huerta! Cuantas veces, en las noches de invierno, encorvado sobre la mesilla inválida, con los ojos fijos en la página del cuaderno de apuntes, teñida de amarillo por la luz mal oliente del quinquet, había Pepe evocado aquel rincón deleitoso, intrincado laberinto de plataneras, inmóvil y como pintado en el azul intenso del cielo de su país!

Cuando él tenía doce años, la lectura de los libros de Mayne Reid y de Gustavo Aymard le calentó la cabeza. Un *ukase* de su imaginación infantil convirtió la huerta de las Cantoneras en selva virgen de la América del Sur. Con la camisa fuera de los pantalones, á modo de leve túnica ceñida á la cintura por una tira de color, cubierto el cráneo en sortijado por una *cachorra* de su padre, adornada con plumas recién arrancadas á las alas palpitantes de una gallina, el intrépido cazador se deslizaba por entre los troncos húmedos y sedosos, suspendiendo el aliento, con el dedo puesto en el gatillo de su carabina de caña. El viento sopla del Norte. ¿Habría percibido el antílope las emanaciones del cazador? Y de pronto estallaba el disparo *Punn!* Y la cabra, atada por una pata en un rincón del huerto, ignorante del elevado rango que Pepe le otorgara en la escala zoológica, fijaba en él con sorpresa sus rasgados ojos amarillos.

Otras veces, el audaz aventurero se armaba de piés á cabeza, ciñendo el cu-

chillo de la cocina y la mano del almirez, á guisa de revólver. La casa del leopardo! Y entonces era más corto el camino recorrido por la imaginación, porque allí, á dos pasos, acurrucado entre dos macetas ó tendido panza al sol se hallaba, suelto y no atado, un temible representante de la raza felina, el gato.

Pues y cuando el buen Pepe era perseguido por los indios, enemigos jurados del valiente *cara pálida*. Conteniendo la respiración, borrando con una mano la huella húmeda de sus pasos, obligado á veces á encaramarse en el tronco de una higuera, el cazador competía en ingeniosas astucias con los salvajes que le seguían la pista, empeñados en despojarle de su enmarañada cabellera. Cambiábanse algunos disparos y luego seguía el feroz combate al arma blanca. Presa de fuertes ligaduras, era Pepe conducido al árbol de los suplicios, á cuyo tronco le ataban los indígenas, quienes, después de danzar en corro con un palmo de lengua afuera, lanzando á intervalos, el grito de guerra, le atormentaban con

agudísimos pellizcos, mientras el prisionero, con admirable impavidez, les insultaba llamándoles *ñangas*, *ñanguetas* y gallinas.

A veces, por variar, el conflicto se resolvía amistosamente. Concertada la paz entre ambas razas, sentábanse todos en el suelo, formando corro y pasaba de mano en mano, gravemente, *la pipa del consejo*, ó sea un cigarro virginio, robado al señor Santana, que mareaba por igual á pieles blancas y rojas.

Apenas hubo Pepe Santana saludado un ejemplar sudado y amarilloso de *Los tres mosqueteros*, la decoración cambió bruscamente. Dejó de ser *Corazón de tigre* para convertirse en Artagnan y sus amigos, los chicos de la vecindad, el hijo del maestro Chano, los dos del herrero, Rafael el de los gallos, fueron Athos, Porthos, Aramis etc.

A Canabuey, que era el más pequeño de todos, le tocaba hacer de Planchet, papel que siempre desempeñó á regañadientes, pues le tenían reducido á mantener del diestro los caballos (varas de

pírgano) mientras los demás se batían con endemoniado furor.

Oíanse exclamaciones del tenor siguiente.

—Sois un miserable!

—Defendeos, señor conde, no quiero atacaros por la espalda!

—Maldición, estoy herido!

—Pardiez!

—Mil diablos!

En medio de aquella portentosa resurrección de tiempos y costumbres heroicos y pintorescos, oíase la voz áspera del señor Santana que clamaba desde el patio.

—Niños, que *torería* es esa? Al que me destroce el platanal le rompo yo una pata.

V

Entrata di Margherita

Como el señor Santana, el padrino Chano y todos los amigos de la casa recomendaban al nuevo licenciado la vida de relación, Pepe resolvió presentarse á la sociedad atlántica en los paseos de la Alameda.

El Domingo aquel, apenas llegada la noche, él, personalmente, dió lustre á sus zapatos y cepilló el *chaquet* que era rabi-corto y estrecho de solapas, como entonces se estilaban. Vedle ya vestido, peinado, oloroso, reluciente, con capullo en el ojal y bastón entre los dedos, camino de la casa de Santiago Thornhill (el mes-tizo).

Era Santiago un abogadillo recién graduado, hijo de inglés y de española. Encontrole Pepe en mangas de camisa, batallando ante el espejo con los botones de la pechera, obeso ya á los veintidos años, con barriga de hombre serio y ancho semblante imberbe, colorado como el de su padre que, según era sabidísimo en la ciudad, acostumbraba *girarse* todas las noches con ron ó con ginebra.

Penetraron los dos amigos en el paseo, embargados por molestísima emoción, que procuraban ocultarse el uno al otro.

Desde la puerta de entrada hasta el extremo indeciso en que blanqueaba vagamente una estatua de la Gran Atlántica, se extendía una doble hilera de faroles de petróleo, debajo de los cuales alineábanse en la penumbra las sillas y los bancos, ocupados por personas de ambos sexos, estiradas como en visita. Tratábase de recorrer de una punta á otra aquel salón vegetal, aguantando el fuego cruzado de miradas inquisitivas y burlonas. Manejando el bastón con aparente desenfado, coloradas las orejas, con

levísimo sudor de angustia en la nuca, debajo del cuello de la camisa, los dos abogados realizaron su odisea, cambiando palabras cuyo significado ninguno de los dos entendía. Dos ó tres parejas de muchachas, que andaban por allí, con pisar lánguido y onduloso de criollas, les miraron al pasar, con intensa curiosidad.

Una de ellas murmuró:

—Es el hijo del señor Santana, con el de mister Tom.

Flotaban en el ambiente olores complejos de tierra húmeda, polvos de arroz y humo de tabaco y por encima del leve cuchicheo de las conversaciones y del chasquido de las hojas secas, holladas por los escasos paseantes, oíase el rumor grave y continuo del follaje de los altos plátanos, mecido por la cálida brisa de aquella límpida noche de verano.

Había curiosos en los balcones y ventanas de todas las casas que circundaban el paseo. Por fuera de la verja, en la acera y aun en el empedrado de la calle, se agolpaba númeroso público femenino de nube á la cabeza y mirada escrutadora,

congregado allí desde las primeras horas de la noche, para cambiar impresiones acerca de los vestidos y sombreros y recojer temas de conversación para las horas de costura de la próxima semana.

Cerca ya de las nueve, y á los compases de un estrepitoso paso-doble, entró pausadamente en el paseo la familia de la Tuesta.

Ya no eran los míseros emigrantes de la bodega del Guanarteme. Don Mariano, enfundado en angosta levita tornasolada, cubierto hasta las cejas por ingente sombrero de copa, contemporáneo del Estatuto Real, daba convoy á las cuatro pollas, Amparito, Concha, Carmela y Pepa, uniformemente vestidas de amarillo, como otros tantos plátanos de manzana. Rodeábales la consideración que en Atlántica se tributa á los funcionarios del Estado, que vienen de *fuera*. Decíase que la señora de Don Mariano era sobrina política de un duque y el jefe de la familia, producto ilegítimo de las condescendencias que una señora de la corte tuvo con un elevadísimo personaje. Joaquinito, estrenando

el primer traje nuevo de su terrenal existencia, paseaba, vivaracho y ocurrente, al costado de las niñas de Celaje, célebres por su miopía, gordura y simplicidad y también por la buena *conveniencia* que á su tiempo heredarían.

Terminó el paso-doble, con violentos estallidos metálicos y golpes cavernosos de bombo, y después de un rato de silencio, los clarinetes de la banda dibujaron un preludeo lánguido, lento, prolongando en el ambiente tibio y rumoroso suaves modulaciones, impregnadas de femenina dulzura. Y de aquellos trazos horizontales de armonía serena y romántica, brotó de improviso, subiendo hasta los cielos, rapidísima, culebreante como un fuego artificial, una serie de escalas ardorosas, llenas de elegancia y de juvenil alegría. Y seguidamente el wals de Fausto empezó á girar en el espacio, sacudiendo sus alas palpitantes, esparciendo por el ambiente de la tranquila noche de verano su cadencia ideal, poética, soñadora.

En el momento preciso en que un instrumento de metal perfilaba con timbre

argentino, delgado y tembloroso como la voz de un tenor la esquisita y delicada frase *Permettereste á me, mia bella damigella....* los dos licenciados, que llegaban á la puerta del paseo, tuvieron que apartarse para dar paso á una joven que entraba lentamente, acompañada de su familia. Era casi una chiquilla, esbelta y pálida, vestida de blanco, y debajo de los rizos oscuros que velaban su frente, brillaban con fulgor suave sus ojos negros, en la blancura anémica del rostro. Miró rápidamente á Pepe y sonrió y al sonreír, irradió de sus ojos una luz de aurora, una suerte de resplandor vibrante y fugitivo, que comunicó á todo el rostro una expresión extraña, apasionada y melancólica á la vez.

—Quién es, quién es, Santiago?

—Margarita, la mayor de las de Ramos.

Era Margarita. La fantasía sobre motivos del Fausto terminó pausadamente, prolongando los últimos acordes, desmayados, discretos, temblorosos como suspiros.

Y he aquí como el corazón de Pepe Santana, despertando del sueño de la adolescencia, entró de lleno en la vida accidentada y tempestuosa de la pasión, bajo el alto patrocinio del maestro Gounod, honor grande de que el ilustre compositor tal vez nunca llegó á enterarse.

VI

Canabuey y Panchelli

Joaquín Pérez (Canabuey) había sido piloto. Dióle la fiebre en la Habana y quedó tan débil que los médicos aconsejaron á sus tías (tenía cuatro, todas solteras y mayores de cincuenta) que le hicieran abandonar las rudezas del pilotaje. Desde entonces medía zaraza y despachaba carretillas de hilo y cinta blanca en la tienda del pañero Piferrer.

Era implacable conquistador de criadas y contaba los triunfos por docenas. Todas sus antiguas estratagemas de hombre de las selvas (era uno de los pieles-rojas de antaño) las empleaba

ahora en asediar y sorprender la honestidad de las pobres muchachas que bajaban de las Vegas ó de Doramas para servir en la ciudad. Apenas si encontraba resistencia. Bastaba una *visual* de aquellos ojos amarillos y truhanescos y una sonrisa de aquella boca grande y *engraciada* para precipitar á una inexperta *crianza* en los abismos de la pasión.

Aunque había nacido en la clase media, sus aficiones y hábitos le llevaban al pueblo, con atracción irresistible. Usaba siempre americana y *cachorra* y debajo del chaleco una faja de color. Montaba á burro con espuelas de plata y no paría una mujer en los *Barquitos* ó en el *Risco* sin que el amigo Canabuey amenizara la *última*, tocando divinamente la guitarra, que había aprendido bajo la dirección del señor Morales, afamado tocador atlántico.

Aunque era provocador y *amigo de pleitos*, sabía escurrir el bulto, tan pronto como el estado del ambiente anunciaba la proximidad de una lluvia de *trompadas*. Sin embargo de tener menos aliento que

una gallina, pretendía con grandísima desvergüenza sentar plaza de hombre terne y dado á los demonios.

Un día, *verbi gratia*, se presentaba en la tienda con la nariz tumefacta, de color de vino tinto.

—Qué ha sido eso, Joaquinito? le preguntaban los amigos.

—Pues nada, que anoche estaba yo hablando con una muchacha en San Nicolás y llega Antonio Lemes el de las Tenerías. Y yo le dije, digo: Esto.... Antoñito, qué es lo que mira? Y él me dijo, dice. Lo que nunca he visto. Entonces me tiré á *ovillarle una trompada*, pero *trompiqué* en una piedra y me *moli* un poco la nariz en el estadal.

Después se averiguó que la tarde anterior había estado en una *desgranada*, donde *el de las Tenerías*, molesto por cierta malagueña picante que acababa de cantar Canabuey, le había disparado un *carozo* en mitad de la nariz.

Fué Canabuey el eslabón que reanudó la interrumpida cadena de las viejas amistades de Pepe. Poco á poco rodeá-

ronle nuevamente los amigos de su infancia, los compañeros del colegio de San Isidoro, que en un principio se retrajeron, recelosos y desconfiados de que *el hombre de carrera* se negara á alternar con ellos.

Entre todos distinguió Pepe Santana á Pancho Vega, (Panchelli), un pobre diablo que tenía verdadera chifladura por la música. Debía el *nombrete* itálico á su voz cavernosa y temblona que él, de buena fé, reputaba voz de bajo cantante. Continuamente se la estaba probando, como si su larinje fuese una jaula abierta y temiese que de la noche á la mañana se le escapasen las notas, dejándole burlado. Cuando le llamaba su madre para sentarse á la mesa, aquel profundo—*Voy, mamá* con que contestaba, era una manifestación de su eterna desconfianza. Si en la tienda (también despachaba zaraza) le regateaba alguna parroquiana, su acento fatídico al decir—*Es el último precio*, estremecía á las buenas señoras de Atlántica, como la evocación de Roberto el Diablo.

Como Pepe Santana había sido durante sus estudios asiduo concurrente al quinto piso del Liceo, Vega y él solían reunirse por las tardes y mientras discurrían por el camino de las Rehoyas ó por la dorada y transparente playa de Santa Catalina, charlaban, discutían y cantaban hasta secarse la garganta.

Una tarde, sentados los dos en los poyos de la Plazuela, Pepe reprodujo ante su amigo, con portentosa fidelidad, el duo inmortal de los Hugonotes. Panchelli le escuchaba extático, repitiendo con el movimiento silencioso de sus labios todas las frases del sublime diálogo. Cuando Pepe formulaba un calderón, los labios del otro se alargaban, formando una especie de *o* gelatinosa y palpitante.

VII

Es de guerra

A las seis de la mañana, el vigía de la Plataforma hizo la primera señal, *buque al Norte*, participándola á la ciudad dormida por medio de lentas campanadas. Aún vibraba la última en el ambiente puro y fresco de la aurora, cuando Rupertito Alemán, nervioso y en mangas de camisa, se constituyó en la azotea de su casa, dirigiendo hacia la cúspide de la montaña el tubo de su formidable anteojó.

Al cabo de veinte minutos, el mástil de la Plataforma resultó adornado con más bolas negras que significaban en aquel ingenioso lenguaje—*Francés* y casi

inmediatamente, treparon por las cuerdas, acompañados de nuevos toques de campana, unos gallardetes azules. La tercera señal—*Es de guerra!*

Apenas la hubo traducido con ayuda del plan de señales que siempre llevaba en el bolsillo, Rupertito se precipitó escaleras abajo, pálido de entusiasmo— Es de guerra, murmuraba mientras inscribía en su Diario el gran acontecimiento. Y debe ser el que ha estado ocho días en Villacruz! Y aquí nada se ha preparado! Qué autoridades! Ya no hay patriotismo. Somos todos unos *debasos*.

Y más veloz que una saeta, con los ojos chispeantes detrás de los cristales de las gafas, se dirigió hacia el Club, pensando con desesperación en que le faltaría tiempo para componer un brindis y aprenderlo de memoria.

Dos horas más tarde, veintiun cañonazos pausados y profundos estremecieron la atmósfera azulada de la mañana. Sube lentamente el humo gris, cuyas volutas se confunden con las nubes re-

dondas, paradas allá arriba, como blancos navíos á los que faltara el empuje de la brisa.

Era una fragata francesa, escuela de guardias marinas. La ciudad no contesta. Aún está en proyècto la batería de saludos. En cambio, azoteas y balcones se llenan de bultos negros, gesticulantes, que apuntan hacia la rada con anteojos y gemelos.

Sirvientes cargados de vistosas mace-tas, facilitadas por el patriotismo de los socios, afluyen á las puertas del Club, cuyo vestíbulo y escalera frotan precipitadamente, armados de sendos *cocos*, dos hombres y una vieja, bajo la inspección facultativa del secretario de la sociedad, Eduardito Ángulo.

En la única imprenta del pueblo las prensas crujen para confeccionar unos tarjetones, por medio de los cuales la Junta Directiva invita á una *soirée*, dedicada al Comandante, Oficialidad y guardias marinas del buque de guerra francés *Dumont d'Urville, surto en nuestra rada*. Entre paréntesis (de etiqueta).

Y pasa el vice-consul francés, aprisionado en un frac azul, con sombrero apuntado y corazón palpitante de susto, en la carretela del cacique, don Marcelino del Saucillo. Y el teniente de alcalde, sobre quien gravitaba en aquel día el tremendo peso de la jurisdicción municipal, repasa febrilmente la gramática de Ollendorf, mientras que en la pieza vecina, un oficial de la secretaría, bachiller y despierto, le prepara un brindis para el ambigú de la noche.

— «Y yo, señoras y señores, en nombre de la muy noble y muy leal ciudad atlántica, no puedo por menos de alzar mi voz en este momento solemne para tributar el más afectuoso saludo y la más cordial bienvenida a los bizarros marinos de la nación ultrapirenaica...»

La pluma del bachiller tiembla de entusiasmo. Es que la banda militar, reunida con toda precipitación, ensaya en un traspatio la Marsellesa.

VIII

Antes del ambigú

Son las nueve de la noche. Por la ancha portada de las Cantoneras, enfundado en gabán claro con forros de seda y perseguido hasta la esquina por la mirada complacida y orgullosa de un viejo en mangas de camisa, sale un elegante caballero, en cuyo sombrero de copa traza fugitiva línea la luz mortecina de los faroles de petróleo.

Apesar de los guantes blancos y de la templada noche, las manos de Pepe Santana no entran en calor y al llegar frente al nuevo Club, en cuya fachada brilla la farola roja que solo se enciende en las grandes ocasiones, siente en el

diafragma una angustia singular, semejante á la que precede al acto pavoroso de los exámenes.

Es la primera vez que el hijo del señor Santana franquea, de etiqueta vestido, los umbrales del Club atlántico y aquella acción, tan sencilla en apariencia, de subir una escalera alfombrada, tiene para él la importancia y las proporciones de un *debut*.

Su emoción se atenua considerablemente arriba, en la antesala. En lugar de los séres de planetas superiores, finos, altaneros, endiosados, que soñó la fantasía del buen Pepe, estaban allí reunidos, empaquetados en fraques arqueológicos, los tipos conocidísimos y sabidos de memoria que vió desde su adolescencia en todas partes. Aquel viejo de pequeñez inverosímil, con su barba en forma de alpargata, semejante á la de los compañeros de Pizarro, es D. Dionisio Guillén, á quien sus condiscípulos del seminario llamaban *Dionisio el exiguo*. Aquel otro, alto, delgado y pálido como una aparición, con sus bigotes teñidos y sus manos

largas, frías y transparentes, es el galanteador sempiterno é inofensivo, á quien sus convecinos apellidan *el gallo Morón*. ¿Y aquél personaje, revestido de carnavalesco uniforme, es á saber, de una casaca azul turquí y pantalones blancos, que de lejos parecen calzoncillos? Pues es Jacintito Rodríguez, vice-consul de Nicaragua. Ni faltaba tampoco el hombre de los brindis rimados, el gran patriota don Ruperto Alemán, ni aquel comisionista catalán, sonrosado, gordo y guapote como una jamona bien conservada, ni el pañero Piferrer, redondo como un planeta, ni en fin el amigo Canabuey, a quien su americana excluirá de la poesía del baile, pero no de la prosa del *ambigú*.

En las butacas y divanes los infelices padres de familia, condenados á vigilia forzosa, protestan en voz baja, entre dos bostezos, contra la Junta directiva que, por imitar á los círculos elegantes de *fuera*, señalaba para aquellos actos las diez de la noche, hora en que todo el mundo se acuesta en Atlántica, á excep

ción de los serenos y de unos cuantos parrandistas.

La vocecilla flaca y temblorosa de un timbre, instalado al pie de la escalera, anuncia la llegada de las señoras, á cuyo encuentro se precipita la comisión, media docena de chicos, escogidos entre los más despiertos y bien peinados, bajo la dirección de Joaquinito de la Tuesta.

En la puerta del salón de baile, formando parte de un compacto grupo masculino, Pepe Santana asiste al lento desfile de las parejas. Pasan las niñas de Celaje, simples y miopes, con sus nuca gordas, blancas y relucientes como grupos de yeguas bien cuidadas. Pasan las cuatro pollas, anémicas y macabres, Amparito, Concha, Carmela y Pepa, que en el bautismo atlántico han recibido ya el sobrenombre de *las once mil vírgenes*. D Mariano marcha detrás, adusto y cejijunto como el perro de un rebaño. Pura se quedó en casa, por exigirlo así la interesante situación en que por octava vez se halla. Pasan las de Ramos, y los

ojos negros, fulgurando en la blancura anémica del rostro, envuelven en una red eléctrica al licenciado Santana.

De improviso estalla abajo, en la calle, el sublime clamor de la marsellesa. Un chorro de uniformes azules invade la antesala y desagua en el salón. El baile se anima extraordinariamente y por ensalmo. Los marinos acaparan todas las faldas. Por falta de parejas, hubo que llamar al servicio activo á la primera y á la segunda reserva y aquella noche saborearon las olvidadas dulzuras de la polka, en brazos de adolescentes gordos y sonrosados, las pobres jamonas, reducidas hacía tiempo á calentar las sillas del salón.

Todas las miradas, todas las sonrisas pertenecían aquella noche á los *ultra-pirenaicos*. Los menospreciados pollos atlánticos, aglomerados en los umbrales de las puertas, protestaban contra la novelería de sus paisanas y hasta hubo quien propusiera una huelga masculina, un absoluto retraining para el próximo baile de Candelaria.

En el sofá de tela encarnada, colocado en el fondo del salón, el Comandante de la fragata, pequeño, gordito, con cabeza y patillas blancas y rizadas como el cordero de la Pascua, dialoga con el viceconsul, que se da tonos de diplomático. A su lado, el teniente de alcalde cabecea risueño, haciendo como que entiende la endiablada jerga. Y mientras sus labios articulan maquinalmente — *Oui, oh, oui, monsieur le commandant*, en un rincón de su memoria llamean, vacilan, se doblan y se eclipsan como la luz de un candil azotado por el viento, las primeras frases del brindis.

«Y yo, señoras y señores, en nombre de la muy noble y muy leal ciudad atlántica, no puedo por menos etc. etc....»

¿Qué nombre ostenta en el catálogo psicológico aquella impresión tan desagradable y acre que siente Pepe Santana, al ver revolotear, soliviados por el ritmo burlón y callejero de un wals de zarzuela á Margarita Ramos y á un oficial rubio, narigudo, con patillas á lo *maître d'hôtel*? Envidia, tristeza amarga, cólera furiosa

de hombre despojado.... En vano Mateo Brito le propone entre dos toses que le acompañe á tomar un vasito de cerveza: en vano el mestizo murmura en su oído críticas ferozes de todo cuanto ve. El retraimiento inconcebible de los ojos eléctricos se le antoja la mayor de las injusticias y de las traiciones perpetradas desde Eva hasta la fecha.

Al cabo, envolviéndose en un jirón de su destrozada dignidad, abandonó la puerta del salón y precedido de sus dos compañeros, á los que se unió Canabuey en la antesala, bajó al café, donde se despachaba cerveza y cigarrillos por cuenta de la sociedad. Por ello, la afluencia de consumidores era tan extraordinaria, que los criados no daban avío á destapar botellas.

Reinaba en aquel estrecho recinto una algazara espantosa, de cuyo seno surgían, como salivazos de espuma, las interjecciones que todo español, sin educación ó con ella, intercala en el cañamazo de sus frases. Había un corro nutrido y vocinglero alrededor de Abderrahmán

(D. Justo Medina), un sesentón con cara pacífica de oveja, que tuvo la desgracia de hacer un viaje á Mogador á una compra de trigos y la mayor de publicar sus impresiones de viaje en «La Voz del Nublo», bajo el rótulo «La vecina costa de Africa, impresiones y recuerdos». Desde entonces el infeliz viajero, marcado como por un hierro candente con el mote moruno, era perseguido sin descanso por la juventud atlántica, que le pedía á todas horas el relato de sus aventuras.

—D. Justo, *échese* el paso aquel con la hija del vendedor de dátiles.

—Oiga, Justito, el de la judía que le robó los espejuelos de oro.

Y el buen califa, amoscado, pero beatífico siempre, replicaba:

—Silencio, muchachitos. Oh! Qué *envalos* son éstos? Vaya con los *monifatos*:

IX

En el ambigú

Es la una de la madrugada y Eduardito Angulo, el secretario de la corporación, después de dar la última mano á las flores y á las lámparas del ambigú, abre con cierta solemnidad las puertas del santuario.

La irrupción de los devotos fué tan vertiginosa y repentina que al cabo de cinco minutos ya no había un asiento libre. Varias señoras se quedaron en pié, lívidas de coraje. Dos *oidores* se retiraron, protestando.

Eduardito se tiraba de los pelos. Aquello era una grosería. Siempre pasaba lo mismo. ¿Qué dirían *los del*

casino, los miembros de la sociedad rival, implacable enemiga del recién-fundado Club? A él, que había estado en París, le chocaban más que á nadie aquellas cosas. La circunstancia de haber estado en París, donde se detuvo quince días, evacuando asuntos mercantiles, había prestado á Eduardito fama de crítico musical, de inteligente en cuadros y de hombre de sociedad. Por ello fué elegido para aquel eminente cargo que desempeñaba.

Flotaba en el salón estrecho y largo una atmósfera cálida, irrespirable, en la que el perfume discreto de las rosas se casaba á regañadientes con el insolente tufo del pavo y del jamón.

Oído desde afuera, el clamoreo confuso de las voces, entrecortado por risas agudas de mujer y secos chasquidos de vajilla, producía efecto análogo á la algazara incoherente de un patio de manicomio. Pepe, medio aturdido por la cerveza del café, se deslizó, á lo largo de las mesas, en compañía de otros desheredados como él. No veía otra cosa

que nuca inclinadas sobre el plato, conmovidas por el espasmo innoble de la gula. De pronto reconoció unos ricitos negros, y unas espaldas blancas y delicadas, separadas por un ligero surco, que se perdía en las obscuridades del corpiño. Inmediatamente después se hallaba un bulto azul, que de improviso se movió, descubriendo el contorno triangular de una nariz enorme, debajo de la cual unos labios delgadísimo, en forma de embudo, pronunciaban con énfasis sonriente algunas frases de una lengua nasal. Entendió Pepe que Margarita pedía un vaso de agua y que su acompañante no acertaba á interpretar su deseo.—Esta es la mía, pensó y corriendo á una mesita próxima, tomó un vaso lleno del líquido inofensivo que nadie pensó en disputarle y al ofrecerlo á la muchacha recibió una sonrisa y un *gracias, caballero*, que le dilataron el corazón.

--Me hará usted el favor de bailar conmigo cuando termine el ambigú?

--Con mucho gusto.

El francés les miró con recelo y luego, filosóficamente, se dedicó al jamón.

Suenan aquí y allí ligeros estallidos, unos cuantos tapones cruzan el espacio, el champagne hierve en las copas, y el Teniente de alcalde se levanta, más blanco que la pechera de su camisa, en un extremo de la sala.

—Silencio, chiiiiiss....

Una voz murmuró á espaldas de Pepe.

—Esto va á estar bueno

Otra añadió:

— Agárrate, Panchito.

Panchito era el Teniente de alcalde. En Atlántica, como todo el mundo se conoce, casi no existe el respeto á la autoridad.

—Y yo, señoras y señores, en nombre de la muy noble y muy leal ciudad atlántica no puedo por menos....

El bachiller, artífice ignorado de aquella joya literaria que otro exhibía como suya, repetía afanosamente con el movimiento silencioso de sus labios cada letra del discurso. El orador hizo la gracia de naufragar como quién dice, dentro

del puerto, es decir, en la peroración donde abundaban palabras muy raras, tales como Austerlitz, Friedland, Eylau y otros terminachos por el estilo, en los que cualquiera tropieza; pero el hombre, después de un instante de angustia horrible en el que pensó morir, salvó la situación con tres vivas estentoreos, pronunciados con bárbara energía.

—Vivan los franceses!

—Viva la gran Atlántica!

—Viva su hijo predilecto, D. Marcelino del Saucillo!

Con esta última aclamación, viniera ó no á cuento, terminaban entonces todos los brindis y discursos.

Contestó á seguida el comandante francés, con inflexiones nasales, interrogativas y dulzonas. Tenía un modo particular de accionar, que consistía en estrujarse con la mano el lado izquierdo del pecho y luego estirar el brazo, sacudiendo los dedos, como si sembrase entre los concurrentes pedazos de su corazón.

—Qué ha dicho, qué ha dicho, Eduardito? A ver, usted que ha estado en París.

— Pues nada.... Lo que era natural....
Que muchas gracias y que ya tienen un
criado más que les sirva.

— Cómo es eso?

---Quiero decir.... ésto.... que le reco-
noscan ustedes por un servidor etc.

Y como en aquel momento se acercase
un guardia-marino rezagado, mirando á
todas partes con profundo desconsuelo,
como un beduino perdido en la soledad
arenosa del Sahara, corrió hácia él y le
dijo, con grandísima desvergüenza.

— *Tut le table plen, tut sellé.*

El ambigú duró más de una hora.
Cuando los invitados dejaron el salón,
la mesa apareció, bajo la claridad ana-
ranjada de las lámparas, arrasada y triste,
como un campo visitado por la langosta.

Canabuey, apostado en la despensa
con otros habilidosos como él, interceptó
los mejores bocados.

X

Después del ambigú

Después del ambigú, satisfechos los estómagos, alumbrados los cerebros por la llama juguetona del alcohol, el baile se animó extraordinariamente. El pianista, prolífico padre de familia, tocaba con frenesí, medio loco por la virtud de unas cuantas copas de champagne que le dieron en la despensa.

Pepe baila una polka con la mayor de las niñas de Ramos. En aquellos instantes creía ocupar el centro mismo del Universo y que aquel *espléndido festival*, (palabras de la *Voz del Nublo* al siguiente día) los perfumes, la música, el comandante, el Teniente de alcalde, el cónsul de

Nicaragua, eran puro acompañamiento, comparsa humilde, destinada únicamente á bordar el fondo del cuadro, cuyas principales figuras eran él, Pepe Santana, y la adorada muchacha que saltaba á compás entre sus brazos. Oh juventud! Seguro estaba de recordar, hasta en el lecho de la muerte, aquella faz pálida, ligeramente crispada, en la que se abría la doble sima de los ojos negros, sombreados por finísima ceja, y aquellos labios casi imperceptibles, levemente rojos, de los que brotaba, entrecortado por el movimiento de la polka, el aliento puro y cálido de aquel pecho delicado de adolescente. Por su caldeado cerebro cruzaban ideas extravagantes.

---Sociedad ridícula é hipócrita, pensaba, estúpidos y crueles convencionalismos! Ah! Tener un caballo dispuesto abajo, en la sombra espesa de la calleja próxima y huir con ella, llevándola en el arzón de la silla, devorar el espacio, á la luz indecisa de las estrellas!

Y recordaba á Espronceda.

—Y en un caballo con la crin tendida.

La cola suelta, vagarosa al viento....

Puestos los pies en la melosa pendiente de la poesía, Pepe Santana, con acento suavísimo y aflautado, cuyo recuerdo más tarde le produjo náuseas, recitó al oído de su pareja unos versos de un poeta desconocido, que había leído días atrás en un periódico.

---Los invisibles átomos del aire.

En derredor palpitan y se inflaman....

Y cuando terminó susurrando, con el acento ronco y tembloroso de las grandes emociones -*Es el amor que pasa*, Margarita le replicó con malicia que él juzgó encantadora.

---Qué pasa?

---No, Margarita, que se queda aquí, eternamente y todo para usted.

Y se llevaba la mano al corazón, ni más ni menos que si fuese comandante de una fragata, escuela de guardias marinos.

Oyóle Santiago Thornhill, que paseaba solo y serio por el centro de la sala, con una enorme *gata* que amorataba su semblante carnoso é imberbe y murmuró para sí:

---Estúpido! Ya cayó! La hija de un mísero empleado!

Cuando la reunión se disolvió, Pepe y Mateo Brito salieron juntos. Del recinto del café brotaban gritos, palmadas, risas convulsivas. Era que el marino de la nariz triangular bailaba un paso de *cancán* con el vice-cónsul de Nicaragua. Aquella impresión, que fué de sardónico desprecio para su rival *ultra-pirenaico*, fué la última que dejó en Pepe Santana el baile memorable.

Cuando salieron á la calle, corría fresca y juguetona la brisa. La mañana limpia, tibia y azulada anunciaba un día sereno y luminoso del invierno atlántico. Por el espacio azul, immaculado, transparente, cruzaban á intervalos bandadas de pájaros murmurantes. El mar besaba las costas, con caricia lenta é inconsciente de monstruo dormido. Penetraba en los pulmones, con el aire virgen del crepúsculo, la alegría inmensa de vivir.

---Dichoso usted, querido; le dijo el pobre tísico, estrechándole la mano con sus dedos frágiles y sudorosos.

XI

Dionisio el exiguo

D. Dionisio Guillén de la Herradura, el compañero de Pizarro, vivía de las rentas de sus cortijos y no hacía nada, ni servía para nada.

Sin embargo, nadie reunía en la ciudad tantos títulos como él. Era alcalde de barrio, capitán de milicias, caballero de la Real Orden de Isabel la Católica, vice-cónsul de Honduras, socio de la benemérita de Amigos del País, vocal de la Junta del Club, hermano mayor de una cofradía etc. etc.

Era parte obligada de todas las comisiones que en Atlántica se formaban para organizar un baile de máscaras,

traer una compañía de zarzuela ó reunir los bártulos de un bazar. Disfrutaba además de varias preeminencias microscópicas, tales como ir delante de los tronos en las procesiones de Semana Santa, sentarse como interventor en las mesas electorales ó figurar en la cabecera de los entierros.

Y sin embargo, ni hacía nada, ni servía para nada. Hablaba con medias palabras, con intermitencias de fuente que tiene una piedra atascada, encubriendo con cierta risa nerviosa la horrenda vaciedad de su cerebro.

Pues bien, este señor Guillén de la Herradura, hermosísimo ejemplar de la fauna atlántica tenía tres hijas y todas tres cantaban. La más pequeña era tiple, la segunda mezzo-soprano y la mayor contralto.

Con tan filarmónico motivo, congregábanse en aquella casa dos ó tres veces á la semana varias familias, á la sombra de un piano reumático. Allí se rendía culto al espíritu, con desdén absoluto de la materia. No se repartía ni un solo

vaso de vino. En cambio la *pila* adornada de fresco *culantrillo*, abría de par en par sus puertas á los invitados.

En la misma casa fué presentado Pepe Santana, á los dos días de celebrado el baile de la fragata. Era que á las reuniones solía asistir Margarita, la mayor de las de Ramos, que tenía la especialidad de acompañar al piano á las aficionadas.

Cerca del arcáico instrumento y con un dedo puesto en la boca (gesto reflexivo) sentábase siempre Eduardito Angulo, rodeado de la prestigiosa aureola del viaje á París. A ratos exclamaba, con acento plañidero:

---Por Dios, niñas, dénme un poquito de Beethoven.

E interiormente prefería la música del Robinsón.

La noche aquella, el concierto se prolongó hasta más de las once. El piano era objeto de un verdadero asedio. Cada cual quería hacer de las suyas, antes de irse á la cama. La mayor de las niñas de la casa cantó el *Non è ver*, la segunda

la *Stella confidente* y la tercera el *Vorrei morir*. Estiraban las notas hasta descoyuntarlas, prodigaban el almíbar en los pasajes tiernos y románticos, y hacían gárgaras roncadas y temblorosas con ciertos calderones patéticos. Todos silbaban extraordinariamente las *eses*, por entender que así se acercaban á la verdadera pronunciación italiana.

Había un tenor, empleado en el Hospital, que ponía el grito en el cielo, hinchando las venas del pescuezo, subiendo las cejas hasta la raíz del pelo, con exfuerzos semejantes á los del que intenta calzarse un zapato demasiado estrecho. Lo único que sabía era la romanza de Marta, que aprendió de memoria (nunca puedo descifrar el pentagrama). Cuando clamaba aquello de—
Marta, Marta, tu sparisti, se le oía desde la botica. En cambio Pancho Vega, (*Panchelli*), disponía de un repertorio variadísimo. La noche de referencia ejecutó una pieza de muchísimo carácter. La escena del *coprifuoco* del acto tercero de los Hugonotes.

Canabuey, que era sobrino del dueño de la casa y solía aparecer por allí á última hora, sin saludar á nadie, daba con el almirez de la cocina las campanadas solemnes del cubre-fuego.

---*Rientrate, abitanti di Parigi.*

---Pan!

.....
Che quest' é l'ora del coprifuoco!

---Pan!!

.....
Pepito, á quien las niñas de la casa, deseosas de protegerle en su amorosa empresa, tenían ocupado en dar vuelta al papel resobado de las romanzas y cavatinas, murmuraba tímidamente al oído de la pianista.

---Vamos á ver, Margarita, que es lo que usted me contesta.

La muchacha, azorada y sonriente, hería con insistencia una de las teclas del piano.

El se enderezaba, sério y pálido, desconcertado por aquel silencio, que se le antojaba precursor de un tremendo *carpetazo*, pero luego, inclinándose, volvía á la carga, pertinaz.

—Pero no conoce usted las notas? le dijo al fin Margarita, roja como una *talla*, mirándole con ojos llenos de turbación. Do, ré, mí, fa, sol, la, sí, sí, sí.

Oh paraíso! Cómo se dilata el corazón, y circula la sangre con desusado ímpetu y se afirma la planta en el suelo con varonil firmeza, en aquel instante divino, único en la existencia! Pensar, con masculino orgullo: este pedacito de mujer, vestido de blanco, precioso, virginal, adorable, es mío, mío para siempre! *Anch'io!* Y también yo puedo ser el protagonista de un poema de amor, fuente de ilusiones, generador de ensueños, pedestal de esperanzas, figura predilecta del cuadro luminoso que la imaginación dibuja en el cerebro delicado de una adolescente!

Pepe salió medio loco de la *soirée* musical. Iba danzando por las calles y al paso que su corazón se desbocaba, espoleado por el júbilo y el entusiasmo, su entendimiento admiraba

el rasgo de ingenio de que se valió *su novia* para contestar á la declaración. Qué donaire! Qué sutileza! Qué *esprit!* Y que vengan ahora, repetía muy serio, á ponderarnos la sal de las andaluzas!

XII

Los clientes de Pepito

La capellanía de Ortiz! Era un Himalaya de papel sellado, doce piezas de autos, desencuadradas, amarillas, manchadas por el sudor y la mugre de varias generaciones de curiales. Había un árbol genealógico que parecía un baobab. Aquel fué el primer negocio que llevaron á Pepe Santana, pocos días después de su incorporación al colegio de Abogados.

Tocóle defender (en turno, por supuesto), á doña Lucia González, representante actual y única, según ella afirmaba, de una de las líneas más próximas á la fundación.

Aquella vieja gorda, sin cejas, que cubría su cráneo desplumado con una mantilla verdinegra, daba malísimos ratos al inexperto jurisconsulto. Después de almuerzo, un día sí y otro nó, se constituía en el despacho (á mano izquierda, una puerta de cristales) y sin tomar aliento le refería la historia entera del proceso, con su boca desdentada, que á cada paso amenazaba tragarse los labios incoloros.

Sus ojos (dos cuentas de vidrio verdoso, parados, sin expresión), se fijaban invariablemente en un mapa-mundi colgado frente á la ventana, como si pretendiese tomar por testigo de la justicia de su causa á todo el globo terráqueo.

Solían visitar aquel bufete otros litigantes, *verbi gratia*, un indígena descomunal, gigante avecindado en el Barranco de la Virgen, que dejaba la habitación impregnada de campestres emanaciones y el piso lleno de *cabos* de *virginio* y escupitajos. Aquel sujeto, sordo, majadero y pesado como una lápida, figuró siendo niño, representado por su tutor,

en un pleito que aún duraba. Apesar de que ya contaba más de sesenta años, le llamaban aún todos los curiales *el menor*.

¿Y aquel sutilísimo leguleyo, de corto busto y piernas interminables, con su media joroba á la espalda y su bigote y patillas de general moscovita? Oráculo de las Vegas del Centro, era el perpetuo hombre bueno de los Juzgados Municipales y el satánico consejero de los litigantes de mala fe. El párroco de San Tadeo, hombre jovial y campechano, que fué una de sus víctimas, le bautizó con el indeleble apodo de *Catón en Utiaca*.

¿Era aquello por ventura el ejercicio de la noble profesión, resumen de tantos sacrificios y fundamento de tantas ilusiones?

El señor Santana, sin embargo, se mostraba satisfecho. Era natural. El, simple arrendatario, que en los tiempos paradisiacos de la cochinilla reuniera algunos doblones, veía realizado su ideal de tener un hijo con carrera. Así es que

tan pronto entraban en el santuario con puerta de cristales doña Lucia, *el menor*, *Catón en Utiaca* ú otro siervo de la curia del mismo jaez, imponía cruento silencio á las pobres chiquillas que jugaban á *guirgo* en la huerta y hasta hubiera amordazado á las gallinas que, cuando ponían un huevo, convertían el patio en un congreso español.

Mucho molestaban á Pepe las visitas de sus clientes, pero más aún le molestaba la soledad. Se pasaba la mayor parte de las horas de la mañana y de la tarde sentado en la mecedora, fumando cigarrillos ó leyendo periódicos y novelas. De vez en cuando le visitaba Santiago Thornhill, mancebo pertinaz y habilidoso que tenía de antemano trazado su camino y de él no se apartaba un ápice. Aspiraba á figurar en política, buscando en la protección de los elementos dominantes una base para levantar el edificio de su bufete. Redactaba los artículos de fondo de «El Renacimiento», y era parte cantante de la tertulia del cacique, D. Marcelino del Saucillo.

Estorbábale terriblemente en aquel agradable sendero, sombreado por árboles de sabroso fruto, su padre, el antiguo maquinista inglés, cuyas enormes *gatas* eran proverbiales en toda la ciudad. Ya se sabía. Tan pronto como *mister Tom* agarraba una *tranca*, le daba por insultar, desde las esquinas en que se apostaba, á las personas más respetables de la sociedad atlántica, dando la preferencia al *elemento oficial*. Ni el mismo don Mariano de la Tuesta se libertó de sus furores. La ingente chistera del funcionario y el andar vertiginoso de su nerviosa personilla, fueron sin duda causa de que la obscura inteligencia del borracho estableciera cierta analogía entre un *steamer* y el aristocrático señor de la Tuesta y por ello, cuando le tropezaba por las calles, se juntaba con él, con tenacidad implacable y le seguía pegado á sus talones, remediando con su torpe lengua el resoplido de la máquina y los pitazos de la bocina.

Por las noches, solía recibir cariñosa hospitalidad en el *cuarto de las cachuchas*.

XIII

Salve, dimora...

Todas las noches, después del toque de oraciones, con luna ó sin ella y á veces con viento y lluvia, Pepe Santana se constituía en la vieja y solitaria calle de las Tapias, debajo de un balcón, corpulento como una casa, pintado de verde, en el que á los pocos instantes aparecía la figura esbelta y delicada de Margarita.

¿Cuál era el asunto de aquellos diálogos sin fin? Ninguno de los dos podría decirlo en la hora presente. Era aquel un susurro insustancial, incoherente, sin plan ni *motivo* artístico, como la charla confusa de los pájaros al despertar en

las altas ramas, con las pupilas deslumbradas por las flechas de oro del sol naciente.

En la sombra de la calle brillaba á intervalos, como una estrellita roja, el cigarrillo del galán. Al retirarse éste, solía recibir en mitad del cráneo la flor que la muchacha había llevado en el pecho durante la tarde.

En las noches de luna, vibrantes, ideales, la luz plateada y suavísima acariciaba primeramente lo alto de la casa, en cuyo frontis panzudo y cuarteado se alargaban, como dedos amenazadores, las sombras de los caños. Después descendía poco á poco, sacando de la obscuridad las grietas, las manchas y los chichones de la vieja pared y cuando la marea luminosa llegaba al hueco del balcón (oh magia del astro vagabundo de la noche!), aquella muchacha de la clase media, ni fea ni bonita, ni tonta ni discreta, una de tantas, convertíase á los ojos del enamorado Santana en habitante de las regiones siderales, realización acabada

de los ensueños de un poeta, sér de naturaleza superior y semi-divina, formado de éter y de luz.

A veces, y con tremendo susto de *Julieta*, aquella serenidad ideal era turbada, no por el canto de la alondra, sino por el vuelo estridente de una asquerosa cucaracha, de las muchas que pululaban en el añoso caserón.

A las diez, la luna en el centro del cielo diáfano, alumbraba todos los rincones de la calleja solitaria. En el ambiente sereno y dormido surgían á intervalos ráfagas tibias y desmayadas que traían consigo el perfume de las albahacas, jasmínes y bergamotas. Ladraban los perros á lo lejos y del fondo del horizonte invisible brotaba sin cesar el rumor grave y monótono del Océano, la eterna melodía que cantan las olas en la playa de arena, durante las noches azules y poéticas del país atlántico.

A veces y siempre con permiso del señor Santana, disfrutaban los vecinos de la calle de las Tapias de inesperadas y artísticas serenatas. Suspiraba la gui-

tarra bajo los habilidosos dedos de Canabuey, acompañando danzas, *isas* y malagueñas. Ni faltaba en casos tales la serenata de Schubert que, estirada por Panchelli, duraba cosa de media hora.

Después los concertistas se trasladaban á la *subida* de las Animas, donde vivía la hija de un oidor, que traía mareado á Pancho Vega. Allí el bajo cantante desembalaba todo el muestrario romántico y amatorio. El oidor, indignado, tenía que tragarse, metido entre sábanas, todo el repertorio de las danzas tropicales, de las que sabía Panchelli hasta dos docenas.

Cuando ya la parranda se retiraba, cuesta abajo, solía escaparse cuesta arriba el truhan de Canabuey y cantar, debajo de la misma ventana de la alcoba del papá, la malagueña que pone término á las serenatas amorosas del país.

Si quiere saber señora,
Quién la música ha traído,
Panchito tiene por nombre
Veguita por apellido.

XIV

Las niñas de Manzano

El padre de Margarita, don Cristóbal Ramos, era abogado como Pepe, mas, hubo de renunciar al ejercicio de la profesión por exceso de timidez y por falta de clientes. Diéronle un destino de diez mil reales y se casó con Juanita, después de once años de relaciones.

Cuando joven era rubio, blanco, delicado de salud, pequeñín y esbelto, verdadera figura de pajecillo de los tiempos medios, á lo que solo faltaba la escarcela y el birrete emplumado. Llamáronle por antonomasia, en los tiempos de su mocedad *el muchacho*, sobrenombre que aún le daban algunas personas de su época y que ya no le cuadraba.

Pasaba en efecto de los sesenta y la vida sedentaria le tenía hinchado, descolorido, anémico. Hacía muchos años que los lentes de su juventud habían sido sustituidos por unos espejuelos de acero, detrás de los cuales lucían debilmente sus ojos azules, pálidos y como destañidos por el uso. Sus brazos flacos y cortos pendían á lo largo de su pecho hundido y de su abdomen prominente, rematados por dos manos amarillas, débiles como las de un infante.

Remaba en la oficina de diez á cuatro y su constante y acerba preocupación era que le llegase el sueldo hasta el último día del mes. Saludaba con interesado afecto á Pepe Santana cuando le encontraba por la calle, y en la mesa cambiaba inocentes bromas con su mujer ó con la segundo-génita, Pinito, acerca del novio de la mayor, bromas que ésta acogía con sonriente vergüenza.

Las cuatro chicas, Margarita, Pino, Carmen y Jerónima adoraban al pobre viejo. Cuando llegaba de la oficina se lo comían á besos. Emplearon más de un

año en confeccionar una colcha de *crochet*, para regalársela el día de su santo. Madre é hijas trabajaban *para afuera*, empeñadas día y noche en la ímprobable tarea de engrosar con una gota de agua el mísero arroyuelo de los ingresos. Doña Juana, con su rostro exangüe, alumbrado por el divino rayo de sus hermosos ojos negros, padecía del corazón.

Dos veces á la semana, por la noche, visitaba toda la familia á las *niñas* de Manzano, amigas y compañeras de infancia de la mamá de doña Juana.

No por burlona antifrasis, sino por costumbre inveterada en Atlántica, cuando de respetables solteronas se trata, eran conocidas por *las niñas de Manzano* Anita y Frascorrita, de las cuales la menor pasaba de los setenta. Hacía muchísimos años que vivían juntas en una casa viejísima del callejón de Bentejuí.

Desde que traspasaba el umbral, figurábase el visitante trasportado al tiempo viejo, á la soledad, tristeza y aislamiento de las Atlánticas en los primeros años del siglo.

Todos los objetos contribuían á producir en el espíritu aquella impresión de retroceso. El zaguán ó casapuerta, con su piso de *callados* redondos y desiguales, en el que se reunían los *mataperros* de la vecindad para gustar las ruidosas emociones del juego del boliche y cuyos rincones solían ser deshonorados por los transeuntes, á favor de la tiniebla nocturna, con orgánicos desahogos por obra de los cuales la pared había adquirido un tinte anaranjado, que resistía á todos los *albeos*. El macizo postigo de tea, con peso y campanillas, el patio empedrado donde crecían embelesos, aromeros, jazmines y hasta un grupo de plataneras, al rededor del pozo de agua salobre: la escalera derrengada y oscilante, el corredor con sus barrotes pintados: la pila con su destiladera adornada de fresco culantrillo, su *bernegai* rojo y húmedo, cubierto por un plato floreado y el caracol que servía para sacar el agua: las paredes grises, llenas de panzas, de grietas y de chichones: las puertas de tea pesadísimas, con puón

y taramela: los catres de caoba grandes como navíos, con sus colchas de zaraza, adornadas con flores rojas y ramaje verde: las cajas de Indias, negras y barnizadas por el uso: la pintorreada cotorra que en las horas lentas, cálidas y luminosas del mediodía graznaba sin interrupción la misma frase chillona y gutural: los caños de madera medio podrida que en los días de lluvia escupían sin cesar sobre las piedras del patio el agua sucia de las azoteas, con rítmico gorgoteo que convidaba á dormir.

En el seno de aquella paz tediosa y nunca alterada vivían las dos niñas de Manzano hacía muchísimo tiempo, sin la menor noticia de lo que en el mundo pasaba, repitiendo cada día, cada mes y cada año los mismos actos, con maniática regularidad, sin otra compañía que la de una criada tan vieja como ellas, la tía Sabina, cuyos ruidosos suspiros sonaban en toda la casa, y eran como la expresión ó síntesis de la tristeza y del aburrimiento de toda la mansión.

Celebrábase la tertulia en la galería. Alrededor de una mesita baja de costura sentábanse en sillas de paja los jugadores de la *napolitana*. Anita tenía por compañero á don José Collado: Frascorrita jugaba siempre en sociedad con don Atanasio, aquel clérigo gigantesco ó torre con hábitos, que ya compareció una vez en este relato.

Las dos viejas eran gordas, morenotas, con mucho pelo en la ceja y encima del labio superior. Apenas sí les quedaba en la boca alguno que otro diente (de muelas, no hay que hablar). Anita era mujer de carácter simple y angelical y su boca diminuta y fruncida como el trasero de un pollo, era de las que parecen estar diciendo siempre *azul*. Su hermana Frascorra era más culta, fina y sabedora. Hablaba con mucho silbido de eses, se sabía de memoria todas las reglas de la urbanidad, y representaba á la casa en sus relaciones exteriores. Era la que pagaba las visitas, los domingos, después de la misa de doce, y la que defendía los intereses domésticos discutiendo desde

el corredor con las mujeres que venían á vender por la puerta pescado salado, *tollos* ó almidón.

Durante el juego apenas se cambiaban algunas palabras. Doña Juana, sentada junto al lamparín, zurría sin parar, poniendo su mano izquierda, enfundada en la media toda llena de agujeros, muy cerca de sus cansados ojos. Las niñas hacían *crochet*, manejando la aguja con agilidad pasmosa, contando los puntos en voz baja. Más lejos, en el sofá de paja arrimado á la pared, frente á la entrada de la escalera, se aislaban los dos novios del resto del Universo, entablando un diálogo susurrante y sin fin, que solo terminaba á las diez, hora en que todos se retiraban.

Alguna que otra vez la serenidad de aquellos plácidos instantes era turbada por el mal humor de Frascorríta, que se iniciaba tan pronto como la fortuna le volvía las espaldas é iba creciendo, creciendo en proporción de las manos que perdía. Empalidecía por grados y si llegaba el caso ignominioso de que

sus adversarios le colgasen un *capote* ó una *mantilla*, se quedaba lívida como un cadáver y le temblaba la mandíbula inferior.

Su furor reconcentrado llegaba al paroxismo cuando don José Collado le decía con su voz lenta y gangosa.

—Buena mantilla para ir á misa, Frascorrita.

La vieja, no pudiendo decorosamente descargar su ira sobre los adversarios, se revolvía contra el infeliz don Atanasio, varón inocente y de limitadísimo cacumen, célebre por su afición á los huevos fritos de los cuales se comía de una sola vez hasta dos docenas, al decir de las gentes.

Dábale á entender con frase irónica y afilada que era un pobre hombre, sin ingenio ni diplomacia, incapaz de comprender los misterios de la napolitana. El y solo él era el responsable de las vergonzosas mantillas y de los capotes, tan ignominiosos como sambenitos.

El buen don Atanasio cerraba los ojos y dejaba caer la cabeza sobre el pecho, murmurando con su voz abatida y cavernosa.

--Todo sea por Dios.

De vez en cuando, en el silencio de la noche, sonaba rumor de pasos en la desierta calleja. Levantábase aprisa Frascorrita, imponiendo silencio con un gesto y pisando quedamente, iba á ponerse en acecho en el balcón de la sala. Si el transeunte penetraba en el zaguan, aguardaba con ira reconcentrada á que terminase su faena, exasperada por el rumor acuático que llegaba á sus oídos, pero sin atreverse á interrumpirle, por respeto al precepto evangélico que nos manda no hacer á los demás lo que no quisiéramos que nos hiciesen á nosotros mismos. Más tan pronto como el despreocupado varón surgía de las tinieblas de la casapuerta, era desagradablemente sorprendido por una voz cascada, que con entonación rabiosa, aunque reprimida por temor al escándalo le decía:

—*Baladrón*, poca-vergüenza, mal criado! Vaya una frescura! *Ajoto* que somos mujeres solas nos viene á afrentar el pedazo de cochino!

Cuando sonaban, tristes y lentas, las primeras campanadas del toque de ánimas, dejaban todos la baraja, y empezaba una serie interminable de padre nuestros á las ánimas del purgatorio. Cada uno soltaba en alta voz el nombre de un pariente ó conocido difunto, cuya situación ultra-terrena pretendía mejorar.

---Por el alma del maestro Padilla---
Padre nuestro que estás en los cielos....

—Por la pobre Pinito, la de las cruces de San Juan. Padre nuestro etc.

Solía entrar después del rezo don Cristóbal, que venía de charlar con otros vejestorios en los poyos de la Plazuela y entonces á las emociones del juego sucedían las delicias de la conversación. Comentábanse por la centésima vez los sucesos del día, lamentábanse las mujeres de la carestía de los huevos ó de las papas y salía á relucir la historia interna de las respectivas criadas. Pero la conversación venía á parar fatalmente á los sabrosos temas de Higiene y de Medicina.

En tales asuntos era parte cantante don José Collado, viejo tan aceitunado, con tanto pómulo en la cara y tanta *pasa* en el cráneo, que hacía verosímil la creencia de que en muchas familias atlánticas hay un antepasado de la familia de Cham. Era maestro de escuela y médico *amañado* de tanto prestigio, que el vulgo y aún muchas personas ilustradas le daban más crédito que á los tres ó cuatro médicos de verdad que en aquellos tiempos vegetaban en la población. En el arreglo de brazos y piernas *desconchavados* era don José una maravilla y hasta tenía sus acertones en asuntos meramente patológicos. Poseía un repertorio inagotable de medicinas caseras. Recetaba el *pasote* para los cólicos, el barro de la pila para el *fuego salvaje*, caldo de perritos á los tísicos, el agua de nogal para las irritaciones, la de flor de tunera para la tos, y *pipas* de calabaza para las lombrices. Recomendaba los cuidados más esquisitos y la más severa abstinencia en el segundo día de purga y proscribía sin apelación

á la albacora, por el misterioso delito de ser *sanguina*. En la rama de las ciencias médicas concerniente á los callos, su erudición no tenía límites.

De esta suerte transcurrían las horas lentas y aburridas de la velada. En los ratos de silencio oíase el hervidero sordo y monótono de las olas y la caída rítmica de la gota de agua en el bernegal. La paz dulce y soñolienta del rincón atlántico envolvía todas las cosas, abrazando con íntima caricia la Isla dormida en la soledad rumorosa del Océano.

XV

La oración pro Sargo

El Presidente, revolviéndose en el ancho sillón de terciopelo rojo, carraspeó con fuerza y, dirigiendo hacia Pepe Santana su mirada indecisa de miopo dijo:

—Tiene la palabra el Letrado defensor.

En el salón estrecho y largo, por cuyas sendas ventanas penetraba la luz recta y blanca de aquel espléndido mediodía, se agolpaba el público, más cincuenta personas entre las cuales figuraban en mayoría los oficiales de zapatero, clase social que en Atlántica delira por los debates forenses.

En los bancos más próximos al estrado, la familia del *debutante* formaba con

los amigos y clientes, núcleo apretado y palpitante de emoción. Allí estaban el padrino Chano, pálido de susto, Pancho Vega, Canabuey, el *menor*, Eduardito Angulo, Roquito el sastre y Mateo Brito, de uniforme. El señor Santana, sin valor para entrar en la sala, paseaba por los anchos claustros, aguardando ansioso las noticias que de cuando en cuando le transmitía uno de los porteros, amigo suyo.

— *A tiro se va á concluir la preba.*
Ya está alegando el Fiscal....

Una semana hacía que Pepe Santana había perdido el apetito, el sueño y la tranquilidad. Cuando, revestido por vez primera de la noble toga, vió su imagen reflejada en los cristales empolvados de las ventanas del *Palacio de Justicia*, creyó contemplar el espectro de un reo condenado á muerte, enfundado en la fatídica hopa. Juguete del inflexible mecanismo social, dejábase llevar, inconsciente y resignado, al pavoroso trance. En la tumultuosa confusión de su espíritu, percibía solo claramente el deseo furioso de que llegara pronto la tarde de

aquel día, el esquisito momento en que, sentado en la huerta de su casa, debajo del laurel de la India, respiraría libre del tremendo peso del informe, cuyas frases pretenciosas y hueras revoloteaban por los ámbitos de su memoria, molestas y susurrantes como las moscas en días de bochorno.

¡Y el lastimoso contraste entre la agitación incoherente de su espíritu y la serenidad luminosa de aquel día radiante de primavera! Había en el cielo immaculado, en el ambiente claro y tembloroso, en las paredes blancas y rectas bañadas por la luz, en el verde luciente de las hojas, en la superficie azul y levemente rizada del mar dormido, la huella permanente de una mirada paternal y benévola, difundida por ojos invisibles y potentes sobre la Naturaleza entera.

El Fiscal, un andaluz viejo, teñido y vivaracho, terminó diciendo:

—En zu conzecuenzia pido á la Zala se zirva condenar al prozezao á la pena de do meze y un día de arrezto mayó, acesoria y costa....

—Tiene la palabra el Letrado defensor.

Un minuto, un año, un siglo de pavoroso silencio. Descolorido y trémulo, Pepe cerró los ojos y al abrirlos maquinalmente, los rostros de los oyentes ejecutaron una ronda vertiginosa y fantástica, multiplicándose hasta lo infinito en el espacio los ojos brillantes, las bocas dilatadas por la atención. Sintió en aquel momento brevísimo crujir todos los tabiques de su cerebro y una risa sarcástica y nerviosa le retozó en la garganta. Y de pronto, casi con independencia de su voluntad, su lengua se movió, revolviéndose en el seco paladar, y una voz atiplada, fría, espectral, que no era la suya, pronunció las primeras palabras del informe.

Tratábase de un viejo, vendedor ambulante, que en la última fiesta de Jinamar había sustraído de un ventorrillo media docena de guayabos, una rueda de chorizos y un frasco de ginebra. Era un hombrón, peludo y fuerte como un burro, que vestía de dril sucio, con ceñi-

dor encarnado, sin chaleco ni corbata. Probado el delito, la defensa de Antonio *el Sargo*, que así llamaban al reo, se limitaba á presentarle como una víctima del indiferentismo *burgués*, de la falta de educación moral y religiosa, del egoismo de las clases ilustradas «que no saben ó no quieren tender una mano salvadora al proletario que tropieza en lo alto de la fatal pendiente y rueda y rüeda, señores magistrados, con vertiginoso movimiento, sin parar, sin detenerse hasta el fondo del abismo sombrío en que le aguardan la deshonra, la desesperación, la muerte quizás.»

Al terminar este período, circuló por la sala un murmullo de aprobación y, subitamente envalentonado, sintiendo hervir en su pecho inverosímiles ardores de combatiente, asiendo con mano segura y fuerte el verbo escurridizo y rebelde, para lanzarlo luego en el ambiente cálido y palpitante del salón, el buen Pepe se creció maravillosamente y empezó á gritar, poseido por el misterioso diablillo de la inspiración. Y en las pausas que seña-

laban el fin de los períodos, redondos y vacíos como bolas de jabón, el surtidor del patio parecía alentarle, diciéndole con su rumor susurrante y continuo:

— Sigue, muchacho, sigue.

Al llegar el momento de la peroración, la figura del *Sargo* resplandecía en la altura, luminosa y grande como la de *Juan Valjean* y la sociedad resultaba única responsable del hurto de los guayabos, de los chorizos y de la ginebra. Una deprecación patética al Tribunal, con la mano puesta en el corazón y punto final.

Al despertar Pepe de aquella embriaguez oratoria, le sorprendió desagradablemente el tono indiferente y hastiado con que el Presidente, agitando la campanilla, dijo:

— Visto. Se declara concluso el juicio para sentencia.

Pero en el patio le aguardaba una ovación entusiasta. Estrechó innumerables diestras, húmedas de sudor y recibió centenares de abrazos y palmaditas en el hombro.

—Al pelo, amigo Santana.

—Te has lucido, chico.

—Bravo, D. Pepe. Se ha colocado
V. á una altura que...

Y el padrino Chano, mirando el reloj,
repetía asombrado:

—Veinte minutos ha estado alegando
sin tomar resuello. Vaya á la porra el
niño!

XVI

Al Puerto!

Al Puerto! Trátase de solemnizar con un día de jarana el triunfo de Pepito. El *charabán* rueda con rumor sordo y prolongado por la blanca carretera, entre la doble fila de verdes *tarahales*, acompañado por alegres chasquidos de látigo, risas, vivas y exclamaciones.

A la derecha el mar, inmensa palpitation azul bajo la serenidad luminosa del cielo, avanza, retrocede, se alarga y se encoje, humedeciendo con lenta y rítmica caricia las arenas de oro, en cuya planicie transparente y dilatada se refleja vagamente la intensa negrura de las rocas de la playa.

El almuerzo les espera en la casa de tío Agustín Monteverde. Ved á los expedicionarios sentados en el suelo, sobre una estera de palma, entre las cuatro paredes del estrecho cuartucho; adornadas con media docena de láminas, que reproducen episodios de la historia sentimental de Pablo y Virginia. ¡Con qué rapidez vertiginosa huyen, derrotados por el apetito juvenil, los huevos fritos, los chorizos, las aceitunas, las *clacias*, los frescos racimos de uvas!

Llega el momento de la pesca y el grupo bullicioso y gesticulante sale de la casucha, precedido del viejo pescador que lleva sobre su hombro derrengado las cañas cimbreadas, cuyos alambres se mezclan y entrecruzan con metálico zumbido. El sol pica como un sinapismo, la arena abrasa los piés.

Por todas partes luz cegadora, soledad y silencio. Al pié de las enormes montañas grises, en cuyas cimas brillan á los rayos del sol dos construcciones blancas, el Faro y la Atalaya, y en el punto en que terminan las vertientes abruptas y

rojizas del *malpais*, el desierto arenoso comienza y llega hasta la playa, aquí y allí salpicado de verdes matas de *tuneras*, *marbustos* y tarahales. La casa del mesón, la de la Virgen pegada á la pobre ermita, el *castillo* de la Luz cuya base rodean las olas perezosas y lánguidas y dos ó tres casitas de pescadores, alguna de ellas sin encalar, parecen abandonadas ruinas de una aldehuela africana, perdida en la solitaria playa del Sahara.

—¿A onde quieren dir, caballeros?

—A la cueva, tío Agustín.

—Fatalita está la bajada, don José, para la gente que no está arregostada.

—Pues yo me quedo, señores, por si acaso, dijo Pancho Vega, que era falso de piernas.

—Yo lo agarraré, caballero, no hay cuidiao.

La bajada era una vereda de áspero volcán, suerte de escalera vertiginosa entre el risco árido y negro y el abismo murmurante. Al llegar ábajo era preciso saltar á la playa desde una altura de

dos varas, pues faltaban los últimos pedañes, roídos por el diente infatigable de la ola.

El sitio aquel era solitario, adusto y severo. Altos paredones de granito, en cuyos cimientos socavados el mar entraba y salía con sordo gorgoteo, limitaban el paisaje á derecha é izquierda, formando una cámara cerrada, con piso de arena negra y finísima y techo de azul infinito, rígido, incandescente. En el espacio libre, comprendido entre las dos murallas, se extendía el panorama inmenso, en cuyo fondo lejano y tembloroso perfilábanse las montañas del norte de la Isla, al pie de las cuales comenzaba el mar, que en insensible pendiente llegaba hasta la playa y en ella se tendía con bruscos estallidos, salpicando de espuma furiosa dos peñascos planos, uno grande y otro pequeño, semejantes á dos balsas negras, ancladas é inmóviles en medio de la eterna agitación del oleaje.

Frente al mar, se abría en la masa obscura del risco una caverna más ancha que larga, cuyo piso de piedras lisas,

negras y redondas. estaba salpicado de botellas rotas, de huesos de aceitunas, de papeles arrugados y grasientos, restos de pasadas parrandas que habían comido y vociferado en aquel sitio.

Bajo la hoguera inmensa del sol, Pepe, Canabuey, Panchelli y Mateo Brito, sentados en la roca lisa y candente siguen con la vista el bailoteo mareante de las boyas. Tío Agustín, en cuclillas, cuida de renovar el cebo, sacando de un *gánigo* de barro la lombriz, que hormiguea y se retuerce entre sus dedos, negros y cuarteados. De vez en cuando arroja al mar un puñado de *engodo*. Luego se rasca encarnizadamente la maleza encrespada del cráneo.

El Océano fulgura. La reverberación de las aguas quema las pupilas.

Se hunde súbitamente la boya de Canabuey.

—Tire, Joaquinito, tire.

—Será una *panchona*, tío Agustín?

Era un paquete de *sebas*. Grandes risas.

Resultado de la pesca: dos *verdes* y un *peje tamboril*.

Aburridos al cabo, con la piel echando fuego y el cráneo en ebullición, los cuatro pescadores abandonaron la caña para tenderse á la sombra fresca de la cueva, donde se hallaba ya el mestizo, tendido de espaldas, leyendo *El Imparcial* de Madrid.

Mientras el viejo prepara el fogón para guisar el *cherne* y las papas, los de la parranda, acompañados gratamente por el frasco de ginebra aromática, charlan, ríen, se disparan piedrecillas.

Canabuey les refiere su última aventura. Hacía algún tiempo que una criada de Jacintito Rodríguez, Angustias la *majorera*, le había prometido hacerle feliz. A las diez de la noche atraviesa cautelosamente el zaguán, el patio, y penetra en el cuarto de la doncella. Pero héte aquí que á las primeras tentativas del atrevido mancebo, la muchacha se cae para atrás, lívida, pataleando. Es un *mal*, piensa Canabuey sudando de angustia, y al punto, rápido como una saeta, se le sienta sobre las piernas para evitar el taconeo, agarrándole con una mano las

muñecas y amordazándola con la otra para que no grite. Y así pasó toda la noche, *la más larga del siglo*, decía Joaquín. A ratos, la majorera parecía calmarse y el infeliz trovador se levantaba rendido, con la esperanza de tomar la puerta; pero mientras forcejeaba con la llave rebelde, la chica tornaba á agitarse y á lanzar gruñidos y vuelta á la batalla feroz y silenciosa sobre la estera. Al rayar el alba, se quedó al fin tranquila, inmóvil y descolorida como una difunta y el buen Canabuey se largó, sutil como una sombra, con las manos llenas de mordiscos. Sus cuatro tías le esperaban en el balcón, cacareando como un coro de cacatúas asustadas y al verle tan desencajado le hicieron tomar enseguidita un purgante de sal de higuera.

Terminada la narración del episodio, Canabuey empuñó la guitarra y Panchelli, con acentos lánguidos y temblorosos que parecían salir del fondo de una botija, recorrió sin perdonar ni un solo número, todo el repertorio de las danzas sentimentales y amorias. Con

la imaginación puesta en Paquita, la niña del oidor, suspiraba aquella que empieza;

—Niña la de ojos negros, como mis penas
Mírame aunque al mirarme de amores muera....

Y aquella otra, de corte más rápido y elegante:

—Cuando en la noche la blanca luna
Su luz derrame sobre la mar....

Después se quedaron todos dormidos, á excepción de Pepe Santana que, si cerró los ojos, fué para evocar en el silencio augusto de las cosas, interrumpido por el golpear ronco y monótono de las olas, la imagen delicada de Margarita. Nunca como entonces sintió por ella adoración tan absoluta, ternura tan intensa, mezclada con una compasión extraña é infinita que se extendía á todo el sexo femenino, á los seres débiles, sumisos y graciosos como lindos animalitos, que los hombres deben proteger y respetar. Y se juró á si mismo no abusar nunca de su soberanía de varón. En aquellos momentos, Joaquín que roncaba

á su lado, con el rostro ennegrecido por el pasear incesante é inquisitivo de las moscas, le inspiró desprecio y repugnancia.

Caía la tarde con lentitud serena y majestuosa cuando los expedicionarios atacaron el salpreso. Pancho Vega se comió catorce papas y todos bebieron como cloaca en día de lluvia, sin excluir al mestizo, en quien el alcohol producía verdaderos accesos de demencia. Levantó pedruscos enormes, luchó *mano abajo* con Canabuey, y dió en graznar con su voz desafinada una canción inglesa, que nadie pudo quitarle de la boca hasta que le dejaron, inanimado como un fardo, en el patio de su casa.

Cuando el viejo pescador, que bebió más que ninguno sin perder ni un instante su flema socarrona, les obligó casi á la fuerza á emprender el regreso, la noche había cerrado enteramente. Comenzaba la bajamar y el estallido de las olas sonaba cada vez más distante, como la voz de un amigo que se aleja, volviendo á cada paso la cabeza para

decir adiós. Las montañas del fondo se habían trocado en murallón triste y negro en el que parecía terminar el Universo. La palpitación infinita de las estrellas en la altura infundía pavor y desaliento.

A Mateo Brito, que había pasado un día muy alegre, le dió una congoja al subir la escalera de granito. Sentado en una piedra repetía, indiferente y tético.

- Déjenme. Váyanse ustedes. Quiero morirme aquí.

Tío Agustín le izó hasta lo alto del risco, llevándole medio á cuestras, mientras gritaba á los demás:

--Vustedes no se apuren, que éstas son perrerías de la *giniébla*.

XVII

Proyectos

Siguieron días muy largos de tediosa inacción.

La oración *pro Sargo* solo le reportó al Licenciado Santana un gallo de hermosa cresta roja que le regaló su defendido, lleno de gratitud por aquel esfuerzo de elocuencia, que por otra parte no produjo resultado alguno positivo, pues el Sargo fue condenado, como lo pedía el Fiscal, á la pena de dos meses y un día de arresto mayor, accesorias y costas.

Ningún cliente, fuera de los ya citados, se presentaba en la casa del barrio de las Cantoneras. Pepe se pasaba las horas

encerrado en su despacho, leyendo periódicos y novelas. Unos borradores, trazados en sus tiempos de estudiante, que encontró un día, registrando el fondo de una gaveta, le sugirieron la idea de emprender un trabajo literario. A qué se dedicaría, al drama ó á la novela? Seducíale la amplitud y libertad de este último género, pero conceptuaba al teatro como sendero más rápido y expedito para lograr la gloria y la fortuna. ¿Qué dirían sus paisanos si de pronto, en la escena madrileña, fuese aclamado entre palmadas frenéticas y alaridos de entusiasmo el nombre ignorado de Pepe Santana?

Ocurriósele naturalmente el plan de un drama romántico, con sus Mendos, Fernandos, Nuños, Blancas y Sanabrias. Escribió la primera escena, en romance octosílabo. Era un diálogo entre un escudero viejo y adusto y una dueña parlanchina, en que, bajo pretexto de exposición, salía á relucir toda la ropa sucia de la familia del Conde, ropa que probablemente se lavaría con sangre, en

las postrimerías del drama. Después, lleno de impaciencia, se colocó de un salto en la situación más interesante del acto primero, una escena de amor en que el Conde, mintiendo con gran aplomo, refería á doña Blanca, en décimas muy cargadas de sabor medioeval y de ripios, que la imagen de la chica se le aparecía, flotando en un rayo de luz, en todos los combates que libraba á los moros. Los consonantes que no podía encontrar los dejaba en claro, con la esperanza de que se le ocurrieran más tarde. Al cabo, aburrido, guardó las cuartillas y el conde y doña Blanca se volvieron al limbo, de donde no debieron haber salido jamás.

Igual suerte corrió la novela de costumbres que intentó escribir días después. Sin previa formación de plán, ni idea siquiera de caracteres y situaciones, lanzóse á enjaretar el primer capítulo, que era de los de sopetón, pues comenzaba por un diálogo chispeante y animadísimo en un café.

—Salvador!

—Cómo! Eres tú? Agradable sorpresa!

— Sí, yø soy.

— Cuándo llegaste?

— Ayer.

— ¿Y cómo sigue la marquesa?... etc. etc.

Y los días pasaban y los meses también y el libro de cuentas ó agenda de bufete que comprara Pepe á principios de año, tenía aún sus páginas vírgenes de toda cifra, que no fuera fantástica ó problemática.

Obligado á pedir al señor Santana hasta el dinero de los cigarros, Pepe resolvió mentalmente marcharse á la Península, con el fin de ingresar en cualquiera de las carreras que llaman del Estado. Dióse de término todo el año siguiente y comunicó el proyecto á su novia, que lloró un poco al pensar que tendría que separarse de su familia. Ellos daban ya la cosa por hecha en sus conferencias íntimas y sobre aquella frágil base construían un edificio interminable, cuya veleta traspasaba los espacios rientes de la juventud y llegaba hasta las nevadas cúspides de la vejez.

—Cuando yo me jubile, solía decir el buen Pepe, vendremos á pasar nuestros últimos años en Atlántica.

En cambio Santiago Thornill continuaba subiendo con envidiable tesón la pedregosa cuesta de la política isleña, atrapando con mano certera los sabrosos frutos pendientes de las ramas, á uno y otro lado del camino. Logró la dirección de *El Renacimiento* y así constaba en sus tarjetas. Usaba para recibir en su despacho un batín con vueltas de terciopelo azul, que se metía por los ojos del cliente y dictaba sus escritos con voz estentórea y afectada, que se oía desde la calle. Decíase en Atlántica que era un chico de mucho porvenir y que era lástima grande que no se hubiera quedado *por allá*.

Aspiraba á salir de la sombra proyectada por el alcohólico maquinista, contrayendo enlace con una niña de la aristocracia. Esta clase social empalmaba alguna que otra vez con la *burguesía*, sirviendo de puente los chicos de carrera, formados con los doblones procedentes

de la cochinilla. El mestizo había calado sus rédes en las aguas estancadas de la familia de Peralta, gente decaída de su pristina grandeza. El padre, don Arturo, era un pobre imbécil, que ni siquiera entendía el reloj. La mamá era una vieja verdosa y pequeñita como una aceituna, que en sus años juveniles había fatigado las lenguas de los maldicientes. Tenían una hija, Josefina, objeto del tenaz asedio del mestizo. Ella le pagaba en moneda de desaires su interesada constancia, soñando con un primo militar, ausente en la Península; pero el director de *El Renacimiento*, armado de su inflexible tenacidad británica, esperaba impertérrito, sin retroceder ni un ápice, á que la descendiente de los Peralta doblara el promontorio de los treinta, que ya tenía muy cerca de la proa.

XVIII

Martes de Carnaval

Así, cayendo uno tras otro los días y los meses en el montón nebuloso del pasado, tocó una vez más en la serie de los tiempos el turno á los Carnavales, “*esa gran fiesta pagana, conservada milagrosamente á través de tantos siglos de cristianismo,*” como decía, muy seriamente, “La Voz del Nublo”.

El Domingo y el lunes pasólos Pepe encerrado en su casa, leyendo ó jugando en la huerta con las chiquillas, que desde las cinco de la mañana acudían á despertarle, arrebuadas en colchas de color, gritando con voz de falsete:

— Don Pepito, me conoce?

Pero el martes, á las cuatro de la tarde, varios amigos invadieron tumultuosamente el despacho de las Cantoneras. Pancho Vega desafiaba á las nubes con una chistera abollada, eminente y cilíndrica como la chimenea de un piróscafo. Su piel de caoba grasienta desaparecía bajo un encalado espeso de polvos de arroz, crujía en sus espaldas un frac mugriento, cabalgaban en su ancha nariz unos espejuelos verdes y su diestra, cubierta por un guante roto y marchito, empuñaba á guisa de bastón doctoral, un *pírgano* con borlas.

Canabuey tenía honores de mónstruo hermafrodita. El busto era masculino, vestido de americana y chaleco negros. De la cintura abajo convertíase en matrona obesa, gracias á unos almidonados y crujientes zagalejos, que por la parte posterior formaban una protuberancia escandalosa, merced á un tremendo *polizón*. Un sombrero viejo de señora, adornado con flores contrahechas y descoloridas, se tambaleaba en la cúspide de su cráneo anaranjado y llevaba unos pendientes

formados con cáscaras de *lapas*. Cubriáse con un paraguas de turroneira, verde y agujereado y dábase aire con un *abanador* de palma.

Acompañábales el célebre explorador y turista africano conocido por Abde-rrahmán, sumergido en unos inmensos pantalones á la turca, ceñida la frente por un turbante azul con su media luna de cartón dorado. Empuñaba un frasco de ron de Jamáica del que hicieron beber á Pepe, entre cantijas, risas y algazara, una buena porción.

En un abrir y cerrar de ojos, las dos chiquillas, Pepa y Soledad, transformaron á su hermano por completo. Una le embadurnó el rostro, la cabeza y los pelos de la incipiente barba con polvos de arroz y la otra le trabó en la solapa un ejemplar de todas las flores de la huerta. Y vedle ya en la calle, formando parte del grupo gesticulante y vocinglero, en medio de la asordante locura de aquel fin de fiesta, codeándose con los labradores, marineros y artesanos del barrio, que berreaban aquí y allí, teñidos los

rostros con bermellón, apoyando en sendas cañas de azúcar sus vacilantes pasos.

Avanzaban con mucha lentitud, deteniéndose á cada instante para beber un trago, al rededor del buen califa, que les vertía dos dedos del diabólico licor en una copa diminuta, que previamente limpiaba con el pañuelo de bolsillo.

En algunas casas *terreras* bullían las *taifas* de la tierra, pintorescos y divertidos saraos en que se bebía ginebra, *mallorca* y vino tinto, se obsequiaba á la pareja con dulces comprados en la misma casa al precio de dos cuartos uno y se bailaba con *retranca* ó sin ella, al son de guitarras desafinadas, llenas de mugre.

Hubo que bregar á brazo partido con Canabuey, que se empeñaba en entrar en uno de aquellos cuartuchos, por haber divisado en él á una beldad de saco blanco y pañuelo á la cabeza, una tabaquerilla llamada Rosario, objeto en aquellos días de sus eróticas persecuciones.

Exasperábale la presencia del novio oficial de la muchacha, un marinero de

la costa, conocido por el *Casón*, salvaje negro, cuadrado y rechoncho que en unión de varios amigotes contemplaba el baile desde la puerta.

—*Roncote* del jinojo, vociferaba Joaquín, espérate, que voy á tumbarte las muelas de una trompada.

El otro, con ambas manos en los bolsillos del pantalón, escupía por el colmillo y contestaba calmosamente, sin moverse de la puerta.

—Don Joaquín, no se pierda. No se pierda don Joaquín.

Al fin los amigos se llevaron medio á rastras al endemoniado Canabuey quien á cada paso se volvía para gritar, erizado como un gallo inglés.

—Hasta mañana, *Casón*. Mañana, *ca* don Cayetano te llevas la gran *estupidura*.

—Don Joaquín, no se pierda. No se pierda, don Joaquín.

.....
Contemplado desde el puente de piedra, el aspecto de la Plazuela, herida de soslayo por los fulgores tibios y dorados

del sol poniente, era una maravilla de luz, de color y de movimiento. En el fondo del cuadro, el valle hermosísimo del Guiniguada, enorme ramillete de vegetación obscura é inmóvil del que surgían, como cirios en un templo, los troncos erguidos y oscilantes de las palmeras. Abajo, el cauce pedregoso y árido del barranco, arriba el cielo diáfano, terso é inmaculado como un manto de raso azul en el que se perfilaba vagamente la línea clara y temblorosa de la Cumbre.

En la esquina del puente, alrededor de las vendedoras de turrón, *alegrías*, garapiñones y cañas dulces, se agolpaban grupos; sin cesar renovados, de criadas, de soldados y de chiquillos, vestidos éstos últimos de marineros, de militares, de *conejeros*, de payasos, formando revuelto amasijo, una insurrección de colores, el rojo, el amarillo, el verde, el violeta, girando en un punto, yuxtaponiéndose en suaves gradaciones ó detonando en bruscos é inverosímiles contrastes.

En el centro de la plaza evolucionaba el clásico y tradicional pescador. Cada vez que tendía la caña, más de un centenar de chiquillos andrajosos y de máscaras grotescas se precipitaba con infernal gritería, disputándose el higo pasado á coces, á puñetazos, á mordiscos.

Circulaban, cruzándose sin cesar, *ranchos* de máscaras, unas arrebujaadas en dominós de enérgicos y variados colores, otras con una sábana á la cabeza: parejas de artesanos y de marineros, con las mejillas pintadas de rojo, enarbolando escobas, sartenes, cañas dulces, unos en mangas de camisa, exhibiendo arcáicas chisteras, otros envueltos en pañolones de mujer, todos graznando malagueñas, danzas y *folías* al son de guitarras y tiples desentonados. Señalábanse los marinos por el andar pesado y oscilante y los tremendos *buches* de pescado que sonaban á diestra y siniestra, con bruscos estallidos, en las espaldas de los paseantes.

De las ventanas y balcones, abiertos de par en par, salía estrépito de risas y

martilleo de pianos y veíase desde la plaza, en el interior de salas y gabinetes, el acompasado voltear de las parejas. De cuando en cuando, muchachas con el pecho y la cabeza cubiertos de flores y rojas las mejillas por la agitación del baile, se apoyaban en el alfeizar, risueñas y palpitantes y enseguida acudían otros tantos pollos, quien ofreciendo una copita de licor, quien haciendo mil aspavientos y cortesías con la mano puesta en la ladó izquierdo de la pechera. Alguno se postraba de rodillas, en la actitud romántica del que declara al ídolo de sus sueños su ardorosa pasión.

Flotaba en la atmósfera transparente y serena un estrépito confuso y mareante, en el que alternaban ó sonaban al unísono, gritos de vendedores, chillidos afeminados de máscaras, maullidos de acordeón, gemidos de violín, cantos descoyuntados y lacios, zumbido de guitarras, ahullidos roncós y salvajes de beodos.

Canabuey, enloquecido súbitamente por el ruido y el movimiento delirantes de la plaza, rompió á bailar desaforada-

mente en un rincón y desde los primeros compases acertó á dar tres ó cuatro puntapiés en las pantorrillas de un municipal que, ataviado con su uniforme de hilo crudo, contemplaba risueño y benévolo la fiesta. Sabe Dios la que se hubiera armado, pues ya el agente de la autoridad amenazaba con llevar á todo el mundo al *cuarto de las cachuchas*, á no mediar Abderrahmán, que era alcalde de barrio.

Cuando se disipó el corro que en torno de ellos se formara, una idea luminosa visitó el cráneo amarillo de Canabuey y le hizo exclamar bruscamente.

—Caballeros, media vuelta á la derecha. A casa de tití.

Y todos repitieron en coro, cogidos del brazo, marchando al compás de una frase musical, improvisada en aquel momento:

---A casa de tití, á casa de tití!

Y siempre cantando, atravesaron varias calles, subieron la escalera y penetraron en la sala, donde el aspecto de Abderrahmán y de Canabuey levantó una tormenta de risas.

Después de saludar, con afectadas y profundas reverencias, á Dionisio el exiguo y señora, la *parranda* de Pepe pasó al comedor donde, en el centro de la mesa, se pavoneaba un garrafón de anisado, barrigudo como un canónigo, al que servían de acólitos, en la tarea de calentar el seso y soliviantar la razón, unas cuantas docenas de botellas de vino y de cerveza.

El comedor, la sala, las galerías, las alcobas, eran á cada instante recorridos por *ranchos* de máscaras y por bandadas de pollos y de gente madura, que entraban y salían cantando y vociferando, en uso de la hospitalidad y confianza, tradicionales en Atlántica en semejantes días.

De vuelta á la sala, Pepe bailó una polka con Carmen Guillén, una danza con Pinito Mederos, y una virginia con Mercedes Pedregal, á la que hizo una declaración en toda regla, recabando un *sí* suave y tembloroso como la nota de una flauta, que le hizo reír nerviosamente, momentos después, cuando, apoyado en una de las pilastras del corredor, pensaba

vagamente en todas aquellas peripecias, viendo centellear en el fondo obscuro del patio centenares de lucecitas.

Después que cerró la noche y brillaron en la sala las lámparas de petróleo, el espíritu de Pepe zozobró en la sombra vaga é indefinida de la inconsciencia. Dijéronle al día siguiente que había cantado un fragmento de *la Marina* con acompañamiento de piano, discutido sobre administración provincial con don Mariano de la Tuesta, que le interrumpía á cada instante diciéndole—Permítame usted, pero permítame usted... y pronunciado en el comedor un brindis en el que proponía llevar la guerra santa á Villacruz, bajo la jefatura del gran patrio don Ruperto Alemán á quien abrazó en aquel acto, apellidándole Ruperto el Ermitaño.

Cuando salió á la calle era más de media noche. Canabuey, Pancho Vega y Abderrahmán habían desaparecido hacía tiempo y ahora le acompañaban Santiago Thornhill, el gallo Morón, Eduardito Angulo y algunos otros pollos del

Casino. Empezaba la ciudad á dormirse y en la brisa fresca del Norte flotaban menudas gotas de lluvia. Parábase el grupo á cada instante, discutiendo tenazmente acerca del modo de pasar el resto de la noche. Prevalció la idea de tomar un coche para marchar al Monte, donde los padres de Eduardito poseían una finca con bodega; pero mientras llamaban con el puño cerrado en el portalón de una cochera, Pepe Santana se escabulló, acometido de súbita tristeza y solo, recorrió al azar varias calles, sollozando como un niño en las tinieblas.

Recordó luego vagamente haber cantado el *Salve, dimora, casta e pura* en la calle de las Tapias, debajo de los balcones de la casa de Margarita y luego tarde, mucho más tarde, encontróse sin saber como, tendido en los *callados* del patio de su casa, donde le recogió Candelaria, una criada vieja, natural de San Bartolomé de Tirajana, cocinera de la casa hacía más de veinte años, negra como una mina de carbón, á quien Pepe solía llamar, *la noche de San Bartolomé*.

XIX

En el teatro viejo

La llegada de una compañía teatral era para la gente atlántica de antaño un acontecimiento enorme, que formaba jalón en la serie de los tiempos, ni más ni menos que las epidemias de fiebre amarilla, los temporales en que el Guinguada se salía de madre ó las *bajadas* de la Virgen del Pino.

Tan pronto como el vigía anunciaba «buque al Norte», el muelle se llenaba de curiosos, que acudían á presenciar el desembarque de los cómicos. Los pollos del casino, reunidos en grupo alrededor de la farola, asistían al desfile del abigarrado y escuálido rebaño y

luego seguían de dos en dos á los viajeros hasta dejarles en la puerta de la fonda, analizando y discutiendo el aspecto, fisonomía y empaque del elemento femenino.

En breve era conocida de todo el mundo la historia interna de cada uno de los artistas, merced á las indiscreciones de Publio Columela, andalúz gordo, súcio y más embustero que un libro de caballerías, sempiterno empresario de los teatros atlánticos. Sabíase, por ejemplo, que el barítono era un jóven de muy buena familia. Hijo de un banquero genovés habia dejado la casa paterna para compartir palmadas y silbidos con una *mezzo-soprano*, que luego se fugó con un aeronáuta. Comentábase la sospechosa intimidad entablada entre la tiple ligera (también de buena familia) y un teniente de milicias, huésped de la fonda del gaditano, en la que se albergaba la compañía y todos se lamentaban de los excesos alcohólicos del primer bajo, un chico de tanto porvenir! En cambio la primera tiple ó tiple de fuerza, era una

mujer *formal*, esposa legítima del violín concertino. Y aquel estado civil, arreglado á los preceptos de la moral y del derecho, entraba---cosa extraña---por mucho, en los éxitos artísticos de la cantante.

Anunciábase la función por medio de papelones amarillos, pegados en todas las esquinas, junto á los carteles marítimos en que, debajo de una viñeta que representaba á un buque navegando á todas velas, se participaba al público la salida para la Habana del bergantín *Anita* ó de la barca *Fortuna*.

A las siete y media se abría la puerta del coliseo, en la que se personaba el propio Columela, sin que su exquisita vigilancia fuera bastante á impedir la *coladera* de los chicos del colegio, que desde las primeras horas de la noche invadían el vestíbulo, perpetrando mil diabólicas *mataperrverías*, para tormento y desesperación del respetable señor Narciso, sargento de municipales.

Las familias acomodadas se instalaban en los palcos, que eran una especie de

cajones de madera, cuyos asientos, formados de estrechos tablones, sujetos con visagras, se alzaban para dar entrada y salida á las señoras. El palco central pertenecía al Ayuntamiento y desde allí presidía la función el alcalde ó uno de sus tenientes, con facultades para interponer su veto, cuando el público exigía indiscretamente la repetición de una pieza. Las personas modestas acudían á la *galería alta*, siendo de rúbrica la presencia en tal sitio de los patrones de buques y sus señoras, todas las noches en que se representaba *la Marina*. Las familias de luto entraban sigilosamente por la puerta de atrás y se refugiaban en las *troneras* ó en las *bambalinas*. Las que no podían disponer de la peseta indispensable para tomar asiento en el gallinero, vagaban como almas en pena por los alrededores mal olientes del teatro, ó se sentaban, con la esperanza de sorprender un calderón lejano, en los murillos de la plazuela sin empedrar, en cuyas esquinas se instalaban desde la tarde las vendedoras de castañas asadas, envidiando la suerte

de los músicos que entraban muy orondos, con su instrumento bajo del brazo, ó de los chiquillos, dependientes de la cantina, autorizados para recorrer el patio y los pasillos, vendiendo cucuruchos de almendras garapiñadas, al precio de una *fisca* cada uno.

Las decoraciones eran obra de un pintor aficionado de la localidad. Había un telón de bosque imagen fidelísima de una colcha con ramos y un salón regio que parecía el ensueño de un fabricante de chocolate. Era el mecanismo del telón extraño, casi inverosímil. Un hombre, asido de una cuerda en lo alto de las bambalinas, determinaba con su propio peso la subida del armatoste, de modo que cuando éste llegaba al friso, el hombre descansaba en las profundidades lóbregas del foso.

La temporada teatral á que nos referimos fué de las más accidentadas y memorables, á causa de los enconados y furibundos partidos que se formaron en el público. Eran estos bandos el de la Taramelli (triple dramática) y el de la

Serrudi (contralto). Al primero pertenecían todos los pollos de las *lunetas* y al segundo la mayoría de las huestes del gallinero, capitaneada por un zapatero poeta, músico, crítico y orador, á quien por mal nombre llamaban *Tembladera*.

Con este motivo, armábanse en el teatro que después, cuando hubo otro, se llamó viejo, unos jaleos horribles. La noche del beneficio de la Taramelli los del patio se quedaron afónicos en fuerza de gritar *bravo* y terminaron apaleando con los bastones los bancos de madera que llevaban el antedicho título de lunetas, para ahogar las protestas de la gente de la cazuela, mientras cruzaban el espacio ramos de flores, palomas blancas y unos versitos, impresos con letras doradas, dedicados á la esclarecida *donna* Emma Taramelli.

La noche aquella se representaba «Il Trovatore», «ese sublime *spartito* del eminente Verdi», como decía muy serio Eduardito Angulo en sus revistas de la Voz del Nublo, que firmaba con el

pseudónimo de *Semi-fusa*. Y fué noche memorable y famosa en estos episodios, pues durante los primeros compases del *Miserere*, Josefina Peralta otorgó al fin á Santiago Thornhill (el mestizo) su mano áspera y amarilla de jamona.

XX

Justas nupcias

Cinco años completos había durado el asedio. Es de advertir que por el correo último había la de Peralta recibido la noticia oficial del casamiento de su primo y que solo tres cifras la separaban de la cuarta decena. Algo influyó también en aquella determinación el puesto que en la sociedad y en la política isleña había conquistado su eterno pretendiente, que era á la sazón una estrella del foro atlántico y consejero aúlico del cacique. Precisamente aquel *sí* memorable fué pronunciado en el palco de don Marcelino del Saucillo, cuyas niñas solían invitar á la arrancada familia de

Peralta que, sin la galantería de aquellas y otras personas, jamás hubiera pisado el teatro.

La boda se celebró tres meses más tarde, en casa de don Marcelino.

A las ocho de la noche, dirigióse la comitiva á la Iglesia, en el orden que llaman de á dos en fondo, las señoras vestidas de seda, con mucho *polisón*, los caballeros de levita y sombrero de *pelo*, en medio de la ardorosa inquisición de los bultos femeninos, apostados en la sombra de los zaguanes, para verles pasar.

Después de la ceremonia, los invitados se reunieron en la sala de don Marcelino, pieza llena de artísticas novedades, célebres en la ciudad, *verbi gratia*, un piano de manivela, una piel de tigre, una cámara obscura y un negrito de goma que fumaba con su boca de grana un puro de chocolate.

Allí estaba Pepe Santana, á quien la amistad del dueño de la casa y su título de abogado franqueaban aquellos salones, vedados á los plebeyos horteras,

Panchelli y Canabuey. Por cierto que éste último juraba públicamente vengarse del desaire con una sinfonía de caracoles. Allí estaban también las de Celaje, simples y miopes, con sus nuca gordas, blancas y relucientes como grupas de yeguas bien cuidadas. Ni faltaban las cuatro pollas, anémicas y macabres, conocidas por las once mil vírgenes, pastoreadas por el papá, don Mariano de la Tuesta. Doña Pura se quedó en casa, por exigirlo así la interesante situación en que por duodécima vez se hallaba.

Por el centro de la sala discurre pausadamente el dueño de la casa, entre Rupertito Alemán que trae, por supuesto, su brindis entre pecho y espalda y don Inocencio de la Testahuera, el gran abogado atlántico.

La señora de la casa, instalada en el sofá de antigua forma, espacioso como un navío de tres puentes, tenía á su derecha á la mamá de la desposada, pequeña y verdosa como una aceituna y á su izquierda á doña Cándida, la madre de Santiago, pobre señora, transparente y

delgada como un espectro, rendida por formidable lucha de treinta años con el terrible maquinista. Este último (suerte inesperada) se hallaba en Manchester, cerca de un hermano suyo que le había invitado á pasar algunos meses en su casa.

En el comedor aquellas aristocráticas personas devoraron discretamente. Llegado el momento de los brindis (en Atlántica todo el mundo es orador y aspira á lucirse entre dos copas) don Marcelino se levantó, con aquella sonrisilla excéptica, huésped sempiterno de sus lábios delgados y astutos. Dijo solo dos palabras, pero discretas y suyas. En cambio don Ruperto se hizo á la vela en el proceloso mar de un discurso más largo que una noche de invierno, y estuvo á punto de quedarse dos ó tres veces en la mitad del viaje, por faltarle de pronto el combustible de su flaca memoria.

Enseguida don Marcelino dijo con su voz lenta, nasal:

— Oigamos ahora á los Letrados.

Y efectivamente habló don Inocencio, dándose en el abdómen palmadas que

crujían en la pechera almidonada de su camisa. Empezaba á media voz, después soltaba dos ó tres gritos atenorados y luego terminaba el período con un arrullo casi indistinto, gutural. Aquel sistema de pronunciación lo había aprendido de Perales, actor célebre en su tiempo y que, ya viejo y alcohólico, había visitado, años atrás, las Atlánticas.

Pepe Santana, que peroró después, alcanzó un éxito femenino por lo florido de sus tropos y lo acaramelado de sus imágenes. Y en fin, el héroe de la fiesta, aludido veinte veces por *los distinguidos compañeros que le precedieron en el uso de la palabra* se excedió á sí propio, soliviantado por el vino y por la presencia de su linajuda esposa y hasta de la tienda del Palmero, situada en el otro extremo de la calle, fueron oídos sus rotundos períodos, ejecutados por su voz estentórea, crujiente y abierta como un trombón desafinado.

Cuando el refresco terminó, Santiago, radiante de orgullo y de egoismo satisfecho, vertió sobre su compañero Pepe,

mientras los dos paseaban en la galería, unas cuantas gotas del júbilo feroz que rebosaba de su pecho. Por primera vez en aquellos cinco años interesóse por el porvenir de su amigo.

— Te digo que es una lástima que un muchacho como tú ... Caramba, hombre, deberías lanzarte, sacudirte un poco....

En el piano de la sala sonaban los preludios de un rigodón.

— Mira que ya nos vamos poniendo viejos. Tú treinta años, yo treinta y dos....

Comenzaba la primera figura. En el triángulo formado por las dos hojas del suntuoso cortinaje, aparecía y se ocultaba á intervalos el gallo Morón, muy serio, ejecutando el *balancé*.

Santiago proseguía, adivinando instintivamente que los cinco años de desdoroosa inacción, el influjo de aquel ambiente de casa rica y hasta el bienestar fisiológico producido por el vino y los emparedados, predisponían á su amigo á perpetrar los crímenes fríos y cobardes que engendra el egoísmo.

—Desengáñate, Pepillo. Por el camino que tú sigues no se va á ninguna parte.

Y luego, abrazándole á medias, le dijo al oído con el acento misterioso del prestidigitador que revela los secretos de su arte:

--A mí, como tú comprendes, me convenía emparentar con una familia de cierta posición, de cierto viso.... Pero á tí, créeme, lo que te vendría al pelo sería una mujer rica.

En aquel momento el gallo Morón se arqueaba como un puente, inclinando su cabeza teñida ante la mayor de las niñas del Saucillo.

Y Santiago concluyó, con el aplomo del que formola un axioma:

—No seas bobo. Eso es lo que te conviene.

Después entraron ambos en la sala y Pepe Santana bailó con todas las once mil vírgenes.

XXI

Fúnebre

Cinco años duró la enfermedad de Mateo Brito. Obligado á salir de la fonda del Gaditano á causa de los escrúpulos de los huéspedes y de las exigencias pecuniarias del dueño, alquiló una reducida *accesoria* en la cuesta de las Animas.

Una vieja fea y alcohólica, tia María Marmolla, le llevaba en unos cacharros el almuerzo y la comida de un fonducho próximo. Y sentado detrás de la persiánilla verde, con un ejemplar ilustrado de los Evangelios sobre las rodillas, tosía sin cesar, con grandes estremecimientos de su pecho hundido y de sus hombros puntiagudos. ¡Cuántas veces las personas

compasivas que transitaban por la desierta calleja apretaron el paso, para huir de aquella tos pertinaz y lúgubre, como una campana que toca á muerto!

Desde aquella fecha han transcurrido muchos años. La vieja casa ha desaparecido. Ya no existen los enormes balcones de madera carcomida, ni el zaguán empedrado, ni el patio húmedo y sombrío con su pozo hondísimo en que pululaban las anguilas y sus rincones oscuros donde se hacinaban cañas de pescar fuera de uso y bullían las arañas y las cucarachas. ¿Quién se acuerda hoy de la casa? ¿Quién se acuerda del pobre tísico que tosía detrás de la persiana verde?

Pepe le acompañaba en sus ratos de ocio, que eran desgraciadamente casi todos los del día. La idea fija de Brito era regresar pronto á Cienfuegos, donde vivían sus padres y hermanos, nacidos todos en Atlántica. No hacía mucho tiempo que había arreglado el asunto de la administración de unos bienes de su familia, situados en el sur de la isla, que había motivado su viaje.

A fines de Marzo decayó lastimosamente. Ya no digería y una tenaz diarrea secó su rostro moreno, convirtiéndolo anticipadamente en calavera. Sus bigotes, negros antes como la tinta, habían empalidecido, como agostados por la fiebre intensa que nunca le dejaba. No podía acostarse y pasaba los días y las noches, con angelical paciencia, sentado en el borde de la revuelta cama, con la frente entre las manos y éstas apoyadas en el respaldo de una silla.

Como en Atlántica todo se sabe, corrió seguidamente la noticia de que el hijo de don Pedro Brito estaba *en lo último*. Visitáronle entonces la superiora de las Hermanas de la Caridad, y el bondadoso párroco de San Juan Bautista, don Jerónimo Gordillo.

Murió á las once de la mañana del día veintinueve de Abril. Sin levantar la cabeza del respaldo de la silla, le sobrecogió una convulsión repentina y lúgubre y se quedó *hecho un ovillo*, según expresión de tia Maria Marmolla, que estaba presente. Casi al mismo tiempo tronaba

muy cerca, en la plaza de San Pedro de Verona, la descarga de fusilería que saludaba la salida del pendón de la conquista que enarbolaba aquel año Santiago Thornill, como síndico del Ayuntamiento.

Entraba en aquel instante el médico, Manolo Ruiz, compañero de estudios de Pepe en el colegio de San Isidoro. Entre los dos vistieron al pobre muchacho y le tendieron sobre la mesa, con un cirio á la cabecera. Un pañuelo blanco ocultaba las facciones demacradas; y las moscas, susurrantes y tenaces, se posaban en las manos amarillas, casi anaranjadas, puestas en cruz sobre el paño azul obscuro del uniforme.

Por la tarde entraron y salieron varios militares y un indiano muy rico, don Florencio Batista, recién llegado de Cuba, donde había conocido y tratado mucho á don Pedro Brito, padre del muerto.

El entierro fué modestísimo. Detrás del féretro, llevado en andas por cuatro amigos, marchaba, charlando de cosas indiferentes, la escasa comitiva en medio de la cual Santiago Thornill ocultaba con

las solapas del gabán su corbata blanca y la pechera reluciente de su camisa. A las diez había en el casino gran baile de etiqueta para solemnizar el aniversario de la conquista del país.

El fúnebre cortejo atravesó varias calles desiertas y silenciosas, alumbrado por media docena de faroles que llevaban otros tantos pobres, ándrajosos y descalzos.

En la plazuela de las Reinas, después del responso que Dionisio el exiguo oyó semi-cubierto por temor al resfriado, la cabecera volvióse gravemente para saludar al acompañamiento, ya merinado por las defecciones que tenían lugar en cada esquina.

En el cementerio penetraron solo los conductores del cuerpo, Pepe, Canabuey, Vega y Rafael el de los gallos.

En la capilla se hallaban ya dos cadáveres. Un viejo enorme, vestido de paño negro, cuyas botas habían sido cortadas para dar cabida á los piés, hinchados por la enfermedad y un niño de pocos meses, muñequita de cera forrada de blanco,

cuyos párpados abultados y cárdenos parecían dos violetas marchitas agostadas por el frío de la cara lívida.

Cuando Mariquilla *la Pelota*, hija del sepulturero, cerró con estrépito la verja, Pepe se detuvo un instante con la cara pegada á los barrotes, pensando vagamente en la coincidencia inexplicable que reunía en la antesala del cementerio á aquellos tres cadáveres, que solo tenían de comun el pasado sufrimiento y la última congoja y que sin embargo dormirían una noche entera en la sala resonante y lúgubre, á la claridad indecisa del farol pendiente del techo, mecidos por la cadencia monótona, grave é indiferente del mar.

XXII

La cucaña

Mediodía. El sol, desde la altura inmensa, esparce su mirada fulgurante por la soledad grave y majestuosa del mar, que rodea y aísla por todas partes el humilde grupo de los siete peñascos, perdido en aquel rincón ignorado del Universo, junto á la costa salvaje y desierta del continente misterioso que cual enorme esfinje, extiende su cola monstruosa hacia el Sur.

Las casas blancas con balcones verdes, heridas á plomo por la luz solar, proyectan en las aceras una estrecha faja de sombra. El penacho sombrío de las palmeras, como si fuese de piedra, apenas

se estremece en el espacio azul. Las banderas cuelgan de las astas, desmayadas y lacias como las alas de un pájaro muerto. En el fondo del paisaje, desvanecida casi en la lejanía azulada y transparente, tiembla y oscila la línea tortuosa de la Cumbre. Y contrastando con aquel reposo enervante del aire y de la tierra, el mar furioso golpea con tenacidad implacable las costas de la Isla, levantando montañas de espuma que instantáneamente se desploman, con ronco clamoreo.

Pepe Santana, al salir de la misa de doce, vuelve lentamente á su casa, atravesando las calles desiertas, caldeadas por la llama vibrante del sol. Un viejo, tendido en un banco, á la sombra de un plátano, duerme con la boca abierta y el *virginio* apagado, pendiente del labio inferior. Suena, á derecha é izquierda el ruido familiar y acompasado de los almireces. La población entera se refugia en el interior de las casas, buscando en la frescura de los patios y de las estancias cerradas un lenitivo al calor pesado

y sofocante del tiempo Sur, que difunde por campos y poblados el hálito abrasador del Sahara.

En una casa grande, blanca y nueva de dos pisos, se abre bruscamente la hoja de una ventana y una muchacha delgadísima se asoma, apoyando los codos en el alfeizar. Su nariz larga y picuda, sus ojos inexpresivos y rostro largo y exangüe, tienen cierto carácter eclesiástico. Produce el efecto de un presbítero vestido de señorita. De sus dedos afilados y amarillos se desprende una lluvia de pétalos de rosa, algunos de los cuales, después de revolotear lentamente, vienen á posarse en el hongo y en los lentes de Pepe Santana.

En el patio, embaldosado de mármol, se pasea, en misteriosa conferencia con el maestro barbero, propietario de «La Elegante», un señor entrado en años, grueso y de pesado andar. Su levita de paño negro, separada por ambas manos, cuyos pulgares se aferran en las aberturas superiores del chaleco, deja ver la maciza y áurea cadena del reloj. El sol

cubano paseando por el rostro del viejo, durante más de cinco lustros, su áspera y candente brocha, le dió la irrevocable y sienosa entonación de cuarto viejo, que ahora ofrece. Por encima de sus espejuelos de oro serpean como dos acentos circunflejos las cejas peludas. Y debajo de la nariz innoble y chata y del bigote recortado y sucio, se abre el sumidero negro de la boca, cuyo labio inferior, azulado como la panza de un pez, cuelga sin movimiento, sacando á luz los dientes negruzcos de ratón, que oprimen noche y día el oloroso habano.

Aquella era la casa de don Florencio Batista. El señor que en el patio paseaba, en misteriosa plática con el propietario de «La Elegante», moreno y bigotudo como un balletero del tiempo de la Conquista, usurero felino é implacable, era el gran indiano en persona. Y la joven de aspecto canónico que permaneció en el balcón hasta que Pepe Santaná dió vuelta á la esquina, era Candelarita Batista, la

hija única de don Florencio, la *cucaña*
ultramarina, objeto, hacía dos años,
del escandaloso asedio de todos los
pollos atlánticos.

XXIII

Catástrofe

Eran *las niñas de Caín* cuatro hermanas solteras, mayores de cuarenta años, que se ganaban la vida haciendo vestidos y sombreros de señora y confeccionando pacotillas de encajes y ropa blanca para exportar á la Habana. Gordas, blancas y linfáticas, con mucha grasa en el abdomen y poco pelo en la cabeza, formaban, cuando se ponían á trabajar en el patio lleno de flores, entre la jaula de la cotorra y la garita del desvergonzado *máchango*, una asamblea de canónigos obesos, una especie de cabildo murmurador y maldiciente.

Porque las de Caín poseían una verdadera riqueza en datos históricos acerca de la vida íntima de todas las familias atlánticas. Por medio de ingeniosos recursos, que revelaban una maravillosa intuición del arte policiaco, eran las primeras en conocer todos los secretos del hogar, las fechorías perpetradas por los novios que hablaban por la ventana baja, las sospechosas excursiones de los hombres casados por los vericuetos de los *riscos* ó por las callejas de la Marina, la significativa temporada en el campo de alguna niña interesante, todo, absolutamente todo, desde la deuda del zapatero ó del almacén de la esquina, hasta el diario contenido del cesto de la compra. Eran ellas las que figoneaban desde la sombra de los zaguanes, con la nube de estambre á la cabeza, la entrada de los invitados en las casas donde se celebraba algún acontecimiento familiar, matrimonio ó bautizo: las que, por fuera de la verja de la Alameda, comentaban en animada charla los vestidos y los sombreros de las paseantes, las que asistían desde las

bambalinas y troneras á las funciones teatrales, honrándose con la amistad y confianza del tenor cómico ó de la característica y las inventoras de los indelebles *nombretes* que las víctimas conservaban hasta el sepulcro, cuando no los transmitían á sus descendientes.

Parece cosa averiguada que ellas fueron las autoras del anónimo, pues muchas veces se valieron de este medio para revelar traiciones de amantes y de cónyuges.

En vez de exclamar, como las heroínas de dramas y novelas en casos tales— *oh, imposible. ¿Es éste un sueño del que voy á despertar?* Margarita comprendió desde el primer instante que el anónimo decía toda la verdad. Explicóse repentinamente la conducta singular de Pepe, su frialdad creciente, su empeño sistemático de basar un *pleito* en cualquier friolera.

La pobre muchacha pasó una noche horrible. Visitábala por primera vez el dolor y el implacable huesped encóntróla indefensa y pusilánime. Tendida de espaldas en el estrecho catre de hierro en que dormía desde niña, rodeada del silencio

tétrico de la noche, interrumpido solo por la respiración cadenciosa de su hermana Pino, que descansaba en el cuarto próximo, Margarita retrocedía medrosamente ante la obscuridad de lo futuro.

¡Cuánta lágrima, cuánta tristeza le aguardaban! Cual sería su porvenir después de seis años de relaciones con un hombre *que entraba ya en la casa* y que por lo tanto gozaba de los privilegios que engendra una larga familiaridad, privilegios que los maldicientes adivinan y siempre exageran! Reproducía mentalmente su imagen de virgen clórotica y mal nutrida, sus ojos eléctricos, circundados de cárdenas ojeras, sus manos pálidas y marchitas, surcadas por ténues venas azules. ¡Veintisiete años! Ya era vieja. Lloró convulsivamente, imprimiendo al catre fuertes sacudidas.

Apenas rayaba el alba cuando se levantó, pensando en salir á toda costa de aquella dolorosa indecisión. Vistióse á tropezones, decidida á escribir en el acto á Pepe Santana. Puso bajo un sobre el anónimo y un lacónico billete que

decía: «Ayer recibí eso. Dime pronto la verdad.» Iba ya á cerrar la carta cuando se detuvo y transigiendo con su dignidad, añadió estas palabras: «Piensa en lo que sufre tu Margarita.»

Aún se hallaba Pepe en la cama cuando le entregaron la carta de su novia. Lo primero que hizo, naturalmente, fué pensar en sí mismo.

—Qué escándalo, decía casi en voz alta. Mañana se sabrá todo esto, se comentará en todas partes. Me pondrán *como un zapato*. ¿Qué dirá esa familia?

Se lavó sin darse cuenta de lo que hacía. La tohalla temblaba entre sus manos. Entró luego en su despacho y durante más de dos horas se paseó de un extremo á otro, teniendo el papel y la pluma preparados sobre la mesa. Exforzábase por encontrar analogías entre aquella situación y otras que había leído en dramas y novelas y empeñábase en considerarse *víctima de cruel indecisión*. Pero por más que procuraba desencadenar *una tempestad bajo su cráneo*, no lograba salir de aquel estado singular.

mezcla de frialdad y de inexplicable mal humor. Avergonzabase de ello, pero no podía remediarlo. Quizás dependiera del lugar en que se hallaba, aquel despacho claro, espacioso, antipático, poblado de odiosos recuerdos de litigantes molestos é improductivos, de horas mezquinas de vergonzoza inacción. Y en vano se espolaba la conciencia, pensando en que iba á dejar á Margarita, á arrancar lágrimas á los ojos eléctricos, á volver las espaldas á los recuerdos queridos de la juventud, á cometer seguramente una mala acción: la conciencia no despertaba, los remordimientos no parecían por ninguna parte. Y al fin, hastiado y frío, atenaceaba la sien por los primeros pinchazos de una jaqueca, sentóse frente á los cajones vacíos de la mesa, tomó la pluma y comenzó: «Apreciable señorita: circunstancias superiores á mi voluntad me obligan á tomar una resolución que soy el primero en deplorar....»

A los dos días, un domingo por la tarde, estando Pepe en su despacho, vió entrar al padre de Margarita, don Cris-

tóbal Ramos. Quedóse yerto. El pobre viejo, forzando la sonrisa triste y pueril de sus labios descoloridos, se explicó prolijamente, tomando aliento á cada instante.

—Esto.... Pepito, póngase usted en mi caso. Un padre tiene que mirar por el porvenir de sus hijos. Esto.... hace seis años que tiene usted relaciones con Margarita.... Usted ahora sin motivo ha roto esas relaciones.... Bien. Nosotros somos muy honrados. Pobres sí (añadió recordando maquinalmente una frase vulgar) pero honrados. Yo no vengo á reconvenirle.... alto! ni á pedirle que desista, porque eso no sería digno....

Y aquel hombre infeliz seguía ensartando frases descosidas, sin explicar claramente su propósito. Quizás no traía ninguno. Era aquel un sacrificio heroico é inútil, un *palo de ciego*, inspirado por las lágrimas de la muchacha.

Pepe, sobrecogido y tembloroso, contestaba en estilo de novela de folletín, recordando vagamente haber leído escenas semejantes á la que tan impensadamente le caía en mitad del cráneo.

—Don Cristóbal, se lo ruego encarecidamente. Pongamos término á esta escena desagradable....

Y de pronto el viejo se transfiguró: su cara de pollo fiambre se contrajo, formando muecas rapidísimas. Luchó breve rato con la emoción y al fin rompió á llorar, diciendo:

—Pepe, si viera usted á la pobre Margarita! Si viera usted á su madre, que pronto nos dejará! Yo no puedo explicarme; ni menos en este instante. Pero usted es joven, usted es cristiano, usted es bueno, usted tiene que compadecerse, si señor, de las lágrimas de los que tanto le quieren.

El otro callaba, con la cabeza baja, rojo de vergüenza, oprimiendo un pisapapeles entre sus dedos fríos y convulsos.

—Sé que usted no cuenta con recursos para casarse. No se enfade, Pepito, por lo que voy á decirle. — Pero si usted quiere, en mi pobre casa hay un puesto para usted: otra cosa le faltará pero cariño no.

Y al decir esto, se enjugaba las lágrimas con un pañuelo blanco, lleno de zurcidos.

—Don Cristóbal, le ruego encarecidamente....

El viejo guardó el pañuelo y se levantó, temblando. Ya en la puerta, volvióse y dijo:

—Pepito, no le pido á Dios que le castigue. El sabrá lo que hace. Pero usted tendrá hijos algún día, y entonces comprenderá tal vez lo que un padre puede llegar á sufrir.

Y salió, dejando caer blandamente la puerta.

XXIV

Deus ex machina

En el fondo de la huerta, á lo largo del viejo paredón, salpicado de manchas de verdinegro musgo, corría, limitado por matas de geráneos, azucenas y heliotropos, un angosto paseito, en uno de cuyos extremos y debajo de un añoso laurel de la India, se hallaba un banco de piedra en el que Pepe Santana solía sentarse por las tardes, con un libro entre las manos. Desde aquel sitio se dominaba el paisaje sereno y melancólico de los cercados en los que el verde fresco y vivo del maíz alternaba con el sombrío y opaco de las plataneras,

descendiendo suave é insensiblemente hasta la franja de movible espuma que las olás bordaban sin cesar en la lejana playa.

Con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza baja, Pepe recorría maquinalmente el paseo, de un extremo á otro. De vez en cuando se llevaba la mano al chaleco é interrogaba el reloj, á la luz indecisa de las estrellas. Las siete y media.... las ocho. Dentro de poco tendría que vestirse para ir al paseo de la Alameda en el que ya no le esperaba Margarita Ramos, la de los ojos eléctricos, sino la otra, el presbítero vestido de señorita, la cucaña ultramarina, Candelarita Batista.

Poseído de aquella frialdad é indiferencia singulares, inverosímil estado de alma en que la conciencia anesthesiada no daba señales de existir, Pepe contemplaba serenamente y como de lejos su resolución y la veía cada vez más firme é irrevocable. Era (pensaba) un rasgo de virilidad y de genio práctico, una de tantas manifestaciones del espíritu

moderno, de la lucha feroz por la existencia, la estrangulación implacable y fría de las viejas sensiblerías románticas, ejecutada por las manos crispadas de los fuertes. En su imaginación desequilibrada, impresionable, inconsistente y movедiza como el humo, siempre dejaba profunda huella la última lectura. Le habían prestado por aquellos días una traducción castellana de *Monsieur de Camors* y, enamorado locamente del protagonista, como en otros tiempos de Artagnan y de Media de cuero, creía de buena fé imitarle en el caso aquel de sus amores. De este modo pretendía dar un barniz de excepticismo y de aristocrática fiereza á lo que era tan solo consecuencia natural de la apatía y desaliento engendrados en él por la vergonzosa inacción de aquellos últimos cinco años. No se le ocurría otro medio de conquistar la vida fácil y sin mezquinas preocupaciones. ¿Qué porvenir le aguardaba con Margarita? Mediocridad, tinieblas, privaciones, miseria quizás. En cambio, la cucaña representaba el coche

particular, los viajes periódicos á París, el respeto y la consideración de aquella sociedad servil y metalizada y hasta—quién sabe!—la fuerza electoral. Y así como en otros tiempos de paradisiaca candidez se contempló dramaturgo y novelista, deslumbrando desde Madrid á sus paisanos con la brillante aurora de su gloria literaria, veíase ahora, erguido en los escaños del Congreso, cuadrado en parlamentaria levita, defendiendo en períodos redondos y mortíferos como balas de cañón, la *hegemonía* de la gran Atlántica en el Archipiélago contra las invasiones de *la eterna rival histórica*, de la usurpadora Villacruz.

Y llegado á este punto en el capítulo de sus incoherentes meditaciones, á tiempo que se disponía á dejar la huerta para penetrar en la casa, á lo lejos, en el horizonte indeciso y velado del mar, empezó á difundirse lentamente una claridad suave, argentiua, cariñosa, que instantáneamente devolvió la serena superficie de las aguas, con temblorosa reverberación. Las sombras ascendieron

en el cielo, con la lentitud majestuosa de un telón que se levanta. Despertó la brisa, tibia y discreta, susurraron las hojas de las plantas, y en un punto del inmenso semicírculo del mar brotó una chispa de luz, viva, centelleante. Un momento después la luna, redonda, enorme como una pupila dilatada por la sorpresa, se desprendió del Océano, alzándose lentamente en el espacio.

Poco á poco, los objetos parecían salir del caos, recobrando la forma perdida en el montón confuso de la noche. A la izquierda las azoteas blancas y las torres grises, heridas de soslayo por la claridad vibrante y azulada, dibujaban sobre el fondo claro del cielo, salpicado de estrellas espirantes, una ciudad fantasmagónica, el ensueño de una imaginación oriental. Al pie del muro se extendían, oscilantes y rumorosos, los cercados de maíz y de plataneras, surcados aquí y allí por el hilo plateado y resplandeciente de las acequias. Flotaba en el paisaje la solemnidad augusta de las grandes festividades de la naturaleza.

De codos sobre el muro, con la cabeza entre las manos, permaneció Pepe en aquel sitio más de dos horas, olvidado de todo, absorto, sin movimiento.

Los primeros rayos de la luna habían sacado de la intensa negrura del llano las construcciones sombrías del cementerio, la capilla erigida en el costado izquierdo del pórtico, el espacioso cuadrilátero formado por las blancas tapias, con la mancha confusa de los árboles que divide en espacios regulares la tierra gris del centro, destinada á fosa común. Una raya de luz, delgada y temblorosa como una flecha, cruzaba de uno á otro extremo la hilera de los nichos del paredón izquierdo, uno de los cuales encerraba los huesos de una pobre vieja, detrás de una losa de marmol blanco en la que, debajo de una cruz dorada, se leía esta sencilla inscripción—«María del Carmen Rodríguez. Marzo de 18....»

Y el pensamiento de Pepe retrocedía, volviendo como empujado por una fuerza oculta y misteriosa al tiempo viejo, á los años desvanecidos para siempre en la lejanía vaporosa del pasado.

Era la mañana del nueve de Septiembre. Había llegado el instante de la despedida, deseado y temido al mismo tiempo. Ya el burro de tío Vicente el de la Laja había conducido al muelle el cofre del estudiante. Al cruzar el ancho portón de las Cantoneras, acompañado del señor Santana y del padrino Chano, había vuelto Pepe la cabeza para mirar hacia arriba. Y allí, de pie en un extremo del corredor, junto á la *pila*, estaba *ella*, con su cara larga y pálida en la que brillaban afanosamente los ojos negros, con sus manos largas y secas crispadas fuertemente sobre el delantal, con su boca contraída y dolorosa que parecía gustar en aquel instante largo como una eternidad, todas las amarguras de la vida. Y aquellá fué la última vez. Nunca más había de volverla á ver en este mundo.

Una suerte de pudor indefinible y extraño le impidió siempre el conocer los detalles de la enfermedad y muerte de su madre. Quizás el viejo llegó á pensar que Pepe se había olvidado completamente de la muerta. Y no era así.

De día, de noche, á todas horas, la imagen silenciosa y dolorida se alzaba palpitante del montón nebuloso de sus recuerdos, llamando á las puertas de su espíritu con insistencia suave y melancólica. Era aquella una idolatría sin límites, profunda y absoluta, que nadie vió ni sospechó jamás. Por las noches y sobre todo cuando gravitaba sobre su espíritu alguna penosa preocupación, en los momentos de difusión mental que preceden al sueño, oía, junto á la cabecera de su cama una voz que silabeaba precipitadamente su nombre. Incorporábase bruscamente y con los cabellos erizados y el cuerpo bañado en sudor la evocaba arduosamente, con tal esfuerzo de voluntad que sus manos, crispadas con energía sobrehumana, crujían en el silencio de la noche.

.....

En lo más íntimo de aquel éxtasis extraordinario se hallaba Pepe, cuando sintió que una mano se posaba blandamente sobre su hombro. Dió un salto brusco y se volvió, temblando.

Era el señor Santana, en mangas de camisa, con la *cachimba* chispeante entre los dientes negruzcos, debajo del bigote amarilloso.

Sin transición alguna, el viejo tomó la palabra y dijo:

—Pepe, tú has leído mucho y yo soy un bruto. Pero escucha lo que te digo. Don Cristóbal me habló esta tarde, antes de entrar en tu cuarto. Esto.... mira, lo que tú piensas hacer no está bien, no está bien (y aquí movió varias veces la cabeza). Mira tú. Cuando yo me casé con tu madre, (Dios la tenga en buen descanso), yo no ganaba más que dos reales de plata todos los días. Lo comido por lo servido. También es verdad que no teníamos *drogas*. Y ya ves, he llegado á reunir una conveniencia regularcita y tengo un hijo con carrera. Pues trabaja tú también, jinojo, que un hombre eres. ¿Qué no tienes con que casarte por ahora? Pues ahí tienes mi choza, que bien grande es, pa tu mujer y pa tus hijos.

Aún no había terminado el viejo, cuando Pepe le abrazó, con ímpetu de-

lirante. Rodó por tierra la cachimba, derramando en la arena del paseo su luminoso contenido y los dos hombres lloraron en brazos el uno del otro, mientras la madre, palpitante en el rayo de la luna, les besaba á los dos y sonreía.

.....

Habían dado ya las diez y en el reducido comedor de la vieja casa de la calle de las Tapias la familia de Ramos se hallaba reunida alrededor de la mesa. Habían acabado de cenar. Don Cristóbal, serio y pálido, chupaba maquinalmente un cigarrillo apagado, dirigiendo miradas furtivas á la hija mayor, que aparentaba serenidad, desmentida por sus párpados azulados y por sus labios sin color. Doña Juana y Pinito daban vueltas en torno de la mesa, recogiendo las tazas vacías y los mendrugos de pan sobrantes. Y la nota trágica de aquella tranquila reunión familiar, resignada y silenciosa bajo la luz amarilla del quinquet de petróleo, era la actitud de Jeromita, la menor, muy temida en la casa por sus tremendas rabietas. Con los brazos cru-

zados sobre la mesa y los labios en forma de feroz embudo, tenía la mirada fija en un ángulo de la pared, mientras en su mejilla izquierda se hinchaba, pronunciándose cada vez más, la vena azul, conocida en la familia con el nombre de *la vena del genio*.

De repente, las campanillas del zaguán repican furiosamente, echadas á vuelo por una mano impaciente y nerviosa que deja caer, con estampido de cañonazo, el pesadísimo portón. Suben en tres zancajos la desvencijada escalera. A las diez de la noche! ¿Quién será?... Don Cristóbal, *el hombre de la casa*, se adelanta hacia la puerta, disimulando malamente su emoción, Jeromita empuña un cuchillo de la mesa y en medio de la ansiosa expectación de todos, Pepe Santana aparece en la puerta del comedor.

Algún efecto teatral debió haber mediado por la calle, porque todos propendemos á comediantes en las ocasiones solemnes de la vida, pero es lo cierto que en lugar del patético—*Perdónenme todos*, que intentó proferir desde la en-

trada, sugirióle su emoción no fingida otro rasgo menos dramático, pero más digno de la situación, que fué correr hacia Margarita y darle afanosamente el primer abrazo.

Hubo llantos primero y risas después. Al estrépito acudió, arrastrando los chanclos, tía Sebastiana la cocinera, quién, enterada del suceso, lloró también, sonándose fragorosamente en un pico del delantal.

XXV

Dos años después

Dos años después, un domingo por la tarde, Pepe Santana se paseaba en la huerta de las Cantoneras, á lo largo del paredón sombrío, manchado de verdinegro musgo, frente al espléndido y sereno panorama de los cercados y del mar. Por encima de su hombro derecho asomaba la cabecita negra y rizada del primer hijo, un varón inquieto y flexible como una culebra, heredero de los ojos eléctricos de la madre.

Iban á dar las tres: se acercaba la hora tranquila y familiar de la comida de la tarde. Del próximo comedor, con ventana á la huerta, salían ruidos secos y

bruscos de vajilla y zumbido metálico de cucharas y tenedores. Más lejos, en la cocina, sonaba el machaqueo rítmico y precipitado del almirez, manejado por las negras manos de «la Noche de San Bartolomé.»

De vez en cuando el chiquillo se incorporaba y adelantando el busto, señalaba con gesto mimoso é imperativo de su bracito desnudo una flor, una hoja verde que el padre se apresuraba á arrancar y á ofrecerle, besándole al mismo tiempo con pasión.

Pasa el gallo negro, estirado y majestuoso como un sultán, seguido por la cohorte sumisa y balbuciente de las gallinas y Pepillo se escurre como una gota de agua de los brazos que le sostienen y emprende la persecución del emplumado rebaño, que se desbanda entre las plateras, protestando.

En el hueco de una ventana se muestra de improviso el busto de una mujer esbelta y pálida, vestida de blanco. Debajo de los rizos oscuros que velan su frente, brillan con fulgor suave sus ojos negros en la blancura anémica del rostro.

—A la mesa, señores, grita palmo-teando.

—A la mesa, Pepillo, repite el padre cargando de nuevo al nene que, de rodillas en la tierra húmeda, levantaba con ambas manos una tempestad furiosa en la límpida corriente de la acequia.

Las tres de la tarde. Vibra á lo lejos, lentamente, la voz delgada, argentina y temblorosa del esquilón de la Catedral.

Todos se sientan á la mesa. En la cabecera el señor Santana, recién afeitado, vestido de dril limpio y reluciente, que aún conserva los dobleces de la plancha y el vago perfume del zahumerio. A la derecha, Pepe, á la izquierda Margarita y luego las dos muchachas, Pepa y Soledad, bien peinadas, vestidas de vistosa zaraza.

Pepillo, encaramado en una silleta alta, llena de babas un pedazo de pan. El sol de la tarde calienta desde lo alto, suavemente, el mar, los cercados, las montañas y las casas. Flota por todas partes la serenidad azulada del mediodía africano, de la hora luminosa y tibia en que los

siete peñascos, contemplados desde el seno de una nube ligera y vagabunda, deben parecer montoncitos de violeta y oro, rodeados de plata movediza é hirviente, perdidos en la soledad infinita, silenciosa y grave del mar.

A lo lejos tiembla y oscila, desvaneciéndose lentamente en el espacio la última nota del esquilón y el señor Santana destapa sonriente la sopera.

FIN

INDICE

	<u>Páginas</u>
I.—A bordo del viejo Guarnarteme.	3
II.—Fondo!	9
III.—Oh, cara patria!	15
IV.—Remembranzas	21
V.—Entrata di Margherita	26
VI.—Canabuey y Panchelli.	33
VII.—Es de guerra.	38
VIII.—Antes del ambigú.	42
IX.—En el ambigú.	50
X.—Después del ambigú	56
XI.—Dionisio el exiguo	60
XII.—Los clientes de Pepito.	67
XIII.—Salve, dimora...	72
XIV.—Las niñas de Manzano.	76

	<u>Páginas</u>
XV.—La oración pro Sargo. . .	88
XVI.—Al Puerto!	95
XVII.—Proyectos.	105
XVIII.—Martes de Carnaval. . .	111
XIX.—En el teatro viejo. . . .	123
XX.—Justas nupcias	130
XXI.—Fúnebre	137
XXII.—La cúcaña	143
XXIII.—Catástrofe	148
XXIV.—Deus ex machina. . . .	157
XXV.—Dos años después	169

Santiago Bordon

SANTIAGO BORDÓN

I

Bruscamente, después de una brutal sacudida, el carruaje dejó atrás los morrillos de la calle y se deslizó con suavidad relativa por la tierra húmeda de la carretera. Gritó el cochero, chasqueó el látigo y los tres caballejos salieron al galope por la empinada cuesta, entre el salvaje vocerío de los muchachos, el ladrido ensordecedor de los perros y el rechinar estridente de la desvencijada máquina.

Incorporóse Santiago sobre las almohadas, respiró con ansia el aire puro, que ya otro le parecía, y frotando con un

pliegue de la manta los cristales de las gafas, ligeramente empañados por la humedad, dirigió sus ojos al paisaje.

En tal punto, frente á las *escalerillas de San Roque*, el camino costaba la montaña: apiñábanse por la izquierda, hasta la cúspide, las blancas casitas del barrio y, por la derecha, las tierras de cultivo, escalonadas, se extendían hasta el cáuce seco y pedregoso del barranco, cubiertas por las palas carnosas del tuneral, cuyo verde sombrío, donde blanqueaba á trechos la cochinilla, adquiría ahora, después del aguacero, alegres tintes de esmeralda. Al otro lado del cauce, alzabase el risco de San Nicolás, con sus tunerales abajo, defendidos por los murellones de *pedra viva*, sus casucos blancos empinándose por la cuesta del camino, rematado en la altura por la mole cuadrada y amarillosa del Castillo del Rey; un baluarte que mirado desde el mar inspiraba saludable terror y en cuyo recinto desolado cuatro artilleros dormitaban durante el día tendidos con la cara al sol y por la noche rasgueaban la guitarra ó

atemorizaban el barrio con fantásticas apariciones y ruido de cadenas.

Atrás quedaba la Ciudad y, encorvando hacia adelante el cuerpo, pudo contemplar el vallecillo, cortado por el barranco, desde cuyo fondo, á uno y otro lado, escalonábanse las tierras, cubiertas por el tuneral, amontonábanse las copas de los árboles, asomábanse los troncos atrevidos de las palmeras y las casas blancas y las torres grises de la Catedral, destacando sus elegantes perfiles sobre el mar y el cielo confundidos en el horizonte, cuya línea subía, subía á medida que el coche trepaba por las *vuelatas de San Roque* con su ruido machacante de hierro viejo, entre las voces del cochero, el chasquido del látigo y la *torería* ensordecedora de perros y muchachos empeñados en alcanzarlo.

Por un momento interesóle la contemplación de uno de éstos, uno de los más pequeños, que corría junto al carruaje, descalzo, sin otras prendas de ropa que la camisa y un chaleco desteñido y derrotado, en el cual muy bien cabría el cuerpo

todo. Llevaba arremangada la camisa, las faldas entre los dientes crispados, dejando al aire la carne tostada y saludable, el sombrero sin forma ni color definibles bajo un brazo, el pelo rubio, casi blanco, enmarañado sobre la frente formando contraste con el rostro enrojecido por la precipitación de aquella carrera sin objeto.

—¡Si yo pudiera correr como tú! pensó Santiago, devorando al chico con ojos de envidia.

Y de pronto, ocurrióle imaginar el estupor de la gente atlántica, sobre todo el de Pinito de los Rios, si le hubiera visto correr por la plaza de San Pedro con la camisa recogida entre los dientes y el flaco cuerpo al desnudo. Aquella idea extraña le regocijó y una vaga sonrisa puso al descubierto sus largos dientes amarillos.

Fué para él una gran sorpresa la inesperada alegría después de tanto tiempo de negra pesadumbre y agradecido al muchacho que así la provocaba, llevó la mano al bolsillo y le arrojó una moneda de dos cuartos.

La pieza hirió en su cráneo de rubio desteñido por el sol.

Inmediatamente desapareció, quedando rezagado y como el coche girase para entrar en la segunda vuelta del camino, pudo descubrirle otra vez, rebuscando en la tierra húmeda y, ya aferrada la moneda, correr en opuesta dirección, huyendo de sus compañeros con la cabeza torcida hácia atrás, los labios crispados por graciosísima mueca de ansiedad y coraje, temeroso sin duda de que se la quitasen.

El camino seguía trepando por la montaña. Por la izquierda se elevaban algunas casuchas y en todas ellas el mismo sentimiento de curiosidad empujaba á puertas y ventanillos á las mujeres en *zagalejo* de lana roja y pañuelo á la cabeza anudado bajo la barba. Los hombres eran pocos: andaban en el trabajo: solo algun viejo, marinero de la costa jubilado, tomaba el sol, tumbado en el suelo con los ojos perdidos en el espacio inmenso del horizonte, cada vez más dilatado y lejano, á medida que el risco se elevaba.

Aquellas figuras recordaban á Santiago

las imágenes obtenidas por la fotografía instantánea: veíalas desfilas sin poder precisarlas, sin conservar de ellas otro recuerdo que el de un gesto, una sonrisa, una mueca, en la rapidez de su carrera. Un viejo con el pié levantado para castigar un perro, en una posición de equilibrio imposible; un chico saltando á tierra desde una cerca, con todas las apariencias del vuelo: una mujer muy flaca, con la boca enormemente abierta en medio de una canción. Entre todas conservó la visión de una muchacha que con el cabello suelto y el peine en una mano, agitaba con la otra un pañuelo, risueña y burlona, como si le conociese y saludase.

Échó rápidamente el cuerpo afuera y aun pudo descubrirla que con grandes risas celebraba la broma.

Curioso y algo molesto, preguntó al cochero quien era y cuando hizo girar los tres caballejos para entrar en la tercera y última vuelta, respondióle aquel sin volver la cabeza.

—Esa es la hija de José Calixto, una que dió que *hablar* mucho con el *abogao*

de Luque. *Paece* que hora vá á casarse con Perico Almeida, un herrero muy formal.

Santiago, sintió cierta complacencia al oír aquellos detalles de su burladora y Victorio concluyó después de un silencio:

—Es un *chanco*.

II

El camino, ya en la cima del risco, huía bruscamente de la Ciudad hácia el interior de la tierra.

Santiago, en aquel punto, hizo detener el coche y plegar la capota. Sus ojos desde aquella altura divisaban un hermoso panorama.

A sus piés el barrio de San Roque á vista de pájaro: las azoteas cuadradas como las de una ciudad africana, blancas con manchas verdes de musgo; el camino retorciéndose entre las casas para subir á la cúspide, tomaba abajo la línea recta junto á la ermita de ancho portón y tejado rojos, atravesaba el puentecillo bajo el cual el cáuce estrecho del *Barranco Seco*, viniendo de la derecha, se juntaba al otro más ancho y pedregoso de la Ciudad.

Juntos seguían, separando los dos barrios principales, en un cáuce estéril y desolado que limitaban las murallas blancas ó grises de las huertas, cortado allá muy cerca del mar por los dos puentes con sus estatuas de mármol y sus reflejos rojos de hierro. Y á uno y otro lado, por encima de las copas de laureles indios, eucaliptos y palmas, asomaban las casas, blancas, amontonadas con sus miradores, sus astas de banderas y los perfiles sombríos de las torres de piedra gris.

Todo aquello brillaba: el verde en las huertas, el blanco en las paredes; y en todas partes se encendían chispeando los cristales de las ventanas, bajo los rayos oblicuos del sol de Agosto á las tres de la tarde.

Después, mas allá todavía, el mar. Un mar inverosímil tras el chubasco: inmóvil, acerado, sin un copo de espuma, sin una ondulación, cruzado en todos sentidos por manchas grises, como senderos que recorriesen la llanura, mostrando el rumbo á las lejanas comarcas de Africa y de América. Y en último término el cielo azul,

sin una nube, y allá en el horizonte la silueta recortada, como una mancha, de las peñas de Jandía, visibles á pesar de la distancia en la diafanidad de aquella atmósfera recién lavada por la lluvia.

Pero lo que más honda impresión produjo en Santiago fué el reposo, la paz absoluta, el silencio grave y solemne de aquel pedazo de mundo dormido á sus piés. Era lo que su espíritu necesitaba, lo que más anheló durante las horas eternas de lucha con el dolor físico: Parecióle que otra vez el doctor Cano le clavaba la aguja bajo la piel para introducirle la morfina y que lentamente, como en vago vapores, subía hasta sus ojos la onda calmante que le anegaba en el silencio y la paz de un abismo lejano y misterioso.

III

De pronto, en el silencio augusto que parecía desprenderse de todos los objetos inmóviles y flotar en la atmósfera, vibró, viniendo de abajo, de la piedra gris de la Catedral, la nota aguda, clara, metálica del esquilón: una y dos veces como una voz infantil alegre y fresca resonando inesperadamente á la madrugada en la paz soñolienta de una alcoba... Calló y otra voz, la de la campana del Norte, respondióle con su destemplado acento de virgen desafinada. Insistió el esquilón con sus dos notas argentinas y respondióle la del sur con su voz hombruna, solemne y reposada... otra y otra vez sonaba el esquilón, contestándole la campana del Oriente, la del acento femenil, fresco y simpático donde despunta un

dejo interrogante... de nuevo repetía sus dos notas impacientes el esquilón y después de una pausa, la campana de la plaza, con una vibración profunda y lenta de su enorme masa ponía término á la frase.

Era el anuncio del repique: el *Triduo*.

El triduo! Aquella palabra olvidada, resucitaba de pronto en su espíritu y acudía á los labios.

Santiago experimentó una emoción profunda, casi dolorosa, al escuchar después de tantos años de ausencia aquel toque característico y familiar que tantas veces hizo palpar alegremente su corazón de niño en vísperas de Pascua.

—Qué fiesta se celebra hoy? preguntó al cochero.

—Hoy, *nenguna*. Mañana es la Virgen de Agosto, respondióle.

Volvió á comenzar el *triduo*: las dos notas infantiles del esquilón alternando con las voces de las cuatro campanas. Por fin, después de un golpe grave y pausado, cuya vibración se apagó lentamente, hubo un largo silencio.

Iba á comenzar el repique.

Todo callaba. Allá, junto á la torre aplastada de San Agustín, los cristales de una ventana se derretían en lluvia de fuego bajo los rayos del Sol.

Entonces, desde lo alto de la torre de la Catedral, como una palpitación ténue y delicadísima, impropia del bronce y de la mano áspera del campanero, empezó á hablar una campana.

Empezó con lentitud. Era como un aleteo de pájaro que ensaya sus alas torpes y entumecidas por el reposo, como la lengua balbuciente de un niño que despierta con la impaciencia de contar las maravillas de un sueño. Era la misma sílaba repitiéndose impaciente, creciendo, dilatándose, hinchándose en la atmósfera toda luz, toda silencio, toda reposo; la nota de un canto primitivo y sencillo; la primera palabra de una oración hermosa y grave, brotando del hueco de la piedra, cayendo y despertando escalofríos en la onda dormida del espacio.

Nunca su espíritu enamorado de la música, ni aun cuando suspendido el aliento, cayendo en crisis ridículas de exajera-

ción, escuchaba á Tálberg la música de Beethoven, nunca sintió con la intensidad de ahora, la belleza de la armonía, ni las maravillas de la ejecución.

Llegó á imaginar que el campanero, un pobre diablo con los ojos torcidos y ribeteados de rojo, á quien conoció en su niñez, era un verdadero artista de altísimo talento que, más que golpear el bronco como un mecánico á martillazos, tirando brutalmente de las cuerdas, acariciábalas enamorado, poniendo todas sus ansias no satisfechas de hombre obscuro y feo, ávido de amor y de gloria, en aquella vibración que rodaba á todos los ámbitos, cayendo desde la altura, sobre las cabezas de los mortales: de todos aquellos hombres envidiados que no le saludaban en la calle, de todas aquellas hembras apetecidas que ignoraban su existencia, hablándoles de Dios, de igualdad y de amor.

Su espíritu tan dado á las ausencias repentinas, habíase transportado á la plataforma de la torre, á aquel sitio donde cuando niño solía acudir y donde permaneciera tantas veces de rodillas en el

último peldaño, en éxtasis ante su amigo el campanero que, con el pié derecho en el estribo de la campana mayor y en ambas manos las cuerdas de las del mar y del Sur, los ojos sangrientos y vizcos clavados con resignación melancólica en un punto invisible de la bóveda, entraba en contorsiones extravagantes que provocaban en sus labios infantiles carcajadas y gritos de júbilo, tragados por el zumbido formidable de las campanas.

Aquella visión del tiempo viejo, resultaba hermosísima ahora. El pobre campanero, el sér contrahecho y oscuro, adquiriría proporciones de génio. Allá en los aires, mirando fijamente por costumbre á la bóveda, le aparecía acariciando el bronce verdoso con delicadezas inverosímiles, en medio de la brisa y de la luz que á bocanadas invadían la plataforma por los cuatro huecos, aspirando el vago perfume de incienso que de las naves del templo llegaba por la sombría caja de la escalera, enternecido hasta las lágrimas por las voces del metal, sintiendo, tal vez sin saberlo, y expresando inconsciente-

mente con su gesto melancólico y resignado, todo lo que había de injusto y de irremediable en aquel contraste: la tristeza y la humildad de su existencia, cantando en la altura, entre las caricias del viento y los esplendores de la luz, las alegrías de los humanos y el triunfo de Dios.

Al sonido de las campanas, ideas viejas, palabras olvidadas, surgían impacientes de todos los rincones de su cerebro. Aquello parecía una resurrección. Era la del mar, la campana que iniciaba el repique... la Asunción... la que desde el hueco que se abre al naciente contempla inmóvil y silenciosa el espectáculo portentoso del Océano,—la que vé llegar sus olas desde el horizonte á la playa,—la misma que escucha atentamente sus lamentos, sus voces de amor al deslizarse en las caletas verdes, sus alaridos de coraje al romper en las peñas, su eterno y grave murmullo acompasado como la respiración de un monstruo,—la primera que descubré la vela del buque que retorna á la patria,—la última que lo sigue al desaparecer en el horizonte,—la que todas las mañana

ve encenderse en las nubes las primeras luces de la aurora, cuando aquí un punto, allá una raya, presagian el incendio colosal, la explosión cegadora de la luz al surgir de la onda el disco del sol.

Era la Asunción la que iniciaba el canto: era su lengua torpe aun por la inmovilidad del silencio, produciendo un vago sonido que poco á poco crecía, dilatándose en nota vibrante y simpática. Parecíale como otras veces, que en su acento resonaban los gritos alegres de los marineros que volvían á la tierra, los cánticos melancólicos de los emigrantes, las palpitations de la luz, los rumores del mar, todo cuanto aprendió en su extática y muda contemplación desde la altura, frente al océano. Aquella nota crecía, tenaz y apremiante como una invitación á las otras campanas aun inmóviles, y al fin, la del Sur, decidiéndose bruscamente, lanzaba su voz severa para enmudecer de nuevo enamorada aún de su grave reposo. Otra vez sola, la Asunción repetía el llamamiento, poniendo en él toda la seducción de su alma femenina

y otra vez la del sur lanzaba su nota y ya vencida la inercia, continuaban cantando juntas.

Era San Pedro. La campana que en el hueco sur de la torre domina el horizonte estrecho, cerrado por las montañas bajas de la costa, los riscos acantilados del *tunel*, las huertas de San José cuyo verde espléndido corta á lo lejos la línea recta y blanquecina de la senda estrecha y pedregosa que une la ciudad con las blancas tapias del cementerio. Era su voz la que ahora alternaba con la otra fresca y pura, poniendo en el canto los roncadores estruendos de la ola al romper en los basaltos, los severos cantos de los sacerdotes que atraviesan precediendo al cadáver el caminillo angosto, la palpitation misteriosa de todos aquellos seres que duermen el sueño eterno bajo la tierra, dentro del blanco recinto perdido, ahogado entre el verde de la espléndida huerta.

Las dos voces se destacaban con claridad, acelerando el ritmo, tentando con la deliciosa embriaguez del movimiento y

del canto á la otra, á la campana mayor todavía inmóvil en el hueco del poniente hasta que al fin, cediendo á la tentación, agitaba su masa de cien quintales y unía su voz profunda á las otras con estremecimiento de toda la bóveda.

Entonces comenzó un galope que crecía, convirtiéndose en desenfrenada carrera. Y de nuevo creyóse transportado al tiempo viejo, cuando de rodillas en el último peldaño contemplaba al campanero en mangas de camisa, los ojos fijos en alguna grieta invisible de la piedra, tirando con ambas manos y con el pié derecho de las súcias cuerdas, el cabello agitado por la brisa, ensordecido por el golpe del bronce y el retumbar de la bóveda. Apesar de la distancia, imaginaba verle sudoroso, con los dientes apretados y la mirada fija, agitando con dislocaciones de bailarín su cuerpo miserable y su rostro feo. Vefale acelerar el movimiento, cediendo también á la embriaguez del vuelo y aumentar la intensidad del golpe hasta un punto en que de pronto, tiraba de las cuerdas, como de las riendas de tres caballos, dete-

niéndolos erizados y jadeantes, ansiosos todavía de continuar.

Aquella pausa que desde el sitio en que se hallaba le parecía de silencio absoluto, recordábala allá en la torre ocupada por el temblor insistente del bronce mal domado, del aire y de la piedra sacados de su reposo y zumbando aun en los oídos.

La pausa fué de corta duración. Dos veces volvieron á sonar juntas, confundiendo sus voces, como dominadas aun por la rienda: después lanzáronse al galope con ritmo tan exacto que realmente imitaba el choque sonoro de los cascos sobre un pavimento de bronce; y cediendo como antes á la tentación irresistible de la carrera, las notas como golpes se precipitaban, ahuecábanse, confundíanse en vuelo vertiginoso entre las palpitaciones de la atmósfera y los zumbidos de la piedra en un cántico frenético de alegría y de triunfo.

De pronto enmudecieron. Ahora cambiaba el ritmo: lenta y perezosamente combinaban sus voces preguntando y respondiéndose en un diálogo reposado y grave.

Parecían contarse las impresiones maravillosas del vértigo, aún sofocadas y sin aliento por la rapidez del viaje.

En tal punto distinguíase claramente la voz profunda de la Santa Ana. Era el orgullo del campanero.

Aquella masa de cien quintales, manchada de cardenillo, donde todos los visitantes dejaron esculpido su nombre, domina la plaza de San Pedro, el valle de San Roque y vé amontonarse lomas sobre lomas, cambiando sucesiva y gradualmente los tonos grises y el aspecto desolado de los riscos próximos, por el verde exuberante de los campos de Táfra, que más arriba es morado en las arenas del Lentiscal, rojo sanguíneo en las arcillas de las Vegas, pizarra en la base de las Cumbres y que, tocando la cima, adquiere tintes diáfanos de grana y oro al choque de los rayos del sol. Desde el ancho ventanal domina la tierra, aquella tierra que, surgiendo de los abismos del Atlántico, parece lanzarse á las regiones de la altura, como solicitada por un afán irremediable de escalarla, de confundirse

con el cielo, metiendo entre las nubes las finas agujas del Saucillo; la tierra de cuyo seno despréndense las húmedas neblinas de la mañana, el polvo perezoso é incendiado de las tardes, la simiente invisible, el pólen fecundo que la brisa levanta de las copas floridas, el aroma penetrante la emanación acre como sudor de tierra todo empujado, arrastrado por impulso irresistible como incienso misterioso á las regiones del cielo.

En su voz había algo de aquella aspiración de la tierra por los cielos. Resonaban en ella con acento majestuoso el himno eterno de la naturaleza cantando la gloria del Creador, las plegarias que brotan de las cosas inanimadas, el vuelo á la altura lento, solemne, apenas sensible pero constante, eterno, de la roca que asciende desde los abismos del Océano, del agua que se cambia en vapor para subir por los espacios, de la bruma que el sol dilata, de los perfumes que el aire acarrea, de los árboles que elevan sus troncos, de la fuerza misteriosa, desconocida, pero irremediable y tenáz que

empuja á la altura y obliga á mirar hácia arriba y á aspirar al firmamento, aléteo inconsciente del mundo, como vuelo del espíritu de las cosas á Dios.

.....

Terminaba el repique.

De nuevo las tres campanas confundían sus voces en un galope sonoro. Todo vibraba allá abajo. Sin duda los transeuntes al atravesar la plaza inclinaban instintivamente la cabeza bajo aquel chaparrón de armonía. Era una explosión triunfante donde estallaban gritos frenéticos, alaridos formidables, cánticos de alegría, un pregón de fiesta lanzado desde la altura por aquellas lenguas metálicas.

Al fin enmudecieron y en el silencio la Asunción, con su acento interrogante lanzó su última nota, contestándole la Santa Ana con la suya grave y solemne. Parecía poner un punto final á la frase.

Como en el tiempo viejo, la primera curiosamente desde dentro, detrás de los portones celestes preguntaba.

—Quién?

Y la otra, la voz humana, la del pere-

grino que llega y llama á la puerta, buscando el reposo eterno, contestaba:

—Paz.

El sol chisporroteaba en los cristales, tendíase el mar sereno y acerado, el cielo era más azul que nunca, las palmas permanecían inmóviles, el horizonte parecía agrandarse, la brisa se dormía.

Ni un rumor, ni un movimiento.

IV

El camino ondulaba por el lomo de la cordillera dirigiéndose al interior.

Un paisaje desolado: á una y otra margen la piedra gris con manchas de blanca caliza, donde verdegueaban las *tabaibas* raquíteas y abajo, por la izquierda, el cauce del *Barranco seco* con sus higueras nudosas y retorcidas.

Solo, enfrente dilatábase en anfiteatro gigantesco el espléndido panorama de los campos verdes hasta el pié de las cumbres.

Santiago, aún conmovido por el repique, iba recostado sobre las almohadas. Todos sus recuerdos, su vida toda, resucitaba respondiendo á la voz de las campanas.

Otra vez recorría aquella conocida senda á la cual iban unidos tantos recuer-

dos de la niñez; pero iba solo. De todos aquellos seres, de aquella familia numerosa, él solo quedaba aburrido, enfermo, desesperado ante los dos recuerdos siempre vivos en su memoria, el de la catástrofe que le hizo huérfano y el de aquel engaño de la mujer propia que vagaba por América en compañía del otro.

Se había equivocado. Toda su vida había sido una equivocación lamentable.

Pero aquella no tenía disculpa: todo hacía preveer el desenlace ridículo. ¿Quién sino él se hubiera casado con una muchacha que había pasado ya por las manos de otro?

Fué un impulso de locura que ahora imaginaba, en la tarea obstinada de analizar su conducta, hijo de su fantasía romántica y en el cual realmente habían tomado mucha parte sus sentidos, hambrientos de la hembra bien oliente. Hasta entonces la náusea había sido la consecuencia de sus aventuras baratas.

Era hermosa, codiciada por muchos, sin duda por su provocativa facha de doncella violada: propúsose hacerse querer y ella

le quiso. Si, le quiso, no cabía dudarle. Aquella entrega desinteresada de su cuerpo y alma, sin ser sublime como él la imaginó, resultaba atrevida.

El idilio fué hermoso allá en la Ciudad Condal, entre los apuros económicos de la vida de estudiante, en lucha con la amantísima familia que no entendía los proyectos generosos del muchacho y á la cual no sonaban bien las palabras sacrificio, redención y otras tantas con que llenaba pliegos y más pliegos de papel.

Peró al fin, venció. Hubo casamiento, pasaron los días, y ella agradecida y sumisa, él sintiendo alguna timidez al pasearla del brazo por las calles, temiendo siempre un encuentro con aquel médico canalla que casi por sorpresa habíale usurpado las primicias de aquel cuerpo divino, porque en cuanto á las espirituales, hacíase la ilusión y ella también lo creía, de que fueron suyas.

La idea de volver al pais era su pesadilla.

Allá, en la tierra atlántica, ninguno la conoció; hasta allá no alcanzaba el recelo

del maldecido doctor. Y entonces, ya próximo el último exámen, cuando iban á realizar su anhelo, sobrevino la catástrofe.

Toda su familia, sus padres y seis hermanos, perecieron ahogados un día de jolgorio, frente á la playa del Confital. Fué una cosa horrible; un suceso que consternó realmente á todo el pueblo. La lancha volcó: dijóse tardiamente que la vela era grande para la embarcación y había cogido mucho viento. La racha fué inesperada, violenta; no fué posible soltar la vela. Todo fué rápido y brutal.

Volcó y todos se hundieron; ni se supo nunca si hubo lucha. Los dos marineros que tripulaban el bote salieron nadando hasta la playa, los demás fueron tragados por la onda. A los dos dias apareció un cuerpo, el de la hermana María, la predilecta. El mar guardó los restantes.

El sitio atraía sus miradas desde el punto, ya próximo á Pico-Viento, por donde atravesaba.

Por la derecha y á la espalda, casi separada de la tierra, la Islleta como un cetáceo de lomo morado, aparecía entre

las espumas. Las tres eminentes jorobas resaltaban sobre el azul del cielo y por la parte más próxima, imitando la mandíbula de un sáurio gigantesco, la punta de los Atlantes donde blanqueaban las piedrecillas que dieron al sitio el nombre de Confital.

Allí fué: en aquel espacio de mar verdoso, dominado por los acantilados que arrojan sobre su superficie la sombra medrosa de la lava petrificada.

Instintivamente dejó de mirar. Aquel sitio le inspiraba miedo: recordaba aun el silencio pavoroso de aquella costa cortada á pico á la cual llega la ola sin romper, sin estallidos, con un misterioso hervor como de sorbo, al alzarse y deprimirse lamiendo la roca inaccesible.

Él lo supo allá brutalmente por un periódico: leyendo de sobremesa «La Correspondencia», tropezó con el relato de la catástrofe: *Horrible suceso.—Un naufragio en Atlántica.—¡Ocho ahogados!* No había manera de dudar: *Don Pedro Bordón, su señora y seis hijos.....* Fué un golpe de maza.

No hubo desmayo, ni gritos, ni siquiera lágrimas: hubo la estupefacción que produce el arrollamiento por un tren. Quedó impasible y recordaba más tarde que en aquel momento le preocupó la idea pueril de que el apellido estaba equivocado: Bordón por Bourdón. La familia era de origen francés: su abuelo había sido un prisionero de la guerra de la Independencia, desterrado á Atlántica y que caso con Pepita Ariñez, una vjjecita adorable que él recordaba cantando con voz temblorosa de cabra los himnos patrióticos de María Cebolleta. El Bourdón (que todos llamaron Bordón) era un zapador gallardo, pacífico y laborioso que montó un taller de cerrajería y se hizo rico. Habíase olvidado de la Francia, nunca habló de ella y solo en el momento de la muerte, ya sin conocimiento, se le oyó murmurar con acento enternecido de niño, con una voz que no era la suya, que era sin duda la de su infancia.....

¡Oh ma mère! ¡oh ma mère!

Estas eran las palabras que Santiago repetía inconscientemente, sin saber si las

trajo á sus labios la impresión de la horrible catástrofe ó aquel recuerdo que inopinadamente resucitaba.

Así continuó, sin que despertasen las manifestaciones humanas del dolor, rabiando por arrancar una lágrima á sus ojos y gritos de horror á su garganta, desesperando de sí mismo, sabiéndose malo, criminal... y de pronto sintió que germinaba en su cerebro una idea infame; la idea de que ya no necesitaba trabajar, de que heredaba á toda su familia. Nunca cerebro loco fué atenaceado con tanto ensañamiento por un impulso delirante.

Joaquina (*la Quimeta*), le cuidó. Ella encontraba lágrimas fáciles y espontáneas: sollozaba, sentía aquella tremenda desgracia con arreglo á las fórmulas de uso vulgar.

Entonces comenzó su enfermedad ó por lo menos él así lo imaginaba, rechazando con empeño aquel otro origen vulgar que los médicos le atribuían: una pleuresia por enfriamiento. Sintió un desprecio infinito de sí mismo, huyó de todo, hasta de la pobre Quimeta, entregado á

la tarea tenáz y fatigosa de analizar su espíritu para definir y aislar los elementos criminales. Era un trabajo en que se confundían sus recuerdos psicológicos con sus prácticas farmacéuticas de alambique y de mortero. A lo mejor se confundía lastimosamente: creía haber aislado un elemento ideal, lo tenía entre los dedos, iba á contemplarlo y se escapaba como el vapor de un líquido hirviendo en el crisol, ó saltaba como la partícula que la mano del mortero echa fuera del recipiente de ágata, difundándose en la atmósfera ó enterrándose en el suelo, perdido para siempre.

Y ella, entre tanto, sin saber como, sin entenderlo quizá, un dia recibió una carta de su antiguo amante que volvía á sentir el deseo de la hembra una vez poseída y, casi sin lucha, sin pensarlo, sin calcular el dolor del marido, despreciándolo un poco por haberla perdonado, sin discutir aquellos recientes arrebatos de arrepentimiento en que todo su ser sufría retorciéndose desesperadamente por la primera falta, por aquello monstruoso é irreparable, se

fué con el médico una noche, después de cenar, sin llevarse nada, (así lo pensaba ella) con el traje de casa, sintiendo la obsesión, la atracción irresistible de aquel hombre sério, moreno, de barba negra, qué ardiendo en deseos la esperaba en la acera debajo del balcón.

Antes de salir para siempre se lavó las manos, se empolvó el rostro y perfumóse con esencia de violetas. Este perfume fué lo único que de ella quedó en la casa. Un olor penetrante é insoportable, porque en la precipitación de la fuga cayó el frasco impregnando la alfombra.

V

Los caballos continuaban galopando. Treparon una cuesta, pasaron entre los chasquidos del látigo frente al mesón y penetraron en los campos de Tafira.

El paisaje cambiaba. Por todas partes la masa verdegueante oprimía la senda polvorosa del camino. Por la izquierda un grupo numeroso de palmeras destacaba sus tallos rígidos y sus elegantes penachos sobre el fondo violáceo de la Caldera: un verdadero oasis africano en que el monte con su perfil geométrico hacía las veces de pirámide. Más cerca, en la margen del camino, por encima del muro de *pedra viva*, desbordábanse entre zarzas los rosales y las adelfas, ocultando á medias la exuberante vegetación de un jardín, donde crecían árboles gigantescos,

laureles, plátanos y pinos, arrojando su sombra negra sobre la arena volcánica de los paseos. El agua caía desde pequeña altura en la balsa de una cantonera que la llevaba al cauce de la acequia con un rumor atropellado de gárgara. Un rincón misterioso lleno de sombra melancólica y fresca.

Mas allá, la montaña de Tafira sobre cuyo fondo rojizo el rastrojo de los trigos recién segados ponía una ráfaga amarillenta, como un rostro mal afeitado.

A la derecha los tunerales, la llanura verde, el maíz en plena florescencia, los tejados rojizos de Salvago y de Loreto asomando por entre los árboles, y más allá, más abajo, en un plano profundo, los campos de la Calzada, un llano fértil y pintoresco, siguiendo el curso del barranco y cerrado arriba por los riscos negros de los Frailes.

Por detrás y en el fondo, el inmenso panorama de las Vegas, dilatándose en anfiteatro gigantesco hasta el pie de las Cumbres, cada vez más verde, cada vez más próximo.

VI

Aquella realidad había sido el tema de sus delirios de enfermo.

Perdía ahora, aun siendo soberanamente hermosa, al ser poseída. Nada semejante á aquella vaga visión de sus ensueños, desleída entre los vapores de la morfina, que ya era la imagen de un rinconcillo casi olvidado de la tierra, una roca volcánica, negra y desgrefñada amenazando con la catástrofe de su caída al tejado rojo de un alpendero; ya la silueta africana de un grupo de palmeras; ya el hueco de sombra fresco y silencioso de un bosquecillo de laureles; ya el tronco nudoso y retorcido de un castaño sin hojas, seco, muerto, con apariencias de monstruo mitológico petrificado en medio de una convulsión; ya una brecha abierta en el seno

de una montaña por la cual se descubre un paisaje espléndido bañado por el sol.

Todo aquello existía: allá abajo, en la Calzada, descubriase la cordillera de los Frailes con sus dos bastidores de roca negra volcánica y su lejanía luminosa rebosando por la brecha. Más arriba, sobre la Cruz del Francés, un grupo de árboles siguiendo el filo del monte remedaba las siluetas de gigantescos quitasoles abiertos y enclavados en el suelo; á la izquierda el pico de la Caldera adquiría los contornos geométricos de una pirámide egipcia; á la derecha muy próximo, el tejado rojo de un *chalet* ponía una mancha de almazarrón entre el verde follaje de eucaliptos y arrayanes, y por todas partes, cerca ó lejos, los cuadrados regulares de las tierras de labor resaltaban con tonos variadísimos, desde el verde esmeralda del maíz al amarillo de los rastros, desde el violeta oscuro de las arenas del Monte, al rojo sangriento de las arcillas recién surcadas.

Todo aquello era hermoso; pero más poético había lo imaginado, más grande,

casi infinito, entre las brumas de su fantasía, cambiándose lentamente unos en otros, ó surgiendo y borrándose de pronto como las fantasmagorias de una tramoya.

La enfermedad, apesar de todos sus dolores, habíale dejado aquel recuerdo poético: una visión gratisima, nebulosa, donde los objetos perdían sus contornos rígidos de realidad y la luz sus tonos crudos del mediodía. Algo así como una divagación del espíritu aburrido donde confusamente se soldaban retazos heterogéneos de recuerdos, donde las cosas difundiéndose y perdiéndose en el espacio infinito del mundo psicológico, se estiraban adelgazándose, adquiriendo una transparencia inverosímil hasta alcanzar la inmaterialidad de una idea confusa, como una nube de cuyo seno brotase de repente un destello claro, terminante, brillantísimo que siendo idea fuese luz al propio tiempo. Sin duda algun recuerdo lejano enlazado á la existencia de algo material y luminoso que un dia, Dios sabe cuando, se metió por los ojos y quedó archivado en una célula del cerebro para

resucitar ahora de pronto é inesperadamente.

Todo aquello, al tocar la realidad, parecíale empequeñecido: la forma vaga, nebulosa, eminentemente poética de la ideación delirante, perdía mucho al adquirir los contornos geométricos, los colores vulgares de la realidad. Sobre todo, la limitación del cuadro le molestaba: hubiera querido empujar los riscos, abrir brecha en los horizontes para agrandar la realidad, dándole apariencias de espacio infinito.

En cambio, la sensación fresca de la atmósfera, los perfumes silvestres que la brisa acarreaba, producíanle un contentamiento de la carne mortificada por la fiebre y la sofocación, en el cual nunca había esperado hasta ahora.

Era una impresión gratisima de bienestar: el pecho antes fijo se dilataba ampliamente, encontraba un placer inmenso al respirar, tragaba la brisa como un sediento aplica los labios secos al chorro de agua cristalina.

Aquel había sido el mayor sufrimiento

de su enfermedad. Parecía que el aire no llegaba á todos los rincones del pecho; que éste estaba fijo, inmóvil, incapaz de dilatarse para tragarlo. Como lo intentase, el dolor, el dolor irresistible del costado, obligábale á devolverlo precipitadamente con todas las apariencias dolorosas y desesperantes del vómito. Era necesario beber el aire á pequeños sorbos, dominando el ansia de aquella sed insaciable.

VII

Unida al recuerdo de aquella angustia dolorosa iba la anhelación por la realidad presente.

Desde el momento en que los médicos le habían ordenado la vuelta al país natal como único medio de curación, clavóse en su mente la idea de aquel rinconcillo de tierra aislado del mundo, oculto en las primeras estribaciones de la cumbre, al que iban ligados tantos recuerdos de la infancia.

El Collado. Un valle, una hondonada por cuyo fondo babeaba el mezquino caudal de agua de un barranquillo que recogía las gotas perdidas de los nacientes de un risco escarpado que desaparecía, bajo la verde cortina de laureles y jun-

queras.—Un llano estéril de tierra arcillosa que una vez al año verdeaba y amarilleaba con el trigo. Algunos cuadrados de tierra sostenidos por paredes de piedra seca, donde se recogían dos cosechas de millo.—Un bosque de castaños y nogales, viejos, nudosos, retorcidos que escalaban un montecillo.—Una casita blanca medio derruida bajo cuyo tejado rojo se extendía desolada y polvorosa una sala que servía de granero y de habitación para los dueños en los días de excursión.—Todo ésto muy lejos, aislado de todo sitio habitado, separado por caminos de herradura por donde solo transitaban las bestias del país con su pezuña de cabra, sus cabezas inclinadas al suelo y sus albardas recubiertas de zaleas sobre el lomo.

El Collado le aparecía como el sitio inútilmente buscado hasta entonces: aire puro, agua cristalina, soledad absoluta, naturaleza resonante de árboles que la brisa estremece, de fuentes que murmuran en cavernas anfóricas, de ranas, de grillos y de cigarras que ponen sus

notas roncadas ó estridentes en el silencio
augusto de las noches.

Era el mejor sitio para curar su enfermedad física, para adormecer el incurable dolor de su alma.

VIII

Atrás quedaba El Lentiscal: tierras volcánicas de arenisca violácea donde se retorcían las viñas nudosas de anchas hojas y racimos azulados. Parecía que el suelo seco, ávido de humedad, bebía el zumo de las uvas tomando tintes morados de vino. El suelo era anfractuoso; por todas partes montañas de extraña silueta, el mismo tinte uniforme, el mismo aspecto desolado, y aquí y allá la mancha blanca de una bodega con su tejado rojo, por debajo del cual asomaba el madero robusto que sirve de palanca á las prensas primitivas, como un botalón que diese al edificio la apariencia de un buque viejo, encallado en los arrecifes volcánicos de una costa desierta. Allá arriba, entre un núcleo exuberante de vegetación, descu-

bríase una casita blanca como un nido de águilas.

Ahora aparecía á los ojos desde lo más alto de la cuesta, el panorama de las Vegas, espléndido, bañado por el sol, con tonos crudos, rojos y verdes, tendiéndose en soberbia escalinata desde Santa Brígida hasta las Cumbres, donde las tres agujas del Saucillo se destacaban sobre el cielo azul pálido con ráfagas enrojecidas por el sol.

Otra vez cambiaba el aspecto del paisaje: engrandeciase el horizonte, el cielo parecía más alto, y en la diafanidad de la atmósfera después del chaparrón, brillaban los tejados rojos, los blancos lienzos de las tápias, las negras copas de los álamos, los tallos sutiles, inverosímiles de las palmeras. Por todas partes murmuraba el agua deslizándose por las acequias á una y otra orilla del camino ó atronaba al precipitarse sobre la rueda de un molino y desde el fondo de Satautejo subía á intervalos el mugido melancólico de las vacas que iban camino del alpendar. Enfrente, en medio del verde uniforme de

los campos, asomábanse las casucas viejas de Santa Brígida; por detrás de ellas con apariencia de castillo feudal la torre de la Iglesia de piedra obscura con su capuzón puntiagudo y encima, en espirales, como hilos retorcidos, el humo de las cocinas donde se guisaba el potaje de la cena.

La tierra, su tierra hermosa, complaciente se tendía á sus plantas, segura de su poder y de su hermosura, brindándole sus perfumes acres, metiéndole por la boca su fresco aliento, estremeciéndole con la vibración misteriosa de su seno maternal, eternamente joven, donde las semillas se hinchan, agrietan y rompen, cediendo á las poderosas energías de la fecundación.

De todas partes se desprendían y llegaban hasta Santiago, efluvios misteriosos, suaves, frescos y sutiles, que eran como una invitación al reposo, como una promesa de salud y de felicidad.

Y él con sus ojos de miope medio cerrados, conmovido ante aquel espec:

táculo, creyendo y esperando otra vez,
solo acertaba á murmurar:

---Caramba, que hermoso es ésto, que
hermoso es ésto!

IX

Al trasponer un recodo del camino, el caserío se metía por los ojos inesperadamente.

Antes que el coche se detuviese, Santiago tuvo la visión del antiguo recuerdo en la realidad de ahora. Nada había cambiado.

Allí estaba el *parador*, la venta en la margen del camino, con su cobertizo de cañas y tejas ante la puerta, su mostrador reluciente de zinc, sus anaqueles donde las botellas de cristalina y dilatada paña, transparentaban el ron y el vino, formando contraste con la serie interminable de los frascos de ginebra negros, cuadrados, con etiqueta blanca en la que se divisaba una cigüeña larguirucha sostenida en un pie. Era enorme el consumo que se hacía de

repugnante líquido y la figura de los envases y su correcta alineación en los estantes daban á la venta las apariencias de una farmacia. En el fondo de la habitación una puerta, abierta de par en par, daba paso á la visión encantadora de un huerto desde donde llegaban perfumes de rosas y claveles, ráfagas luminosas de esmeralda y un rumor mareante de gallinas, palomas y pájaros.

Fuera, bajo el cobertizo, junto á la herrería divisó Santiago la célebre yegua y el gigantesco Juan Ramón que ya le esperaba.

Paró el coche frente al mesón y sin ayuda extraña el enfermo puso los piés entumecidos en el suelo, respirando con delicia el airecillo sutil, fresco y puro de la tarde. El otro, Juan Ramón, acercóse perezosamente con la *cachorra* en la mano y la sonrisa en los labios. Era un gigante, de espaldas encorvadas y larguísimas piernas rematadas por piés enormes. Su rostro, donde crecían hacia los carrillos unos pelos amarillentos y ralos, revelaba la malicia del campesino que procuraba

ocultar con el artificio de la sonrisa. Un olor pronunciado á membrillo se desprendía de su chaquetón de lana y de su camisa de hilo crudo. Eran sin duda prendas del domingo, guardadas en la caja de Indias, en contacto con la fruta olorosa.

— Buenas tardes tenga su merced, dijo con voz gutural apenas inteligible.

— Buenas tardes Juan Ramón. ¿Cómo anda la gente?

— Pos tan *alviantes* pá servir á su merced.

— Cómo está el tiempo por arriba?

— Pos llovizna poca cosa... y ansi anda.

Y le miraba insistentemente á la cara con curiosidad mal disimulada cuya causa no se escondió á Santiago.

— Me encuentras cambiado? le preguntó.

— Pos si, Don Santiaguito. Como decían que estaba tan malo!

— Pues sí lo estoy, aunque voy mejorando. Todavía ando muy flaco pero ya engordaré con leche de ovejas y gofio.

— Pos flaco no es en demasia. Nunca

tuvo mucho *pregenio*. ¡Pero como se parece al amo, el que se ajogó en la mar!

Un grupo de chicos con la boca abierta les rodeaba. Fué necesario apartarles para recoger los líos de ropa, algunos cestos con botellas y fiambres y el botiquín que traía el enfermo. Todo fué liado sobre la albarda de la yegua.

Mientras tanto Santiago se aproximó á la dueña del mesón que le miraba desde la puerta.

Conocíala desde los tiempos de la infancia y no había cambiado en nada.

El mismo cuerpo delgaducho, la piel blanca y descolorida, el talle esbelto acusando la presencia de un corsé que era sin duda el único ejemplar en todo el territorio. En su rostro eternamente juvenil, donde los pómulos pusieron un resalte prematuro, los ojos, unos ojos verdes con irisaciones felinas constituían la nota característica de su fisonomía.

Después de mirarla no se conservaba de ella otro recuerdo que el de unos ojos extraños, vágos, dulces, serenos, como si eternamente esperasen un algo que nunca

llegaba. Aquellos ojos habían sido una preocupación para los Bordonos. Su misma vaguedad no era absoluta y en eso consistía lo extraño de la mirada: al dirigirla sobre los objetos próximos indudablemente adquiría fácil y exacta idea de sus contornos y de su color; fijábala con precisión, pero el observador adquiría el convencimiento de que un elemento visual se obstinaba en separarse de los otros vulgares, dirigiéndose obstinadamente hacia allá... hacia un punto muy lejano, invisible, escondido tras el horizonte, de donde había de venir el algo inesperado.

Otra vez encontraba Santiago la expresión de aquellos ojos, y mientras cambiaba con la muchacha un saludo de viejos amigos, recordaba su olvidada historia.

No la conocía por completo; pero aquella muchacha cuya paternidad se atribuía á un señor magistrado de la Audiencia, heredó de su padre una afición decidida á los libros que le hizo devorar todos los románticos franceses de este siglo. Todavía en un ropero de cristales,

se veían alineados los rotos volúmenes de la «Abeja literaria» que formaban el fondo de su biblioteca. Alejandro Dumas fué su autor predilecto y Edmundo Dantés el héroe de sus ensueños. Ya era dueña del mesón que debía á la generosidad del magistrado, cuando invitada por una familia amiga pasó una temporada en Atlántica. Allí tuvo lugar la crisis de su vida. Un piloto, Antonio Monteverde, se le metió por los ojos hasta el corazón, con todas las apariencias de Dantés: Un idilio hermoso de quince días, escribiendo cartas por la mañana, *moceando* á la noche por un balcón de la calle de la Marea, soñando con él cuando su imagen no ahuyentaba el sueño. La despedida fué horrible: sentada en el espigón del muelle viejo, vió alejarse «La Fortuna» hasta que las velas hinchadas por el noroeste se perdieron en el horizonte y desde aquel día sus ojos adquirieron aquella extraña fijeza en su misma vaguedad, aquel rayo visual rebelde que tenazmente se apartaba de los objetos visibles y próximos en la espera tranquila y sosegada del sér

amado, de aquel nuevo Dantés, que partió un día con rumbo á la Habana y del cual no se había vuelto á tener noticias.

—Nunca seré olvidadiza ni débil como Mercedes, pensaba. Si él vuelve me encontrará como me dejó.

En los primeros tiempos las crisis románticas fueron tremendas. La idea del suicidio, pero de un suicidio poético la fascinó. Una noche, escribió al Secretario del Ayuntamiento una carta dándole parte de su determinación y dejándola á la vista sobre el mostrador, cerró la venta y muy de mañana, cuando los pájaros empezaban á cantar y los rayos del sol á desleir la bruma, se dirigió por caminos extraviados á la *mar fea*. Llegó al sitio ya próxima la noche y al mirar el abismo negro desde lo alto del risco, el agua callada en el fondo, sintió una indigna flaqueza, un miedo tan prosáico, una rebeldía de la carne tan poderosa que la hizo caer sobre la vereda sollozando y muerta de frío y de vergüenza. ¿Su amor no llegaba hasta el sacrificio de la vida? ¿Había en su alma un impulso más poderoso? Hubo, en aquel

duro risco, sobre los peñascos volcánicos colgados sobre el abismo, una lucha de buena fé en que ella procuró sondar el fondo tenebroso de su alma y al fin rendida, sin acertar á comprenderse y temiendo despreciarse se encontró de pronto de rodillas, balbuceando la salve, los ojos fijos en el horizonte sombrío.

Un resabio de sus lecturas favoritas dióle una tranquilidad relativa. Recordó que como ella un día Mercedes la Catalana había querido suicidarse y la religión la había salvado. Un grabado del libro con su leyenda al pié, se presentó tenazmente á su memoria:

—*La religión vino á salvarla del suicidio...* Y aquel incidente fué bastante para devolverle la confianza en sí misma. Para ella desde entonces fué indudable que lo que imaginó al principio miedo prosáico de la bestia, fué rebeldía del alma cristiana contra el atroz pecado. Y casi contenta emprendió la vuelta á su casa adonde llegó rayando el alba. Nadie había entrado en su habitación.

Y desde entonces, resignada, había

continuado vendiendo copas de vino y de ron, leyendo á Dumas por las noches, inventando en sueños y despierta la novela inacabable de sus amores con Monteverde, mientras aquel rayo rebelde de sus ojos, extraño á las necesidades de la vida material, se distraía, se apartaba de los otros sus compañeros y burlándose de las leyes ópticas, adquiría una sutileza espiritual en acecho del feliz arribo, de la resurrección milagrosa del pobre náufrago.

X

Aquellos ojos persiguieron á Santiago por mucho tiempo, mientras caballero en la yegua sobre la eminente albarda de la cual colgaban á uno y otro lado los líos de ropa y los cestos con los comestibles, atravesaba la única calle del pueblo y torciendo á la izquierda, descendía la cuesta hasta el fondo del barranco.

Por un momento le distrajo el cáuce ancho y pedregoso por donde el agua se deslizaba mansamente entre cañaverales y ñameras, escondida bajo la alfombra de berros y limo con apariencias engañosas de tierra firme verdegueante. Ni un rumor estremecía las cañas, ni un movimiento revelaba la corriente suave del agua oculta: la sombra fresca y deliciosa invadía la hondonada y arriba el sol próximo á

occidente dardeaba sus fulgores de incendio sobre los muros almenados y la torre negra de la Iglesia, cuyo aspecto feudal se acentuaba vista desde abajo, asentada sobre el basalto de la montaña. Al otro lado seguía el camino, una vereda estrecha y pedregosa que se revolvía entre peñascos áridos y tunerales en fruto, dirigiéndose al barranco de Alonso.

Entonces la muchacha volvió á preocuparle. Había sido para él una verdadera sorpresa, algo así como una resurrección.

Nunca en sus delirios de enfermo, en el trabajo febril y constante de ideación á que se entregaba su espíritu como á un vicio solitario, dominador é irresistible, había figurado para nada la personalidad de aquella mujer que á los cuarenta años aparecía joven aún con su piel paliducha, su cuerpo endeble aprisionado en el único corsé de las Vegas y aquellos ojos en los cuales se adivinaba al par que un resabio de la despedida una esperanza de la llegada por la misma puerta por donde desapareció, por aquel horizonte de mar

y cielo tras del cual una tarde se borrarón las velas de «La Fortuna», hinchadas por el viento de la tierra.

Sin duda aquella fé serena y grave, que si caía en crisis románticas, era para levantarse más pura y firme, era la causa de aquel sello de juventud eterna impreso en el rostro de Crucita. El amor había realizado aquel milagro: la suspensión indefinida del tiempo desde el día en que se separaron para que él, al llegar el desenlace feliz de aquella novela, la encontráse como la dejó, joven y fiel, sin una arruga en el rostro, ni en el espíritu.

Santiago sentía envidia de Crucita. Otra vez su drama pequeño, mezquino y personalísimo, alejaba la contemplación de la tierra hermosa que un momento le sedujo con su ofrecimiento mudo de reposo, de olvido y de salud. Otra vez enmudecían las voces de la naturaleza y clamaba la voz interna de su yo dolorido y pesimista.

Ella podía esperar, llorar sin rubor ante el mundo entero, gritar su pena y cantar su fé: su Edmundo había desaparecido en

cuerpo y alma, dejando como único testamento amoroso aquella declaración romántica á orillas del mar, al pie del balcón poético pintado de verde. Su última palabra fué el juramento de constancia eterna hasta la hora de la muerte que él no imaginaba tan próxima. Cumplió su palabra: y su memoria podía ser invocada por Crucita sin temor al ridículo.

Le había quedado el supremo goce del recuerdo. Pero á él, al pobre marido engañado, al Redentor vendido, no le quedaba ni el consuelo póstumo de ahondar en los abismos de su memoria. Sentía con tanta intensidad como su desengaño amoroso, la herida del amor propio, la cólera tardía de no haberla buscado, el desconsuelo de no haberla encontrado para dar un desenlace sangriento al drama de su vida.

El drama! Cuantas veces esta palabra conmovía los ecos de su cerebro, una voz interna le respondía burlescamente:

—Drama? Ya lo quisieras! Sainete.....
sainete fué.

Su vida un sainete! Todo aquel período

de lucha consigo mismo, con la familia, que él imaginó santo, reducido á la trama imbécil de un sainete para diversión y esparcimiento de los curiosos espectadores!

A un sainete quedaba reducido su pasado. Inútil ahondar en aquel terreno buscando fuentes ocultas de consuelo. Todo aquello era necesario olvidarlo y ocultarlo como trabajo perdido y vergonzoso. La obra era inconfesable. Era necesario olvidar y volver los ojos al porvenir.

¿Y en qué esperar? Ninguna combinación de los elementos del pasado podría darle una fórmula de consuelo, ni siquiera de esperanza para mañana. Fantasmas, sombras perdidas en el hueco pavoroso de la memoria, siluetas que en vano pretendía resucitar animadas por sonrisa de vida y que al intentarlo aparecían con el semblante contraído, desfigurado por la mueca del horror á la catástrofe. Aquello era extraño: cuantas veces intentó reconstituir las fisonomías familiares de los suyos, se le aparecieron, evocados por su propio esfuerzo, con el aspecto de bestias

acosadas, ahullando de terror. Inútil buscar los rostros plácidos, alegres, juveniles de aquellos seres queridos; eran monstruos desfigurados, propios solo para inspirar miedo ó repugnancia.

Fuera de aquellos seres anulados, ella como único elemento para forjar la quimera consoladora de la vida. Ella, su obra predilecta, casi una creación, la mujer redimida en un acceso persistente de lirismo adquirido, como una enfermedad, con la lectura de «La Dama de las camelias», ella, el discípulo traidor, que en el momento del abandono brutal se perfumaba con esencia de violetas, la que ahora vagaba con el otro por la tierra americana. Aquella piltrafa de su honor conyugal era lo único que de él quedaba en el mundo, su único elemento para fabricar el porvenir, la patraña hermosa y necesaria de la felicidad perseguida inútilmente. Cuando, como en aquel momento, pensaba en ella, una voz secreta, la misma de antes, burlona y sarcástica, parecía gritarle:

— ¡Ah, pobre tonto! Aun esperas en

ella, aun la deseas como antes, como cuando al creer regenerarla satisfacías sin saberlo el deseo egoista y sensual de la propiedad absoluta y constante de su carne de virgen averiada!

Muchas veces, discutiendo con aquella voz que le irritaba, rugiendo de ira allá en el fondo de su pensamiento, por cansancio de la lucha llegó á dar forma concreta á la hasta entonces vaga idea del arrepentimiento.

¡Si ella llegara á arrepentirse!

Parecía que una voz formulaba la idea, voz tímida y vergonzosa, bien pronto cubierta por el clamoreo de cien voces internas que indignadas protestaban: aquello sería una transacción deshonrosa, era el pensamiento cansado de la batalla que buscaba una fórmula para capitular, para poder acostarse sobre el campo de los muertos y descansar de la fatiga eterna y dormir como una bestia rendida y soñar evocando el fantasma seductor, ocultando la vergüenza de la derrota, el ansia formidable del reposo con la idea eminentemente poética y cristiana de una piedad divina.

La vocecilla desapareció, tragada por el clamor de las otras roncadas é indignadas. Fué una protesta de todo el organismo, un *nó* de todo el espíritu y de toda la carne, un violentísimo gesto de negación que le trajo de pronto á la realidad, despertando como de un sueño sobre la albarda de la yegua, encajado sólidamente entre los líos de su equipaje.

El camino ancho y llano como una carretera costeaba la margen izquierda de un barranco profundo, el barranco de Alonso, por cuyo cauce corría el abundante caudal de aguas que desde los nacientes de Tejeda desciende para regar más abajo, encauzado en acequias, los campos de Tafira y de la Ciudad.

Corría el agua sobre un lecho de piedras con roncadas mugidos que reforzaban los ecos del cauce angosto y aquel rumor eterno y atropellado era la única manifestación de vida en el paisaje desolado y estéril. Hasta los mosquitos, una nube densa de mosquitos, que volaban torpemente tropezando en el rostro del

viajero y metiéndose incautos en su boca y narices, permanecían mudos, como flotando perezosamente en la atmósfera dormida.

Al otro lado del barranco elevábase en línea recta, como si del fondo hubiese brotado de un golpe, la montaña de basalto, un muro cortado á pico, cimentado sobre una veta de arcilla roja por donde el agua se filtraba, goteando. En aquel muro la roca gris tomaba la apariencia de gruesos troncos de árboles prehistóricos aserrados con perfecta simetría y algunas *punteras* que con sus corolas verdes y redondas arraigaban en la esteril superficie, semejaban las cabezas de clavos enormes que entraron en la empalizada basáltica para reforzarla.

A la izquierda del camino se levantaba una montaña de arena volcánica en la cual los pastores habían ahondado tantas cuevas que parecía una colmena vacía y abandonada. La tierra movediza caía al camino y de éste al barranco, dejando al descubierto algunos fragmentos de roca que formaban el esqueleto

del monte, asomando aquí y allá con apariencias de huesos fósiles, restos de algun monstruo antdiluviano.—Uno de ellos, como fragmento de un arco de rruído, colgaba atrevidamente sobre la senda amenazando con la catástrofe de su caída.

Así estaba desde muchos años atrás. Santiago lo recordaba con el nombre de puente del Diablo que le dieron sus hermanos.

Aquello era grandiosamente salvaje. La piedra dura, inflexible por todas partes, la arena quemada del volcán extinguido, todo frío, inmóvil, mudo como los restos de un incendio colosal que amenazan con su total ruina; las pitas azuladas, los cardones como candelabros apagados de brazos esqueléticos, las zarzas que todo lo invadían y en medio del silencio pavoroso la voz atropellada del torrente, allá en el fondo, despertando los mismos ecos, lamiendo las mismas piedras, contando la misma historia eterna, monótona é ininteligible á un auditorio sordo, mudo, petrificado.

Pero la contemplación de aquel mundo desolado y muerto no despertó su curiosidad. Los recuerdos surgían indecisos, sin lograr apoderarse de su pensamiento, insignificantes y mezquinos junto á la visión absorbente de su drama interno. Parecíale mas bien que todo aquello era reflejo de sus ideas, y que las voces de misericordia, tal vez de amor y de deseo, resonaban inútilmente, como las del agua, sin despertar un eco, sin conmover, sin ablandar las rocas basálticas. Aquella dureza, aquella insensibilidad de la piedra, aquel silencio medroso en medio del cual hablaba eterno y monótono el torrente atropellado, parecíale un símbolo de su lucha. Nada de piedad, nada de transacciones. Sordo, mudo, inflexible hasta la muerte.

Aquello era la muerte, en realidad. Y una angustia infinita, la misma de otras veces, torturó su ánimo: la evidencia horrible de la incurabilidad de su herida, de que aquello no tenía remedio, ni consuelo, de que la novela de su vida no tendría nunca un desenlace feliz. Era necesario

morir para olvidar, para descansar, para tenderse como una bestia rendida por el trabajo y por los golpes, en la tierra, en el hoyo, de espaldas, indiferente á todo, gozando la satisfacción póstuma y suprema de no sufrir, de no pensar.

Pero, para llegar á eso, cuanto trabajo y cuanto dolor! Aquella misma roca dura, insensible, había pasado por crisis tormentosa de vida volcánica: el fuego la reblandeció, liquidóla, precipitándose en arroyos hirvientes; su entraña había latido como un corazón monstruoso y palpitante; se había agrietado dolorosamente, había saltado en pedazos, en convulsiones desordenadas, epilépticas: su sangre, la sangre de la piedra, el basalto fundido, corrió desbordada; su aliento sulfuroso y asfixiante se esparció por los aires, el grito de su dolor y de su rabia, con estampidos de truenos subterráneos, había resonado lamentable y amenazador en el espacio. Aquella piedra muda había gritado, aquel basalto insensible, frío é inmóvil se había agitado, había sentido el fuego devorador de cóleras desconocidas, había

cedido, fundiéndose, rompiéndose, desmenuzándose, sangrando como la carne, había luchado, había vivido, antes de llegar á la insensibilidad fría, al reposo absoluto, incommovible de ahora.

El descanso, el olvido á costa de la vida. Aquello era la muerte. La materia fría, indiferente á la voz del torrente, única voz de seducción y de vida, única expresión del movimiento en la cañada esteril. La piedra al fin, sin experimentar siquiera la sed de aquella agua pura y fresca que venía de muy lejos cargada de rumores, saltando atrevida y vencedora desde las alturas de las cumbres, convidando generosa con la frescura húmeda de su contacto, seduciendo alegremente con sus murmullos, con sus voces alborozadas, contando las maravillas del horizonte vislumbrado desde la cúspide en que naciera, prometiendo la caricia perfumada de las tierras de labor fecundadas por sus besos, la conquista del océano lejano hácia el cual corría, del horizonte, del misterio adivinado desde la altura.

La piedra permanecía inmóvil, enamo-

radá de su reposo, sin experimentar curiosidades, sin sentir sed de aventuras ni ansias de lo desconocido, ni cosquilleo de movimiento, quieta, inquebrantable, tendiéndose frente á la inmensidad del espacio, satisfecha de su esterilidad, sintiendo tál vez honda satisfacción con la caricia de las zarzas que la invadían lentamente como inmensa tela de araña que recubre los muebles inútiles de un salón abandonado, más fija y más inmóvil todavía con aquellas *punteras*, las corolas verdes y carnosas que como clavos gigantescos lucían en su superficie, más muerta aún con aquellos *cardones*, que agarraban en su seno, con sus ramas esqueléticas de candelabros extinguidos, olvidados junto á su cadáver inmenso, velando su sueño eterno desde el principio de los siglos.

Era necesario morir, convertirse en piedra para descansar, para olvidarlo todo, para tenderse indiferente y mudo frente al misterio tentador del firmamento infinito.

XI

Metióse la yegua sin vacilaciones en el cauce del torrente, paróse en mitad de él é inclinando el largo cuello bebió prolongada y ruidosamente, sin atender á las voces de Juan Ramón que saltando sobre algunas piedras vadeaba el arroyo.

Santiago que al subir á la albarda se había entregado con estoica resignación á la voluntad de la *bestia*, intentó vanamente tirando del *cabresto*, hacerle emprender la marcha. Solo cuando la sed quedó satisfecha, decidióse el animal á levantar el cuello y con trote duro y valiente emprendió la subida.

Un callejón entre dos muros de piedra viva, calificado por el campesino de *repechito* y que más apariencias tenía de escalera. Aquello era la cuesta de Alonso.

Juan Ramón, con una mano apoyada en la grupa del animal, trotaba sin angustia visible.

Desde la mitad de la cuesta suavizábase la pendiente y el suelo hasta entonces formado por rocas se convertía en una arenilla gruesa y violácea, donde se reconocía la lava desmenuzada del viejo volcán que el paso de peatones y caballerías redujera á polvo movedizo. Ya desde aquel punto la vista dominaba el paisaje.

Volvía á ensancharse el horizonte; los campos, la vegetación, la vida, surgían de todas partes. Arriba, sobre la vertiente opuesta que antes recorrió, tendíanse los llanos verdegueantes de la Vega y del Madroñal y blanqueaban las tapias del cementerio del pueblo de San Madeo. A la espalda, el de Santa Brígida con su iglesia de aspecto feudal, su torre negra y sus anchos portones rojos y en términos sucesivos cada vez más lejanos, la carretera recorrida, los campos de Satautejo, del Monte y de Tafira, entre los cuales se destacaba como una pirámide negra el pico de la Caldera. En frente la Cumbre

yá próxima, con sus tres picos metiéndose en el cielo, agujereando una masa de nubes bajas enrojecidas por el sol poniente. Arriba el cielo, un cielo que hacía recordar el convencionalismo inverosímil de algun pintor inocente, azul pálido, tenuísimo, con ráfagas rojas de una limpieza tan extraordinaria que á su través parecía imposible no descubrir el secreto del firmamento. Abajo el barranco, con sus muros basálticos, cortados á pico, entre los cuales se divisaba la cinta espumosa del torrente cuya voz desde el abismo llegaba á la altura como un murmullo atropellado é incomprensible.

Allá en la margen opuesta del barranco, en una rinconada del monte, aparecía de pronto la Hoya del pino, una hacienda de gran valor á la que daba nombre un ejemplar gigantesco de aquellos pinos que más arriba, al pié de la Cumbre formaban bosques inmensos. Este aparecía solo, como un centinela avanzado, destacándose sobre el huerto de naranjos y los castaños cubiertos de erizos amarillos. Dos casas de labor con ancha galería y

tejado rojo descubriánse medio ocultas por el ramaje.

En aquel sitio encantador, todo paz y reposo, había ocurrido un drama sangriento.

Santiago lo recordaba imperfectamente. Una criada seducida y abandonada por el amo de la hacienda se había suicidado en el granero de la granja, disparándose una carabina bajo la barba. El hecho fué brutal y repugnante: la escopeta entre las piernas, una tira de lienzo desde el gatillo al pie, el movimiento decisivo con todas las apariencias de un punta-pié dado á la vida miserable, á todo lo existente, el cráneo que salta en pedazos y mancha de sangre la paja donde el amo la poseyó muchas veces, y un hilito de humo azulado que al salir por las rendijas de las maderas mal cerradas, subía en espirales juguetones hasta deshacerse en las flores de los naranjos y en los celajes del cielo.

El episodio trágico le preocupó hondamente mientras trepaba por la cuesta, escuchando á medias el relato que de él hacía Juan Ramón con su voz gutural,

casi ininteligible. No alcanzaba á entender como pudo fraguarse el drama en aquella atmósfera apacible, en aquel rincón risueño y florido, entre los perfumes de los azahares, bajo la sombra fresca de los castaños, en aquella casita blanca de tejado rojo por cuya chimenea se escapaba ahora como en aquella ocasión por la ventana, un hilito de humo azulado, como un símbolo de paz, de vida tranquila, del reposo y de la felicidad domésticos. Sobre todo no entendía como pudo desarrollarse en el cerebro torpe de la veguera el proceso psicológico intrincado del suicidio. Comprendíalo en Crucita, solicitada por un impulso romántico, decidiéndose á buscar á su Edmundo en el abismo del mar, en medio de la noche y de la soledad, en aquella atmósfera saturada por los efluvios de sus heroínas predilectas; fué sin duda una sugestión, una borrachera romántica que el aire fresco de la noche y el largo camino disiparon sin contar con la invasión repentina de sus ideas religiosas; pero en aquella mujer, en la criada seducida y abandonada por el amo,

el acto decisivo resultaba de difícil explicación. Lo que Santiago no confesaba en su mudo diálogo con el yo interno, era que él mismo había pasado por la tentación del suicidio al verse abandonado y no tuvo valor para decidirse á la muerte. Llegó á beber una cantidad ridícula de *sal fumant* el veneno clásico de las mozas de servir, y fué bastante la impresión de la quemadura en la boca para arrepentirse y llamar al médico y poner toda su voluntad en salvar la vida con ansia tan profunda como si en ella le esperasen goces infinitos. Fué el momento más vergonzoso de su vida. Todavía le quedaban como sello indeleble de su aventura aquellos dientes amarillosos corroídos por el ácido.

Y para llegar al acto, cuanta duda, cuanta indecisión! ¡Qué trabajo psicológico tan atormentador y complicado!

Y ahora se encontraba frente aquella figura de mujer, que con el gesto más despreciativo que pudo imaginar, daba un puntapié á la vida al entrar por las puertas de la muerte. Una mujer, una

campesina, que él se complacía en imaginar rubia, delgaducha, toda espíritu, con grandes ojos azules y vagos, enamorada del amo, seducida por él, por él aceptando la vida, y al encontrarse sola, perdida su ilusión, adquiriría de pronto una lucidez extraña para comprender y ahondar la miseria de la realidad.

Las palabras del pastor destruyeron de pronto su novela. Era una mujer *bravía*, un genio de todos los diablos, morena, cuasi negra y muy gorda. A Don Domingo siempre le gustaron las carnes. La otra, la de ahora era de la misma *complición*. Pos cuando la vido que entraba como señora y se le acababa er dominio fué como una fiera por montes y laeras en su busca y á jallarla la mata. Como que el amo hubo menester del juez de paz pa que no armara camorras y entonces fué cuando aparentó la conformiá y toa rabiosa por dentro, como una bestia que era, sin pensar en náa del otro mundo, se estalló los sesos. Náa, que era un animal. Dijo, pos me mato y se mató, Dios haiga perdónao su ánima.

La novela se venía al suelo. Todo el proceso psicológico quedaba reducido á una violencia, al acto realizado sin entenderlo, por envidia, por cólera, por terquedad, y aquel puntapié á la vida dado en en el momento de la muerte tomaba las proporciones de una cóz.

Ya cruzaban por Torre quemada, y antes de dar vuelta á la vereda, Santiago dirigió la vista al barranco que ahora aparecía en el fondo del abismo, y cuya voz cada vez más lejana era la única nota de vida en el silencio absoluto de la tarde. Allá abajo, por encima de los naranjos y castaños cubiertos de flores doradas el humo de la hacienda subía serpenteando y deshaciéndose en la atmósfera.

El sol se había puesto.

XII

—Ya se vede er Collao. Allá encimba de aquella lomita.

Y señalaba con un dedo sucio y negro en dirección á un bosquecillo que trepaba recubriendo la suave pendiente de la cordillera. En la parte más baja sobresalían las ramas esqueléticas de algunos álamos negros de talla gigantesca. Aquella era una de las vertientes que formaban el vallecillo del Collado. La otra, más hermosa, cortada casi á pico y escondida por el verdor sempiterno de laureles y mimbreras, permanecía aun oculta por el recodo de la montaña. No se descubría hasta el momento en que se entraba en el cortijo. Entre las dos cordilleras corría el barranquillo bajo una masa confusa de verdura: un laberinto donde se herma-

naban laureles, mimbreras, castaños y nogales en bóveda rumorosa; helechos, berros, juncos y ñameras en húmeda alfombra, y de una á otra, atando el techo con el suelo y saltando de uno á otro tronco las zarzas clavando sus espinas é invadiéndolo todo.

Una ancha faja de tierra árida, donde amarilleaba el rastrojo del trigo recién segado, les separaba aun de la Hacienda. Era la *Tierra-colorada*, una tierra arcillosa que sudaba el hierro como sangrando bajo los rayos del sol ó bajo las lluvias torrenciales. Aquí y allá las *altabacas* ponían la mancha azulada de su raquítico follaje donde amarilleaban como botones de oro sus florecillas y algunos cardos elevaban sus tallos rígidos y delgaduchos resistiendo el peso de sus corolas espinosas con hebras azules.

La sombra invadía los valles, el cielo permanecía diáfano, cada vez más pálido, más transparente, las ráfagas de fuego se apagaban tomando tintes violáceos y la Cumbre, ya próxima, elevaba su negra masa, como una pared colosal que cerrase

el paso, recortando su perfil purísimo y delicado, intensamente sombrío, sobre la transparencia luminosa del firmamento.

La yegua estimulada por la proximidad de la cuadra y la vara de Juan Ramón, trotaba en camino llano, sobre aquella tierra rojiza que apagaba el choque de la pezuña. El pastor corría junto á Santiago quien, otra vez entregado á la admiración de la naturaleza, respiraba con boca y narices el airecillo sutil, fresco, donde flotaba el perfume acre de las altabacas, los ojos fijos en el perfil ondulante de la cumbre, el oído atento al campanilleo discordante de un rebaño invisible que pastaba en el fondo del valle.

Aquella música primitiva de los cencerros, unos de tono agudo, otros roncós, que á veces se asociaban, otros se destacaban solitarios, irregular y cambiante según el movimiento de las ovejas, era en el silencio infinito, en la soledad inmensa de los campos, en aquella hora del crepúsculo la única voz, la voz melancólica de un algo oculto, vagando misteriosamente entre las sombras noctur-

nas que invadían las profundidades del valle.

De pronto, al torcer la vereda, Santiago se encontró bajo la bóveda de laureles. No hubo transición: parecía haber pasado de un golpe del día á la noche.

Descendió de la yegua con ayuda de Juan Ramón y siguió el camino á pié, deseando saborear las impresiones de aquel momento tan esperado.

Por la izquierda la montaña se elevaba áspera, casi inaccesible y por la derecha se derrumbaba en profundo abismo, cortada á pico hasta el fondo del barranquillo; pero á una y otra parte, la tierra desaparecía bajo la masa oscura del follaje, con tonos recargados de sombra de los cuales surgían las ramas rectas y flexibles de alguna mimbrera, el tronco blanquecino de algun nogal, el reflejo fugitivo del agua que gota á gota brotaba de todas partes y caía resbalando por los colgantes helechos y madreselvas al fondo invisible de la barranca. En algunos puntos, aclaraba el follaje y se divisaban enfrente, en la opuesta margen, los álamos gigantescos

con sus horquillas como brazos de esqueletos dirigidos á la altura en ademán de cólera silenciosa, la sombra oscura del bosque de castaños, la llama vacilante del hogar encendido en la cocina. Después todo desaparecía, cerrábase la pared de follaje y solo arriba, en la bóveda, como á través de una celosía transparentábase el cielo, cada vez más pálido, más profundo con tonos de abismo vagamente luminoso. Crugían bajo los piés las hojas secas, que ninguno cuidó de apartar; algunas veces era necesario saltar sobre un tronco, cubierto de musgo; en otros puntos juntábanse los hilos de agua formando pequeños arroyos ó charcas cubiertas de verde limo, todo abandonado, entregado al impulso salvaje, irremediable de aquella fermentación de vida que empujaba las hojas, los tallos, los troncos á la luz, á la altura ó los empujaba unos á otros entrecruzando sus ramas, confundiéndolas en una orgía formidable.

Una impresión grave, profunda de soledad y aislamiento desprendíase de todos los objetos. Cuanto más descendía hacia

el fondo del barranco, más los tonos sombríos se recargaban: los troncos y las hojas eran más negros, la tiniebla se ahondaba bajo el follaje en cavernas profundísimas, y el mismo cielo que conservaba una vaga transparencia, vislumbrado á través de la bóveda de follaje, parecía más alto, más lejano, como si bajasen al fondo de un pozo, al seno desolado, desierto de una región aislada del resto del universo. En aquel silencio pavoroso, solo se percibía el levísimo rumor, como estremecimiento de alas, constante, monótono de las hojas, como murmullo lejano de un mar al deshacerse suavemente en una playa de arena.

De pronto, del hueco de la sombra, de aquello que permanecía aun desconocido, partió una voz ronca, que arrastraba las sílabas, prolongándolas, ahuecándolas.

—Ah!... Juan Ramooón!

De pie é inmóvil, vuelto hacia la región oculta de donde sonaba la voz, respondió el guía, con el propio acento.

—Ah!... señor padreee!

—Has traído al amo!

—Conmigo vienel

—Bueno.

La voz dejó de oirse y de nuevo en marcha, subiendo ya la pendiente opuesta, detúvose otra vez Juan Ramón y gritó.

—Ah! Señor padre!

—Que quiere?

—Ataje los perros!

—No hay cuidiao.

Después todo fué rápido: el fulgor repentino de una hoguera en la cocina ahumada, el ladrido feróz de los perros, las voces roncadas de dos ó tres salvajes envueltos en camisolas de lana obscura, las voces chillonas de dos ó tres hembras que desplumaban una gallina, y la figura gigantesca encorvada, del señor padre, de *tió* Abraham, que sombrero en mano se dirigía al encuentro de Santiago, destacándose como un fantasma negro sobre la llama de incendio de la cocina.

Arriba el cielo, ya extinguidas las luces crepusculares, se poblaba de estrellas fulgurantes. Abajo montes y árboles se confundían en una mancha de sombra

profundísima de cuyo seno brotaba el clamor incesante de ranas y grillos.

El sentimiento de soledad y de abandono era infinito, absoluto.

Nunca Santiago se había encontrado, tan solo, ni tan pequeño, ni tan insignificante.

—Bien venío sea su merced.

XIII

De pronto experimentó Santiago una impresión inesperada, casi desconocida para él, que al principio ni siquiera acertó á definir.

Llegaba flotando en un olorcillo agradable á berros y tocino desde la ahumada cocina y despertaba en su estómago una sensación ya olvidada: la sensación de un hambre devoradora.

Después de tanto tiempo pasado en la anulación absoluta de todos sus deseos, sin experimentar un estímulo material ó espiritual que le produjese la ambición de algo, aquella sensación de hambre que de pronto despertaba, que podía satisfacerse con el oloroso potaje de la señora madre, tívola por verdadero milagro, promesa de pronta curación; despertar

de goces que él creía anulados para siempre.

¡El hambre teniendo con que aplacarla! Era un placer superior á todos los goces de afectividad no satisfecha con que soñaba su espíritu romántico.

Volvía á sentir hambrel Volvía á la vida animal, á extasiarse con la satisfacción próxima de una necesidad poderosamente sentida.

Aquellas ideas le regocijaron, el mismo las exajeraba con cierto gracejo que hacía reír á los campesinos prontos á celebrar las palabras del amo y sobre todo le hizo aceptar con júbilo la devastación de la casa, convertida en pajero, sin otro mueble que una percha vieja escapada á la rapiña de aquellas gentes.

La humedad todo lo había destruído segun la señora madre expresaba. Y allí estaba el salón inmenso, lleno de paja, exponiendo su desnudez á la luz de un candil.

¡Dormir en la paja después de matar el hambre y el frío con potaje de berros humeante, con queso de flor blando como

manteca y papas guisadas, cuya pulpa rompía la cáscara, agrietándola y rebo-sando en blanquísima harina!

Adelante con la vida! El suelo por mesa, los pies cruzados, en círculo con aquellos palurdos alrededor de un inmenso lebrillo lleno de *papas* tomando de las asquerosas manos de la señora madre una escudilla humeante de potaje de berros y tocino, bebiendo agua pura, fresca, cristalina que conservaba el sabor arcilloso de la *talla* y el ligero amargor de las hojas de las hojas de laurel. Y todo ello sin asco, con voracidad experimentando un placer soberano en la satisfacción de aquella necesidad de bestia.

Aquello era vivir.

XIV

De espaldas, envuelto en una manta, hundido en la paja crujiente que le acariciaba con cósquilleos inesperados al menor movimiento, los ojos fijos en las cañas amarillosas del techo, pasó Santiago gran parte de la noche en un estado indefinible, rendido el cuerpo por la fatiga del viaje, tan lúcido y activo el pensamiento al resucitar, infatigable y tenáz, recuerdos de la niñez, que le parecía desde el fondo de un pozo, donde la carne libre del dolor descansaba, percibir la ronda mareante de las cosas viejas, queridas y ya olvidadas que los rincones guardaron y ahora devolvían á través de las telas de araña, flotando en la débil luz de la candileja como una decoración fantástica apareciendo entre telones de gasa.

Era un efecto de la fiebre y del cansancio; pero bajo la sugestión de una mejoría milagrosa, gozaba con aquella somnolencia que rendía el cuerpo, mientras el espíritu analizaba tenazmente las imágenes delirantes de la fiebre.

El hueco sombrío del salón abandonado se poblaba con la clara visión de siluetas conocidas: las de todos aquellos seres destinados á morir juntos en un día de júbilo, las de los antiguos muebles que adornaban la casa, saqueada lentamente por la rapiña de los campesinos. Aun permanecían fijas en la pared frente á frente dos alcayatas: de una colgaba un pedazo de cuerda ennegrecida por las moscas. Entre los dos clavos, pendía en otros tiempos una cortina de zaraza que separaba los sexos en las horas del sueño.

Parécíole que otra vez oía la voz burlona de la hermana mayor, gritando detrás del lienzo.

— Cuidado con la *hoja de parra*.

La voz sonaba como antes, clara, distinta, repitiendo entre risas la frase:

Entonces una idea que en otros tiempos le había hecho sufrir mucho acudió á su pensamiento: la idea de aquel grito que debieron lanzar en el momento eterno de lucha con el agua. Muchas veces había experimentado el estúpido afán de remedar, transformando aquellas voces conocidas de alegre timbre, el grito de horror supremo, y, ahora de nuevo, escuchando aquel eco que parecía despertar en los rincones, pensaba.

—Como fué? Como fué?

De pronto sintió una angustia infinita, esperando el grito. Fué para él indudable que se estaba formando, que iba á estallar, que iba á oirlo en el silencio de la noche. Imaginaba el pecho dilatándose para tomar aliento, los labios crispándose en una suprema vacilación; sentíalo próximo, inminente, inevitable, con todo el horror de un fantasma que le persiguiese en sueños y experimentando un miedo estúpido, una reminiscencia de la niñez, como cuando la criada le contaba historias de aparecidos, agitóse convulso murmurando:

—No quiero... no quiero.

Y esforzándose en mover los labios paralizados para implorar, vió venir el grito horrible como en una pesadilla se vé vacilar y caer una roca, haciendo esfuerzos inútiles para mover las piernas que se doblan.

Entonces despertó.

El candil sobre la pared encalada, con chorreras amarillentas de barro, iluminaba vagamente el cuartucho, despertando sombras extrañas que, á sus ojos de miope, adquirirían contornos fantásticos. Juan Ramón, tumbado sobre la paja, lanzaba un ronquido sonoro y rítmico, y desde afuera, viniendo del barranquillo, el canto de las ranas monótono, incansable, unía su timbre gutural al de los grillos brotando de todo el llano, tan agudo y estridente que daba la impresión de una lima finísima, mordiendo rabiosa en el hierro.

Santiago, el cuerpo bañado en sudor, hundido en la paja, los ojos fijos en el techo desvencijado, inmóvil y ya sereno, prestaba oído á aquella grandiosa sinfonía

que brotaba de la sombra de la noche, en la soledad absoluta de aquel rincón del mundo, perdido entre las montañas.

Su espíritu adquiría al desaparecer el acceso febril, una tranquila y plácida quietud de que el cuerpo participaba y, casi gozoso, sonriendo en la sombra, atendía con curiosidad á los ruidos exteriores, asociándolos instintivamente, uniéndolos en el ritmo de un cántico conocido, sujetándolos al compás de una batuta imaginaria. Por momentos, parecíale, que ranas y grillos, aquellas con sus voces de caña rajada, éstos con su vibración de acero, juntábanse en la música extraña de un baile colosal, donde los árboles movían sus brazos esqueléticos y agitaban sus cabelleras floridas, al son de castañuelas roncadas y triángulos agudísimos de plata.

Así estuvo mucho tiempo. Sintió frío y se envolvió en la manta.

La mañana estaba próxima.

De pronto cantó un gallo junto á la casa: un grito estridente, desafinado entre las voces nocturnas. Hubo una agitación torpe y prolongada en el sitio donde el

pastor dormía, crujió la paja, cesó el sonoro ronquido, oyóse un bostezo pere-zozo, un estiramiento de miembros que despiertan y después volvió á establecerse el silencio.

El canto de las ranas disminuía, callá-banse en la hierba los grillos y algunos rumores extraños anunciaban la proxi-midad del día.

Otro gallo cantó, allá junto á la cuadra y respondióle el primero, bajo la ventana.

Juan Ramón se levantó.

Su cuerpo encorvado de gigante se interpuso ante la luz del candil que se apagaba, rechinó el suelo desvencijado, crujió la puerta y, con la sombra exterior de la noche, penetró en el cuarto el frío finísimo de la montaña.

—Que tiempo hace? preguntó Santiago.

—Está *chispiando*, le respondió el pastor con su voz gutural, más opaca por el sueño; pero esto alevanta con er sol... Paéceme que habrá canícula *Emborújese* en la manta que esta *garujilla* es mala pá los purmones.

---Estúpido! pensó Santiago sonriendo,

todos me creen tísico... y no he tosido una sola vez en la noche!

Todo despertaba afuera. Oíanse las voces de las mujeres, el acento enronquecido de los hombres, el gruñido de un cerdo que se empeñaba en abrir la puerta del sótano, el golpe de un hacha, el cacaréo obstinado de las gallinas.

Mas tarde sintió los cascós de la yegua hiriendo pesadamente las piedras del patio. Hubo un confuso rumor de voces, encargos de compras y ventas hechos con el pié en el estribo y al fin todos se alejaron por el camino.

Iban á la misa del Pino.

En el silencio, después de la partida, Santiago oyó solamente el piar de unos polluelos debajo de la ventana.

Hundióse, de nuevo, de espaldas en el montón de paja crujiente y sus ojos dirigidos al techo, descubrieron por entre los huecos de las cañas carcomidas, la luz indecisa de la aurora que, al filtrar remedaba un firmamento: miles de estrellas, aisladas unas, otras confundidas en ancha constelación, de grande y de pequeña

magnitud, como polvo luminoso, poniendo su palpitación parpagueante en la bóveda oscura del tejado.

Aquel espectáculo que, en los tiempos de la niñez, provocaba los comentarios interminables de sus hermanitos en medio de la protesta del padre á quien impedían el sueño, prodújole una emoción grave y reposada, sin las desesperaciones de la ausencia eterna, imaginando, casi creyendo, en el enternecimiento romántico de aquella alborada, que ellos le sonreían, mirándole por aquellas grietas luminosas del techo derruido.

Cuando salió al patio, el sol hería los picos azulados de la Cumbre, movíanse en el fondo del valle algunos jirones de niebla desgarrada, temblaban en las hojas de los álamos las gotas de rocío y de todo el campo, desprendíase húmedo y acre perfume de estiércol que fermenta, de simiente que se hincha, de flores que se abren, de la tierra, de la madre tierra, infatigable y sudorosa en el trabajo eterno de la germinación y de la vida.

XV

En la esplanada, ante la casa y en el punto en que arrancaba el sendero del barranquillo, bajo los álamos, estaba una enorme piedra redonda, empotrada en el suelo, en la cual habían ahondado un hueco donde los perros bebían.

En ella estaba sentado el *patriarca*, poniendo todos sus sentidos en la obra de sacar punta con su ancho cuchillo á una rama seca.

Llevaba como siempre; el amplio chaquetón de lana, sin chaleco, abierta la camisa que descubría el pecho hundido, cubierto de lana gris. En su rostro enjuto, pulcramente afeitado en honor del amo, sobresalían la nariz larga y encorvada de ave de rapiña, los ojos pequeños, inquietos y verdosos y los labios recortados

finamente, que daban á toda la fisonomía cierta expresión de malicia inteligente y socarrona.

Abraham tenía fama de listo y hasta de letrado, aunque nunca supo escribir otras letras que las de su nombre y esas las aprendió ya viejo.

En su casa, siempre fué indiscutible: sus tres hijos, Antonio Miguel, Juan Ramón y Lorenzo le obedecían, sin que sus inteligencias de bestias dóciles, hubieran pasado nunca por una crisis de rebelión mental. De las dos hembras, Antonia, la mayor, había casado con un indiano que consiguió engañar con palabras al viejo patriarca: un holgazán redomado, emprendedor, ilusionista eterno, soñando con el triunfo y despertando siempre con las manos vacías. Aquella boda fué un error cuyo recuerdo le avergonzaba, no por la infelicidad de la hija sino por el sentimiento de haber sido engañado.

La otra, Pílares, permanecía soltera á los veinte años. Sabía de letras y aún se atrevía á escribir con pluma de tercera. Tenía su bibliotera: el *Encologio romano*,

el *Trovador de los niños* y unos pliegos de papel de oficio que le había regalado un escribano que fué á la *Degollada* á practicar unas diligencias de embargo.

La vieja, la *señora madre*, era la única que solía rebelarse contra la autoridad de *tió Abrahan*, cuando su instinto de urraca era solicitado por cualquier insignificancia.

Un vestido viejo, una sábana zurcida, un almirez roto que los amos olvidaban en sus excursiones, eran motivo de eternas querellas entre marido y mujer, hasta que la hembra, en silencio, se apoderaba de los codiciados objetos y él, cansado de discutir, cerraba los ojos. Así habían desaparecido todos los muebles de la antigua casa de los Bordonos.

Y era lo curioso que el viejo patriarca, sintiendo profundo asco por la *cobiciosa manía* de la hembra, caía en el mismo pecado, cambiando de año en año los mojones que separaban su tierra de la del amo, hasta añadir al sequero heredado un bosquecillo de nogales, precisamente los que hasta ahora habían respetado las bestias y los huracanes.

Sobre todo, el acto de pagar la renta, era un tormento horrible. Veía llegar la fecha calculando los días por los dedos, y ya decidido al sacrificio, contadas y recontadas las piezas de oro y plata, sucumbía á una suprema vacilación y guardaba otra vez el dinero, gozando con una tregua arrancada al apoderado entre lamentos y maldiciones. Al fin pagaba algo: la mitad, los dos tercios, nunca la suma completa. Un año que el apoderado necesitaba dinero con urgencia tuvo que aflojar hasta 298 pesos y volvió casi contento con la idea de haberse quedado con dos.

Desde que el amo anunció su viaje, esperaba pacientemente la hora de ajustar cuentas, disponiendo en su cabeza el relato de huracanes, de avenidas, árboles arrancados de cuajo, estanques que se resquebrajaban... Luego las sequías de la primavera: un verano impaciente que guisaba las papas bajo la tierra como si las hubiesen metido en un horno, el país arruinado, el millo del moro á dos pesos haciendo feroz competencia al de la tierra,

todas las plagas del Faraón, sin contar con la maleza y la *mundicia* de pájaros y *avichuchos* que se comían la fruta cuando *emprinciaba á pintar*.

¡Un desastre horrible!

XVI

El patriarca perdía miserablemente el tiempo ideando discursos: Santiago solo atendía á la hermosura del paisaje y á los recuerdos que á cada paso, camino del barranquillo, despertaban en su memoria.

Habían quedado atrás los álamos gigantes y la senda, cubierta de hojas secas, bordeada por zarzas, corría hácia el barranco, bajo la bóveda verde, apenas oscilante y rumorosa de castaños y nogales. Abajo la tierra conservábase húmeda, fresca y bien oliente, envuelta en suave vapor; arriba los rayos de luz herían en las copas, reflejábanse en la tersa superficie de las hojas recortadas, convirtiendo en diamantes las gotas de lluvia; cantaban los pájaros, crujían las hojas secas bajo los piés y de vez en cuando saltaba

bruscamente un cigarrón, escondiéndose entre las zarzas.

Un castaño enorme, de tronco ahuecado, atrajo sus miradas. Lo recordaba: era como una garita donde muchas veces se escondió con su hermanito Eduardo, huyendo de los mohicanos, iroqueses y otras tribus salvajes traducidas y arregladas para uso de las novelas de Femimore Cooper.

De pronto se encontró en el barranquillo.

Por aquel sitio, el cáuce era muy estrecho. Enfrente la montaña se levantaba casi á pico, cubierta de laureles, cuyo verde intenso y como bruñido dejaba ver á trechos la mancha roja de la arcilla que constituía el basamento. Por aquella parte no se divisaba el cielo: los laureles trepaban confundiendo sus ramas, retorciendo sus troncos, dejando abajo huecos de sombra por donde asomaban helechos gigantescos, culantrillos finísimos, zarzas frondosas, cien plantas trepadoras que ya agarrándose á las rocas verdes por el musgo, formaban coronas triunfales, ya

colgando como flotantes festones dejaban escurrir gota á gota el agua transparente, como granos de cristal que filtrando de la entraña del monte, caían hasta el cauce del barranquillo.

Una roca enorme,—la isla de Robinson,—lo partía en tal punto. Estaba allí enclavada y el agua, un hilito de agua verdosa corriendo entre guijarros verdes tambien, lamía su base, haciendo brotar hongos microscópicos y berros tiernísimos que refrescaban sus tallos desmayados en la mansa corriente.

Santiago se apoyó en el monolito buscando con sus miradas bajo la sombra de los laureles las cuevas del agua. Un grupo más espeso de culantrillos y helechos indicaba la boca de los estanques subterráneos y entre los vagos rumores de la arboleda destacábase, viniendo de muy lejos, de la entraña misma del monte, un murmullo confuso, monótono.

Era la voz del agua que caía filtrando por las grietas de la bóveda en el depósito sombrío de las cuevas.

Siempre sintió cierto escalofrío al atra-

vesar el barranquillo por aquella parte; nunca pudo subir solo á contemplar el agua, temeroso del vértigo, alejado de aquel espectáculo por un instintivo é invencible terror; pero, aun sin llegar hasta las cuevas, el murmullo atropellado del agua, aquella voz resonante en el seno de la roca inmóvil y del abismo tenebroso, producíale extraño desasosiego, como si le llamase, como si le atrajese fascinándole con el relato fantástico de cosas desconocidas allá abajo guardadas, con el reposo eterno, con la quietud envidiable de un sueño perdurable en el fondo fresco de la charca, tendido sobre la arcilla que aferra y clava con su garra pegajosa, sintiendo el arrullo de aquella voz monótona, mirando através del agua cristalina los helechos y culantrillos prendidos en la roca, colgando sobre la superficie y estremeciéndola en anchos círculos á su contacto.

Ahora sentía la misma impresión, el mismo malestar al oír aquella voz lejana, cuyo timbre recordaba muy bien, reforzado por los anfóricos ecos de las grutas.

Parecióle que aquella antigua sensación había sido un presagio no entendido de la catástrofe que produjo la muerte de los suyos; imaginó que aquella voz lamentable le contaba desde su niñez el suceso horrendo; é incapaz de subir á las cuevas, pasó al pié del monte subiendo el cauce del barranco, alejándose del sitio, volviéndole las espaldas, perseguido por la idea insensata de que atrás quedaba el agua murmurando, hablando, contando la misma historia, pronunciando los nombres de los suyos, imitando irónicamente sus voces y que así había estado por espacio de muchos años, sin que él se hubiese acordado de aquel rincón misterioso y que seguiría de día y de noche aún después de su muerte, aun después que su memoria se borrara de entre los vivos y el polvo de sus huesos se confundiese con el de la tierra.

XVII

Ya muy cerca el mediodía, Santiago, dió con su cuerpo sudoroso bajo la sombra del bosquecillo de castaños.

Habían recorrido gran parte del cortijo, cruzando por las tierras labradas, bajo los rayos del sol que desde un cielo sin nubes caían á plomo resquebrajando los terrones de la apelmazada arcilla.

El patriarca no había perdonado un detalle en la enumeración prolija de las plagas que azotaban la comarca: las cadenas del cercado nuevo se iban al barranco y era preciso sorribarlas de nuevo. Aquel movimiento contínuo de las tierras enladeradas hacía abajo era su desesperación: las paredes de piedra seca, los setos vivos que las reforzaban resultaban impotentes; sobre todo, en el invierno, las avenidas

torrenciales teñidas de rojo por la arcilla no paraban hasta *entullir* el cauce. Otro peligro: porque aquel barranquillo cuyo escaso caudal de agua le había valido el nombre de barranquillo *Meón*, convertíase en bravo torrente que se desbordaba sobre la huerta de naranjos llevándose la cosecha de Enero.—Pues y los perales! Una huerta vieja, los troncos retorcidos y musgosos, perdidas las especies de verdadero valor, produciendo á medias solo las pardas y coloradas que al partirse resultaban comidas interiormente por el *bicherio*.

De las manzanas no había que hablar: nunca tuvieron otro mérito que el olor, olor de manzana fina, que no era bastante recomendación para el mercado. Y lo peor era que el pasto escaseaba y era necesario emigrar con el ganado en los meses de sequía hasta las medianías del Ingenio. Háblele sido necesario reducir el número de cabezas y con ello la lana y el queso mermaban lastimosamente. En fin que aquello era la ruina, estaba *perdiéndose* con el arrendamiento y solo

por fidelidad, por la ley que tenía puesta en la familia y en las cosas continuaba. La renta... pues la renta, dende en vida del amo...

Y continuando en la tarea de saçar punta con su cuchillo de labranza á los tallos que le venían al alcance de su mano, mirábale de soslayo para medir sus palabras prudentemente. Pero Santiago no atendía á su discurso y con la mirada fija en el lejano barranquillo, en aquella pared de verdura que se alzaba al otro extremo del llano esteril, seco, cubierto por el rastrojo, parecía pensar en otra cosa.

El viejo callaba y en el silencio se oía llegar desde muy lejos la ráfaga de brisa, conmoviendo las copas de los árboles, acercándose y creciendo hasta llegar sobre sus cabezas como una ola hasta la playa, alejándose de nuevo, disminuyendo y apagándose en el silencio infinito del campo solitario.

—Pos la leña era antes un nigocio no del tóo malo... pero como el amo tenía prohibio que se tocase los árboles y como

èl era obidiente jasta el extremo, no se apañaba sino la caída y los desbrozos... lo bastante pá guisar y caldiar el horno en los pocos días de amasijo. Y ahora por la leña. Había un calpintero en San Isioro que había ofreció dinerales por maera de nogal pá cajas de Indias; pero él le había dicho que era preciso consultar antes con el amo... tal vez convendría, tal vez no fuera de conviniencia...

Pero Santiago no entraba por esas. En aquel punto no transigía. Que se perdieran las cosechas, que las paredes colgadizas de las cadenas se vinieran al suelo, que el barranquillo se desbordase, todo podía pasar; pero que no tocasen á los árboles.

—Y verá V. tió Abraham; no he podido descubrir ni un arbolito en vías de crecimiento; todos son árboles viejos, ni uno solo de los nuevos existe. Y yo lo atribuyo al ganado.

El viejo sonreía irónicamente.

—Sí, señor Abraham, al ganado, ustedes le han declarado la guerra á los árboles, es terreno que se le quita á la

cosecha ordinaria y no calculan que las nueces...

—Fallías... señor.

—Y las castañas...

—Fallías... señor.

—Bueno, pues fallidas y todo, representan una buena ganancia; pero aparte de cálculos, quiero que los árboles se respeten y se aumenten.

—Pues al respeto de eso...

—Se respeten, ese es mi mayor deseo. De modo que no quiero ver el ganado metido aquí en la huerta, mordiendo las hojas nuevas, destrozando los arbustillos...

El viejo continuaba sonriendo.

—Ese sí que es desastre.

—Y ahí tiene su merced, lo que es no entenderlo.

—Como que no entiendo?

—Porque después de pasar el ganao por la huerta, quéa más póspera, señor don Santiaguito, más póspera!

Y era tal su convencimiento, con tal energía pronunciaba la palabra y en ella había tal énfasis y tal desprecio hacia el amo que Santiago creyó inútil insistir.

Para qué?

Ellos siempre harían su santísima voluntad.

Llegaban con intermitencias las ráfagas de viento con su rumor de ola, agitando las ramas, creciendo y dilatándose para de nuevo alejarse hasta perderse como leve murmullo en los límites lejanos del bosque, y, en los intervalos, el estremecimiento rumoroso de las hojas se reforzaba con el zumbido intenso, monótono de las moscas, rechazadas por la ardiente fulguración del sol en el zenit hasta la sombra fresca del bosque de castaños.

De pronto, hacia arriba, viniendo del camino de la era, situada en la cúspide, se oyeron voces confusas y trote de *bestias*. Una relinchó alegremente al penetrar en la sombra.

Sin duda era la gente de la casa que volvían de oír misa en el Pino.

XVIII

La Pilares llevaba el traje clásico de las campesinas ricas, cuyo modelo desaparece más y más cada día por la invasión de las modas de la ciudad.

Traje negro de merino y chaquetilla de lo mismo, amplios y sin ajuste, ocultando sin desfigurar las líneas del cuerpo; el único adorno consistía en *abalorios* negros de cuentas brillantes que rodeaban el cuello y las boca-mangas ajustadas, produciendo un choqueteo cristalino al menor movimiento. Desde la cabeza caía sobre los hombros encerrando el rostro en un marco ovalado la mantilla redonda de merino blanco, prendida bajo la barba y sobre ella encajada en el *rolete* de pelo negro trenzado fuertemente, la *cachorra* de fieltro negro y cinta de seda, cuyas

alas redondeadas ponían un círculo de sombra sobre la blancura de la mantilla.

El traje, aunque pintoresco, no era muy á propósito para realzar gracias femeninas, ni ella las poseía.

Aparte de su color moreno que el calor encendía en las mejillas y de sus dientes blanquísimos y sanos como el de todas aquellas gentes que bebían agua de roca y comían *gofio*, nada había en ella que llamase la atención. Aun los ojos grandes y negros resultaban desfigurados por los párpados caídos con hipócrita persistencia. Su vocecilla ronca al hablar comunicaba á las palabras un ritmo como si rezase ó recitase en la escuela una lección aprendida de memoria.

Al bajar de la yegua, en el remolino airoso de las enaguas puso al descubierto el refajo de lana roja y los borcegués de cuero negro con correas por encima de los cuales se divisaba la pierna morena sin medias.

Entre ambas manos llevaba fuertemente sujeto un devocionario envuelto en una hoja de papel amarillo.

Santiago comprendió que aquella precaución tenía por objeto no estropear el libro con el sudor de las manos.

Detrás venían Antonio Miguel y Juan Ramón recién afeitados, con las camisas blancas aplanchadas en finísimos é innúmeros dobleces, chaqueta corta y pantalones negros, cachorra con el ala vuelta y fuertes borcegies de cuero amarillo con clavos, casi una herradura.

Antonio Miguel los llevaba en la mano.

—Por mor de la canícula, decía con voz y acento que hacían creer á Santiago, hablaba en una lengua incomprensible de salvajes.

XIX

Sobre todo por la noche, cuando ya apagados en el cielo las últimas notas del crepúsculo, la sombra profunda tragaba todos los objetos, dando al paisaje proporciones de abismo, la charla de los campesinos agrupados en la esplanada ó recostados sobre las raíces descarnadas de los álamos, le produjo la sensación de encontrarse en otro mundo, rodeado de gentes con las cuales nunca podría vivir, aún entendiendo la buena voluntad que ponían en agradarle y distraerle.

La tierra, como materia de explotación, el fruto como objeto de compra y venta, la querrela por el riego distraído ó por los linderos cambiados, los defectos de la Lucera, una vaca que se vendía en Ariñez, la eterna lamentación del trabajo rudo,

improductivo, lucha constante con los terrones de arcilla, una *letanía* de maldiciones, como decía el patriarca á la tierra, á la amante codiciada y con la cual, adorándola, andaban siempre á mochazos, un modo como otro cualquiera de acariciarla y enternecerla. Estos eran los temas de la conversación.

Y todo ello expresado con un acento gutural, con una pronunciación tan extraña, que hacían creer á Santiago en la aventura de un naufragio, en el lanzamiento de su cuerpo á una playa desolada, desconocida, en un país cuyos contornos se prolongaban fantásticamente en el hueco del misterio, y donde, rodeado por una tribu de salvajes inofensivos, permanecía en un aislamiento absoluto, sintiendo la angustia de no entender sus palabras ni sus ideas, ni de ser comprendido por ellos.

La idea de coincidir con aquellas gentes en la adoración de la tierra fué un nuevo desengaño. Perseguido por el prudente temor de que el amo pudiera *subir la renta*, se empeñaban en enumerar los

defectos, en despreciar la mercancía, no pudiendo librarse de aquella obsesión de que todo era materia de venta. Lo mismo hacían en la feria ante la vaca que ni siquiera pensaban comprar; mirábanla desde lejos, buscando la falla, creyendo en ella aún sin hallarla, persuadidos de que ninguno vende *por gusto de perder*.

El Collado era una hacienda medianita; partes no eran del too énfimas como el cercado nuevo apesar de que era muy enlaerao; el curtijo era regular, por más que pequeño en *demasida*. Lo demás era de puro gusto y *recredo* pá gentes de la ciudá.

Vanamente se esforzaba exaltando las bellezas de la tierra: toda su elocuencia fué gasto inútil. Aquel barranquillo poético con su húmeda sombra, impregnada del perfume del laurel, resonante con el canto no interrumpido de los pájaros, con el murmullo cavernoso de las fuentes, con el rumor suave de las hojas, iluminada por la luz de arriba que filtraba por entre las copas de los árboles como al través de una verde celosía, todo aquello

misterioso que guardaba á cada paso una sorpresa, un nuevo punto de vista, le inspiraba al cantar la belleza del sitio, pretendiendo hacérselas entrar en el duro cráneo por ojos y oídos.

Ellos le escuchaban en silencio con la barba apoyada en la mano, alhagados por la música de la palabra, gozando con ella inocentemente, sin entrometerse á rebuscar ni pesar las ideas.

Hubo un silencio provocado por un golpe de tos seca y pertinaz y Antonio Miguel, como si hubiese entendido el discurso y desease demostrar su penetración, dijo:

—Pos la verdá pura es que el barranquillo tiene su valía: con cortar la cuarta parte de los laureles se ajunta pá pagar la mitá de la venta.

Y los demás asintieron con movimientos expresivos de cabeza.

Aquello lo entendían sin esfuerzo.

Pero Santiago no se confesaba vencido. Defendía con la tierra su ideal de consuelo, de olvido del pasado, de esperanza para el porvenir: la adoración constante de la

tierra, de aquella amante fiel, siempre joven, siempre nueva, que en sus sueños de enfermo se le apareciera tendiéndose fértil á sus ojos, ofreciéndose á su contemplación extática, como una promesa de felicidad, de salud y de vida. Angustiábale la idea de que él, como los campesinos, por costumbre de verla, llegara al desprecio, á la indiferencia por su belleza, de que aquella tierra que se le mostraba inagotable en sus aspectos de seducción, pudiera agotarse un día hasta el punto de no ver en ella sino á la mujer propia, envejecida, á la hembra de seno flácido, de vientre deformado por una maternidad brutal, cansada, incapaz de despertar ilusiones, y á la cual, olvidando el tiempo de la juventud, se la acusase injustamente de estéril, de inútil y se la obligase á rendir los últimos productos á golpes como antes por medio de caricias apasionadas.

Sería injusto, cruel; pero el pensamiento egoísta de que su ilusión de enfermo se deshiciese con el contacto de la realidad, de que su nuevo amor, la esperanza postrera, llegase á producirle la saciedad

ó la indiferencia de la posesión, le causaba miedo indefinible.

Por eso seguía hablando, multiplicando los argumentos, repitiéndolos, cayendo enternecido por su propio afán angustioso, en descripciones bucólicas inocentes, candorosas églogas dignas de cualquier Melibeo virgiliano.

Su voz se ahuecaba, recurría al grito y al gesto con ademanes amplios de sus brazos larguiruchos, con *gallos* estridentes de su voz enronquecida, obedeciendo á la obsesión de hacerse entender á toda costa, intentando meterles en la cabeza las palabras á martillazos. Ellos continuaban escuchándole en silencio, respetuosos y desconfiados; sus perfiles de gigantes con sus chaquetones de lana y sus cachorras de fieltro, se destacaban rígidos sobre el resplandor enrojecido de la llama del hogar de la cocina, y con la barba entre las manos le miraban fijamente, arrullados por aquella música no entendida, de igual modo que una tribu de salvajes inofensivos escucharía la plática ardiente de un misionero.

Cuando calló, tuvo un gesto de desaliento y, silencioso y descorazonado, se dirigió á la casa.

—Que bien habla el amo, murmuró la Pilares.

—Habla más que un ético. Bien dicen que está *tis*, añadió la señora madre desde el fondo negro de la cocina.

—A buena noche.

—A buena noche.

XX

En la era.

Un espacio circular, abierto á todos los vientos por encima del bosquecillo. Algunos castaños aislados crecen próximos al sitio, proyectando sobre la tierra colorada un islote de sombra, cuyo perímetro se destaca en la ardiente fulguración del sol. Aquí y allá surgen las altabacas de pobre ramaje con florecillas de oro, los cardos secos delgaduchos, amenazando romperse bajo el peso de sus místicas cabezas inclinadas melancólicamente hácia la tierra. Sobre la era empedrada, la paja crujiente en montones, bajo la cual se descubren los granos desmenuzados del trigo y en medio de ella, como Neptuno entre las olas encrespadas, Antonio Miguel con el *bieldo*, el

tridente de madera aventando á los cielos el polvo impalpable para separarlo del grano que resbala pesadamente á tierra.

Mal día para aventar. No corre un soplo de viento. Todo duerme en la altura del montecillo, bajo los rayos cegadores del sol de Agosto.

Desde allí se descubren, dilatándose hacia abajo, hácia la ciudad oculta, los campos que Santiago recorrió en su viaje: las tapias blancas del cementerio y las primeras casas de San Mateo que se esconden detrás de la montaña, en cuya falda el caserío duerme como una bandada de palomas; el *Madroñal* con sus cercados divididos por líneas geométricas como un tablero de ajedrez de abigarrados tonos; Santa Brígida con su iglesia de aspecto feudal, la torre obscura terminada en punta y los anchos portones rojos sobre el muro basáltico de la cuesta; las arenas violáceas del Lentiscal; los campos verdes de Tafira entre los cuales se alza como una pirámide negra el pico de la Caldera.

El panorama inmenso desarrollándose

en gigantesca escalinata, destácase sobre un fondo azul espléndido: el mar y el cielo que se juntan en el horizonte con gradación, tan lenta de colorido que no se sabe donde el uno acaba y empieza el otro.

Por la espalda, de frente al horizonte, alzando sus cabezas curiosas, los tres picos de la Cumbre, grises, como una muralla que impide el paso.

Todo esto inundado, como sumergido en levisima capa de humo tenue de incendio, que flota en la atmósfera caldeada y la empaña, una pululación inquieta, apenas visible de gérmenes, de polvo impalpable abrillantado por la luz.

El sol cae á plomo, sin piedad.

La arcilla del suelo se resquebraja sedienta.

Los lagartos corren rápidamente de un matorral á otro ó asoman por el hueco sombrío de una grieta sus cabezotas verdes.

XXI

El *tanque* verde.

Una charca de agua profunda y silenciosa, cuya superficie recubierta de verde limo engaña con sus apariencias de tierra firme verdegueante.

No se sabe como llega hasta allí el agua: filtra sin duda, desde el fondo por ocultas grietas y gota á gota, silenciosamente, inunda y llena el hueco de arcilla reforzado por rocas que el musgo vistoso tapisa.

Crecen las cañas en torno, surgen los juncos del seno sombrío del agua, las mimbreras desde la orilla dardean la expansión radiante de sus varas rígidas como rayos inertes de un sol apagado y desde las altas rocas que dominan la charca, penden como cabelleras bravías,

gloriosos festones de zarzas que tocan en la superficie y se bañan en la onda.

Arriba, sobre los bloques musgosos, hay un bosquecillo de avellanos silvestres: el suelo está cubierto de avellanas *fallidas* de cáscara resistente que limita y guarda la cavidad huera, como un relicario vacío, produciendo la tentación inevitable de explorar el misterio que ocultan, de romper una en pos de otra las cubiertas, de hallar una por lo menos, que contenga algo en su seno, sin que la decepción constante mitigue la ansiedad curiosa ni el movimiento febril del machaqueo.

Trabajo inútil. Todas son vanas.

XXII

En el fondo del barranquillo construyeron en otro tiempo una presa con troncos y piedras unidos por arcilla húmeda.

Allí el agua quedaba estancada hasta rebosar por encima del borde de la presa y en su profundo seno sufría larga maceración el cáñamo que la señora madre llevaba al telar primitivo para tejer por sus propias manos el traje de la familia.

La presa abandonada se resquebrajó, una avenida obstruyó el desagüe con un tronco carcomido, cedió una piedra y por la brecha saltó el agua, turbando el silencio del sitio con su voz regocijada.

No se vació completamente la charca, quedó allí un remanso que se extendía de una á otra margen del barranquillo. La

de enfrente donde á pico se eleva el monte cubierto de laureles, presenta un hueco cavernoso, húmedo y sombrío al cual se sube por un estrechísimo sendero de arcilla resbaladiza.

Mirada de la opuesta márgen, desde el huerto de naranjos, la caverna casi desaparece bajo la cortina de madre selvas, helechos y zarzas que cuelga desde la altura del basalto gris tachonado por las corolas verdes y carnosas de las *punteras* que arraigan en la superficie, con apariencias de clavos enormes. Después, más arriba, los laureles se entrecruzan, inclinándose sobre el abismo, elevándose rectos á las nubes, en salvaje confusión.

Ante la gruta hay una pequeña plataforma, una cornisa de basalto que domina el charco: desde allí se divisa el agua profunda, callada, y de tarde en tarde rompe en la inmóvil superficie una burbuja de aire que produce una série de círculos concéntricos, cada vez más amplios, cada vez más ténues. Son los renacuajos: se les vé subir desde el fondo oculto, en línea recta, rápidos, con avidéz de ciegos que

buscan la luz, con movimiento irresistible de tornillo, coleando como hélices en miniatura hasta llegar á la superficie, escupir el aire inútil, tomar una nueva ración y huir al fondo, al silencio, á la sombra, á descansarse en el lecho cenagoso. Entrente se divisa la huerta de naranjos que esparce el intenso olor de sus azaharés; el cercado nuevo en rampa gigantesca, abierta la tierra roja en surcos geométricos donde verdeguea el maíz; más arriba la casita blanca de tejado rojizo, con su cocina ennegrecida y los álamos monstruosos; por detrás, siempre subiendo, el bosque de castaños y arriba, en la cúspide, la era coronada por los montones de paja reluciente.

La gruta se abre en la roca. Gotea el agua desde el techo cubierto de culantrillo, que imita finísimo encaje y, resbalando por una grieta del suelo, llega afuera, préndese en los filamentos colgantes de zarzas y helechos y por ellos deslizándose llega al extremo y cae gota á gota sobre las ñameras que circundan la charca.

La luz filtra al través de la verde

cortina dibujando círculos en el suelo y desde el fondo del hueco fresco y sombrío recíbese una vaga é indecisa visión del mundo externo: el canto mareante de los pájaros que revolotean en los laureles, el zumbido monótono de los insectos, la carcajada alegre de la pequeña catarata, la oscilación rumorosa del follaje que la brisa produce con intermitencias, el olor penetrante de los azahares, la reverberación cegadora del sol que aplasta y enerva, convidando al sueño.

Pero de vez en cuando, aquellos mismos perfumes, aquellos mismos rumores que de fuera llegan, reveladores de un mundo exterior, provocan un cosquilleo inaguantable de curiosidad de ver lo otro, lo de afuera y dejando la hojarasca acumulada por el pastor en las horas de siesta, hay que asomar la cabeza, mirar el agua, los naranjos, la cocinilla ahumada, el bosque de castaños, la paja dorada de la era, para ocultarla de nuevo, rápidamente, huyendo de la luz, buscando el reposo de la húmeda sombra, el sueño, el olvido, como los renacuajos huyen al fondo de la

charca después que subieron con rápido movimiento de tornillo, coleando como hélices en miniatura para tragar aire puro, rompiendo la superficie del agua en círculos cada vez más amplos, cada vez más ténues.

XXIII

Los chorros! La cazuela!

Los dos nombres iban siempre juntos. No era posible separarlos.

Está el manantial en una rinconada del barranquillo: un chorro de agua que por fría *rompe los dientes* y por pura y fina *hace digerir las piedras*. Brota de la roca por estrecha hendidura y tomando forma de pequeña cascada, gracias á una hoja de laurel, todos los días renovada, por cuya cara ligeramente cóncava se desliza y va á caer en un surco que conduce al cauce del barranquillo. La hoja sirve para aplicar los labios directamente, para llevar el agua á la *talla*, el cántaro barrigudo de arcilla, que bajo ella sobre un montoncillo de piedras se coloca.

La Pilares, de pié, con sus brazos en

jarras, su *saco* y faldas, sin adornos, de percal azul obscuro con florecillas blancas, arremangadas hasta la cintura, dejando al descubierto el refajo rojo y los pies descalzos, con su pañuelo de seda amarillo anudado por debajo del *moño* y encima el *ruedo*, un bollo de lienzo retorcido sobre el que descansará la *talla* al trasportarla, espera pacientemente á que ésta se llene, con los ojos vagamente perdidos en los laureles que coronan el paredón basáltico, adormecida por el rumor del agua al caer en el cántaro, rumor que sube de tono á medida que el nivel se alza, produciendo como una impresión de angustia, como si el agua adquiriese voz para decir: ¡Que se llena! ¡Que me desbordo! ¡Acudid pronto ó me escapo! ¡Ya me *rebo*sé!

Cuando la Pilares, volviendo de su sueño, se acerca, el agua corre por fuera, bañando el lomo redondeado del cántaro con su espuma blanquísima. Achica el exceso con el hueco de su mano zambulléndola en la talla cubierta con hojas de laurel recién cortado y con *géito* potente

y airoso, apoyadas las palmas en el vientre resbaladizo elévala sobre su cabeza, goteando, y la deja descansar á plomo sobre el ruedo, abandonándola en aquella postura.

Después, con las manos en las caderas, los brazos en jarras, el rostro humedecido por las gotas que de la *talla* se desprenden, desaparece entre el espeso ramaje, camino de la casa.

Santiago se queda solo; sus ojos se dirijen á *la cazuela*.

Allí está lo oculto, lo desconocido, el misterio.

Una grieta en la montaña, una zanja que al principio es de escasa profundidad y que á medida que se metè en el seno del monte, hasta llegar á la altísima cúspide, va ahondándose, tomando proporciones de abismo emparedado, desde cuyo fondo y mirando á la altura cada vez más lejana, divisase el cielo y la luz como desde el fondo de un pozo.

Es un hachazo colosal dado en la entraña del monte, por cuyas paredes el agua filtra y cae al cauce estrechísimo,

reuniéndose en arroyuelos, que á su vez se juntan y salen por la hendidura á borbotones; para reforzar el hasta allí manso caudal del barranquillo.

Desde lejos se vé el profundo surco que hiende el monte como una línea oscura, una arruga que corre ondulando por su vertiente hasta la cúspide, coronada de laureles y castaños, oculta á veces por las zarzas, ensanchada otras por algun derrumbamiento.

Allí ninguno penetró. La brecha que dá entrada aprisiona el agua que sale, saltando sobre una roca que la divide en dos brazos, y desde allí las miradas divisan solo un entrecruzamiento de ramas frondosas, zarzas colosales, helechos monstruosos, troncos caídos cubiertos de musgo verde, bloques de arcilla roja sudando sangre, todo ello mezclado en salvaje confusión, fundiendo sus tintes y contornos de abismo, en una mancha de sombra espesa, negra, impenetrable.

Por arriba tampoco es posible ver el fondo. Hay peligro en acercarse al borde resbaladizo. La tierra se desprende fre-

cuentemente hundiéndose en el abismo de la *cazuela*.

Aquella abertura atraía á Santiago con la fascinación de lo desconocido, del abismo, del misterio.

XXIV

Todavía, por la noche, sentado al pie de un álamo, pensaba Santiago en la aventura de la víspera.

Tió Pedro el de la Degollada estaba más pá la muerte que pá la vida.

Un hombre fuerte, robusto, cargado de familia, que cultivaba, obstinado y silencioso un pedazo de tierra ingrata, en lucha con la dura arcilla, rompiendo con sus puños los terrones que ahogaban la simiente del trigo. Veíasele siempre callado, la azada al hombro, vigilar enternecido el crecimiento de la planta, entregándose á horribles crisis de furor mudo cuando alguna *bestia* se introducía en sus linderos. En cierta ocasión mató de un mochazo á una cabra. Otra vez le sorprendieron tirando piedras al cielo porque no llovía.

Era un salvaje que perdió el uso de la palabra en la adoración silenciosa y solitaria de la tierra.

Una noche sintió una *puntáa* en el costado derecho. Parecíale que faltaba aire en la habitación... no podía respirar... aquello era estrecho... se ahogaba... y echándose sobre los hombros la chaqueta de lana y apretándose el pecho con el ceñidor rojo, fuese á la tierra, buscando el airecillo saludable y sutil de la madrugada. Al principio sintióse aliviado; pero más tarde, bajó los rayos ardientes del sol experimentó un frío intensísimo que hacía castañetear sus dientes y dió con su cuerpo en tierra, el rostro azulado, las manos escarbando en ella como si quisiera abrir un hoyo.

De allí le recogieron y llevaron á su casa entre los ahullidos de la mujer y de los muchachos que seguían el cuerpo en fúnebre procesión.

Le sangraron con una *puntilla*. Todos estaban conformes en que se trataba de una *puntáa de purmonia*.

Y el enfermo mejoró.

Pero á la madrugada del quinto día, despertó tió Pedro de la soñolencia en que andaba metido y empezó á hablar sin reposo, sin tomar aliento. Por su boca salía un chorro de palabras caudaloso, inagotable. Todo cuanto había callado en su vida de labrador mudo, enamorado de la tierra, salía ahora á borbotones, cediendo á un furor irremediable de lanzar afuera aquello que le sofocaba, lo que en su delirio de moribundo parecía oprimir el pecho inmóvil, llenándolo, distendiéndolo.

El *méico yerbero*, explicaba gráficamente la situación: la purmonía había *desparramao sus rejos* por los rincones *der* pecho y too lo que tenía guardáo allí dentro rebosaba pá de fuera por el conduto del *adre*. Y volviéndose á la pobre mujer exclamaba.

—Miá tú: si tu metés dentrambas manos en una talla rebosando de agua, que te pasa?

—Que se rebosa, tió *Concepción*, que se rebosa!

—Pos catáy; toos esos descursos no

caben con la purmonía y arrebosan. Eso mismo!

Entonces fué cuando se acordaron del botiquín de Santiago y fueron á buscarle, mientras un pariente se dirigía á *precurar* al señor cura del Pino.

Por mucha prisa que éste se dió no llegó á tiempo; pero Santiago con la Pilares pudieron asistir á la agonía.

Era un espectáculo curioso el de aquel hombre á quien la muerte desataba los lábios.

Habíanle colocado en tierra, anticipándose á la muerte, sobre un colchón, porque era imposible sujetarle en la cama matrimonial que casi tocaba al techo; y allí, tendido en el centro del cuartucho, aparecía en la fulguración cruda de la luz que entraba por la puerta, entre el zumbido de las moscas que, rechazadas por la mujer, volvían al asalto tenaces, feroces, convencidas de su derecho. Alrededor, sentados en el piso de tierra, hombres, mujeres y chicos asistían silenciosos y atentos al espectáculo de la muerte, con los ojos clavados en el enfermo. Una

vieja se empeñaba en introducirle en la boca algunas cucharadas de caldo, que él escupía, entre palabras incoherentes.

Apenas se entendían.

Era una frase de amor brutal, una llamada á la hembra... á *una* que no nombraba, pero que seguramente llenaba su pensamiento en aquel instante. Escupía junto con los sorbos de caldo, las palabras feroces, ardientes, las únicas que en su lengua de salvaje servían para cantar el amor, y en sus ojos abiertos, de pupilas intensamente dilatadas, y en su respiración angustiosa y en sus manos que escarbaban la tierra á uno y otro lado del colchón, aparecía la imagen de un espasmo sombrío, de unas bodas salvajes celebradas en el trance supremo de la muerte.

Algunas frases llegaban roncadas, vibrantes, llamando á la hembra.

—Ven... *Ajógame... apriétame... encimba...*

Y luego con voz entrecortada y tenue, como una reflexión, añadía:

—Jinojo! Como pesa!... Jija de la grandísima!...

El extertor ruidoso cubrió las palabras. Hubo un murmullo confuso.

La vieja, con la taza de caldo, inútil, en la mano, murmuró:

—Es el gargajillo....

Peró aun no se moría. Otra vez volvió la palabra y ahora, con las manos, acariciaba el polvo de la tierra: una caricia inconsciente, prolongada, tiernísima con delicadezas de amante.

—Más!... más... Sin mico!

Todavía siguió hablando, pero las palabras no se entendían.

Fuera de la casa, en la plazoleta inundada por el sol, un chico gritó:

—Allá viene su Magestá!

Tio Pedro se extingüía. Su cara feróz de hombre salvaje, se alargaba lentamente, parecía afilarse adquiriendo tonos y líneas de suavidad incomprensible. Era otro hombre. Entonces murmuró con voz que no era la suya, vibrante de emoción y de ánsia satisfecha.

—Polqué no allegaste de' antes?

Y ya no se entendió más. Siguió acariciando la tierra, desmenuzándola tiernamente entre sus dedos callosos.

El último suspiro frunció los labios como si besasen.

Después la quijada cayó lentamente sobre el pecho.

Entonces se oyó la campanilla del Viático y las mujeres y los chicos prorrumpieron en sollozos salvajes.

XXV

El espectáculo de la muerte había impresionado á Santiago y la memoria de aquel hombre, de aquel mudo que se transformaba en la agonía, llenaba su pensamiento.

Los ojos clavados en la bóveda azul é impenetrable, como si se obstinase en perforar el espacio, ahondando en el misterio, forjaba la historia, reconstituía los hechos ó los inventaba en una crisis romántica de su fantasía.

¡Pobre tío Pedro el de la Degollada!

¡Ninguno supo lo que calló en vida, ni lo que al morir dijo!

Para Santiago no había duda posible.

Aquella hembra invocada en el estertor afanoso de la agonía, aquella amante

fecunda, cuyas brutales caricias resucitaba el delirio, era la tierra.

La tierra ante la cual vivió en éxtasis mudo, aspirando su acre perfume, removiéndolo su seno para introducir la simiente, conmovido hasta caer de rodillas cuando surgían los primeros brotes, sintiendo su caricia ardiente cuando, tumbado de espaldas en el surco, la velaba en las noches del verano! Era ella, la hembra, la esposa invocada entre gritos obscenos, los únicos que el salvaje pudo conocer del lenguaje amoroso. Era ella la que sus manos buscaban fuera del colchón al desmenuzar suavemente el polvo del suelo! Ella por quien vivió, absorto ante su belleza infinita, ante su fecundidad inagotable, en la ignorancia de su mujer, de su familia, de las gentes, del mundo entero!

La tierra que él veía acercarse, que se arrojaba sobre su pecho, abrazándole, ahogándole en un espasmo, feroz con el cual inútilmente había soñado su fantasía de salvaje celoso. Ella la que, al fin, acudía á la cita, la que se aproximaba con los brazos abiertos en el momento

de la muerte, sonriendo con la promesa de una caricia lenta, prolongada, de toda la carne, la penetración perdurable de los dos seres hasta confundirse en un mismo polvo, en una sola materia eterna y fecunda.

—Porqué no llegaste antes?

Antes, si. Mucho tiempo la deseó. Era su ambición única. La defendía á mozos, á patadas. No hubiera permitido que otro removiese su fecunda entraña. ¡Y como rugía cuando el sol implacable rajaba su superficie como la piel blanda y fina de una doncella! ¡Y como lloraba cuando los torrentes corrían sobre ella, arrastrándola, llevándosela, rojos con la sangre de las heridas abiertas en su carne! El la soñaba bañada por el rocío de la madrugada, recibiendo el primer rayo de sol, humeante, sudorosa, perfumada, ofreciéndose toda á la caricia del hombre.

Así debió verla al morir.

—Porqué no viniste antes?

No. Aquella frase melancólica en que se fundian la vaga nostalgia de las noches en que vanamente la esperó, á la dicha

infinita de la posesión, no fué provocada, como dijeron los otros, por las palabras del chico que anunciaba el Viático. Iba á ella, á la hembra, á la tierra hermosa y deseada.

—Porqué no viniste antes?

Consuélate, pobre Pedro, salvaje enamorado, al fin llegó... para otros no llega. Tu estás en sus brazos, sientes su lenta y profunda caricia, la palpitación de su entraña poderosa, el sordo rumor de la vida que se fragua en su seno.

Tu estás, allá, en el cementerio olvidado de un pueblo de la montaña, tumbado de espaldas sobre ella, sintiéndola pesar sobre tu pecho, confundíendote con ella, besándola silencioso bajo el rayo pálido de la luna que asoma su faz sobre los castaños del monte.

Todavía en la cama, con los ojos fijos en las cañas amarillentas del techo murmuraba Santiago.

—¿Porqué no llegaste antes?

XXVI

El desencanto llegó con todos los caracteres de un desastre.

Sintió primero como deslizaba suavemente hacia el pasado, experimentando un vago deleite de que no se dió cuenta exacta. Poco á poco aumentó la rapidez, zumbó el vertigo en sus oídos, mareó sus ojos y entendió que caía en el abismo fascinador de sus recuerdos.

Volvía á su vicio solitario, á la recordación monótona y doliente de su aventura amorosa, al deseo de aquella mujer cuya imagen provocativa y burlona parecía llamarle desde lejos, riendo de sus perplejidades y de sus escrúpulos.

Desde el principio tuvo la evidencia de la caída, ya amaestrado por la vieja lucha. No dudó de su final vencimiento y, apesar

de todo, defendióse con impulsos desordenados de bestia que se ahoga, pretendiendo ampararse de la belleza del paisaje, de los recuerdos que para él guardaba, del ánsia violentísima conque lo deseó, de toda la esperanza que cifró en su influencia.

Otra vez encontróse entre las garras de la mujer, de nuevo surgían los recuerdos, evocabábase las imágenes del pasado, reconstituíanse, soldándose á pedazos, escenas enteras, produciendo el ánsia miserable de *ella*. El mundo exterior, tan hermoso como anhelado, desaparecía difundiéndose, descolorido y soso, ante las imaginaciones fulgurantes del cerebro.

Pocos días bastaron: aquella indiferencia de los campesinos ante el espectáculo de la naturaleza que tanta admiración y cólera le inspirára al principio, invadióle en algunos días. Inútilmente buscó los rincones queridos, derpertó los ecos de las rocas con voces que fingían admiración pretendiendo engañarse, gritando un entusiasmo que resultaba insostenible, frío, inverosímil como artificio teatral.

Todo en vano. La tierra, la madre tierra estaba agotada: era estéril, inútil. Era la madre vieja, que la lucha postró, que ya no encuentra palabras de ánimo para tentar con la codicia del porvenir y que se resigna á tender sus brazos abiertos para que en ellos el hijo descanse, duerma y olvide.

Aquel corto período de su vida, aquel pasado fugaz le atraía. ¿Cómo borrarlo? Mas fácil resultaba la anulación del presente, de aquella realidad siempre joven, inmutable, cantando con el rumor de las hojas y con el gorgoteo de las fuentes, vestida de verde, ostentando los alegres festones de la hiedra, coronada en la altura por el glorioso laurel. Todo aquello podía anularse, perdía miserablemente á sus ojos el carácter simbólico con que su fantasía de romántico incorregible quiso dotarlo y, cayendo en el extremo opuesto y sin poder substraerse al procedimiento psicológico que antes le engañara, veía ahora la antes seductora realidad reducida al llano arcilloso, surcado trabajosamente por el hierro del arado, necesitando el

artificial estímulo de la podredumbre del estiércol y del agua cenagosa, para dar en las postrimerías de su fecundidad, bajo los golpes del hombre, los últimos encanijados frutos de su seno envejecido. Y sin saberlo caía en el mismo vicio: en el símbolo falso de una esterilidad próxima, de una inutilidad absoluta por agotamiento de aquella tierra que imaginaba, en días no lejanos, abandonada del hombre, tendida frente al cielo impenetrable, sola, la entraña abierta, arrugada la superficie, lentamente invadida por las zarzas.

Mientras tanto y entre el desbarajuste enfermizo de sus ideas, persistía inflexible, recta y sana lo que él llamaba la *célula paterna*: un elemento psicológico que rebelde al cataclismo pasional, desligado de él, analizaba friamente todos sus impulsos y resoluciones. Era sin duda un resto hereditario del padre, siempre práctico, bien equilibrado y justo. Contra aquel juez irónico y escudriñador, que andaba en el secreto del estímulo pasional y de las acciones resultantes, no valían comedias ni fingimientos. Parecía tomar

las ideas y pesarlas, aprisionar los juicios y descomponerlos y, aun en los fenómenos más complicados, con seguridad de analítico, iba apartando unos elementos de otros, hasta llegar al móvil primitivo que era siempre el deseo insensato de aquella mujer imposible.

La voz era clara, concisa: formulaba sus conclusiones con terrible precisión llevando á su espíritu los escalofríos infantiles de las primeras faltas afeadas por la voz divina de la conciencia.

La palabra *conciencia*, antojábasele ahora un resabio pueril de su educación religiosa. Mas le satisfacía la idea de un elemento orgánico bien equilibrado, procedente del padre, independiente de la vida morbosa de los otros, refractario al contagio que le hablaba como el viejo cuando, sentados en el patio de la antigua casa, bajo la sombra del embeleso, en aquella noche inolvidable, dióle los últimos consejos antes de partir para la Península. Aun la escena se reconstituía ante sus ojos: el cielo luminoso, la sombra del árbol, el perfume acre de las *buenas noches*,

la impresión acariciante de la mano sobre su hombro y el acento grave, reposado y bondadoso de aquella voz vibrando en el silencio soberano de la casa solitaria.

Era la misma de ahora, la de siempre, la que echaba por tierra todo el artificio del pensamiento conque él mismo sin quererlo se engañaba. Le advirtió desde el primer momento de peligro: desde el punto en que cerró los ojos, ya cansado de la contemplación de la tierra para forjar la historia inverosímil del tío Pedro.

Allí estaba la tentación y no supo evitarla. Y era lo peor que ahora, ya tarde, lo conocía y, conociéndolo, sin poder resistir al deleite de la obra fantástica, más y más se entregaba al vicio solitario dominador é irresistible.

Al principio casi anduvo de buena fé: el espectáculo de la muerte del pobre bruto, inspiróle profunda piedad y, sintiéndose superior á la Pílares que hilvanaba padre-nuestros y ave-marías por el *ánima del probe difunto*, sonriendo con aire despreciativo ante aquella inocente oración fúnebre, rezó, como él decía, sin

palabras, fantaseando sobre la muerte, forjando una novela de dudoso gusto literario y recitándola, casi cantándola, en el silencio de la noche, con lágrimas y tristeza no fingidas, que, ahora, parecíanle más ridículas que las oraciones de la Pílares.

—¡Ridículo! ¡Eminentemente ridículo! exclamaba la célula paterna.

Y todo, para qué? Para sentir, cuando menos en la superficie, para satisfacer el gusto de deleitarse fingidamente con la idea del reposo eterno.

Ni él mismo acertaba á entender porque había querido engañarse con una aspiración no sentida hácia la muerte. Desde entonces, la tierra no fué para él el nido verdegueante donde su existencia había de transformarse; fué la extensión solitaria y estéril, en cuyo seno, como una herida, ahondábase la fosa prometiendo el abrazo perdurable, la caricia eterna en la paz profunda de un abandono inmenso.

—¡Ridículo!... Y además... mentira!

La voz era implacable.

¿Aspirar á la muerte?... Y toda la his-

toria de su fracasada tentativa de suicidio acudía al pensamiento. Aquella cobardía, el recuerdo del pánico y del ánsia infinita de vida que le invadió al sorber el primer trago del repugnante veneno, todo aquello, viejo y vergonzoso, resucitaba evocado por la célula paterna.

¿Si entonces, bajo la impresión reciente de la infamia, en el estupor que siguió á la catástrofe de su honra, sintió miedo, un miedo imbécil á la muerte, como desearla ahora?

Indudablemente pretendía el engaño: despertar hacia su propio padecer un sentimiento de lástima y misericordia en la célula paterna que la ablandase permitiendo á su fantasía la divagación retrospectiva de que no gozaba tranquilo, temeroso de su protesta.

No ignoraba que esto era una debilidad vergonzosa: no debía pensar en *ella* con aquel deleite nostálgico que daba al recuerdo la apariencia de una realidad de belleza incomparable. Aquellos fragmentos de su novela amañados por la fantasía eran una obra perfecta, un sueño de feli-

cidad que le alejaba de la pena terrestre y del que nunca hubiera querido despertar.

Y aquella dicha era perturbada de continuo por la voz interna: era necesario despertar, pensar en ella con ira, con desprecio, por lo menos con indiferencia; volver los ojos y el pensamiento á otra parte, al mundo exterior, á los recuerdos sagrados de la familia que surgían de todas partes, colgando de las arboledas sombrías con los nidos abandonados, murmurando en las fuentes, durmiendo en los huecos resonantes de las rocas.

Ese era el deber. Lo demás era fingimiento, hipocresía, trabajo inconfesable para buscar disculpa al deleite del pensamiento entregado á la recordación de su aventura amorosa, empeñado en cambiar el desenlace con escenas dulzonas palpitantes de arrepentimiento y de perdón.

XXVII

A veces la voz interna se ahuecaba adquiriendo tonos agresivos de mortal ironía.

---Morir?... ¡Si tú llegaras á vislumbrar la muerte por un agujero!... No; ni la buscas, ni la deseas. Tiénesle miedo, miedo profundo como el que experimentabas de niño al penetrar en una habitación oscura. Miedo al fantasma, al coco... Un miedo vergonzoso, imbécil, que no puede confesarse ni siquiera como enfermedad. No hablemos de aquello que tu sabes... ¿No lo recuerdas ó no quieres recordarlo? ¿Será preciso que yo lo diga?... ¡La *sal fumant!*... Bueno; ya veo que te decides á recordarlo. Pues, sí; no hablaré de eso: quiero hablarte de otra cosa.— ¿Sabes porque te divierte hoy la imagen

de la tumba fría?—Porque la imaginas muy lejos: porque la muerte no te amenaza ó por lo menos crees que no te amenaza.... Atiende un poco... ¿Quién sabe si te amenaza?...—Lo ves; ya estás temblando. Cálmate, hombre, no temas: mejor andas de salud y si Dios quiere, con mucho cuidado por tu parte y buen aire y mucha leche y potajes de berros has de llegar á la curación; pero porque esto crees, precisamente por eso te atreves á llamar á la muerte. No; no valen subterfugios: las cosas claritas, muy claritas. Y sino, ¿porque cuentas las pulsaciones de tus arterias y regateas afanosamente una cuando traspasan la cifra normal? ¿Porqué miras de reajo al escupir temeroso de encontrar alguna manchilla sanguinolenta?...—Chico, no te hagas ilusiones: no solo no la buscas, ni la deseas, sino que le tienes miedo. Miedo, sí; en esto no transijo. Estamos?—Pues, poco fácil que te sería satisfacer el capricho de la muerte! Cuando quieras, te aguarda. Basta una voz para que acuda; un gesto, una decisión brusca en un tiempo infinita-

mente pequeño... de un salto puedes caer en lo irremediable!—Mira... atiende y sobre todo no vayas á creer que pretendo fascinarte. Para mí es indiferente que vivas ó mueras hoy... ya llegará el momento... ni tu sabes cuando... tal vez está el fantasma detrás de tí, á tus espaldas... pero no hay que asustarse. Lo ves?... Cuenta ahora tus pulsaciones y de seguro pasan de ciento.—Atiende, chico: lo que yo quiero es que no finjas, que cese ese clamoreo hipócrita, esa exposición de lástimas con lo que buscas una disculpa para volver á *ella*, para no negarte el placer glotón de *ella*, como los condenados á la horca que piden champagne y huevos fritos y cigarros de la Habana una hora antes de ir al palo.—¿Qué eres desgraciado?—Ya lo sé: bastante te lo dije cuando la cosa pudo evitarse. Sí; soy el mismo, la misma voz que discutía contigo la decisión del matrimonio. Aquellas cartas que te llegaban de Atlántica, yo las dicté, yó, tu padre, que ahora vivo en tí y funciono en una célula de tu cerebro no contagiada por la enfermedad psicológica

de tu yo...—No me entiendes?—Bueno; pues entonces la cosa pudo evitarse; ahora solo hay sitio para la resignación. Hay que mirar estas cosas con sangre fría. Por muy desgraciado que seas, no encontrarás ante mi justificación para transacciones indignas en asuntos de honra. ¡Lo irremediable, chico, lo irremediable!

XXVIII

—Bueno. En eso estamos conformes. Venciste por una vez la tentación y no he olvidado un solo detalle de aquella prueba. Ella te escribía desde Buenos Aires: una por una puedo repetirte sus palabras; pero es inútil. Tú, como yo, las recuerdas.... sobre todo el final, aquella frase que te pareció sublime y con la cual expresó acertadamente la realidad... «No puedo ser tu esposa, muy bajo caí. ¿No podría ser tu esclava? A tí que eres bueno, grande y generoso, á tí clamo desde el fondo del abismo»... La frase es digna de tí, romántico de nacimiento! Tal vez es tuya y ella la aprendió y ahora te la devuelve. De todos modos hay que confesar que la

tentación era fuerte... daban ganas de tender la mano y, sin embargo, venciste. Venciste por completo; porque después de muchas tentativas literarias renunciaste al goce supremo de contestarle. Hiciste bien, aunque confesándolo todo, en ello influyó mucho,—sí, mucho,—la circunstancia de no haberte contentado ninguno de tus borradores. Bueno; de todos modos triunfo fué. El silencio! No hay mejor medio para cortar. El cuchillo corta de un golpe y sin ruido. En cambio la sierra grita, ruje y hace poca obra; dá tiempo para arrepentirse y deja incompleto el corte.... Bueno; ya sé que estas imágenes no son del mejor gusto; pero tu tienes la culpa que me extravías y contagias. Lo que quise decirte es que no hay motivo para tanto orgullo al recuerdo de aquella victoria; siempre la citas como un triunfo sobrehumano sin pensar que alguna parte en él me corresponde. Sin mí, que hubieras hecho? Sin mi voz que sermoneaba de día y de noche tal vez hubieras sucumbido. Todavía estoy ronco. ¡Ay de tí si caes en la tentación de contestarle! Carta

tras carta; palabra tras palabra, ella humi-
llándose con el instinto infalible de la
hembra pecadora, tu cediendo á tu apetito
sensual y disfrazándolo con frases alti-
sonantes de misericordia, hubieran llegado
á una parodia sacrílega y ridícula de Cristo
y la Magdalena.—Mira, muchacho, Dios
puede perdonar á una mala hembra; pero
el marido tiene que dejarla seca de un
golpe. No es que insista en que la mates,
nó; prefiero esto: el olvido, el desprecio,
la ignorancia absoluta de su existencia.
Esa es la perfección. Las cosas no pasan
en el mundo como en los dramas en que
es necesario un desenlace de efecto que
provoque la emoción, las lágrimas, el
aplausos. Yo no estoy por eso; aquí nin-
guno ha de aplaudir ni ha de silbar: yo
soy el único espectador. Pero ya que
transijo en esto, no pretendas engañarme
de nuevo: no me digas que no la matas
porque ignoras su paradero. No; tu sabes
que ha vuelto á Barcelona: lo sabes por
aquella carta de Juan Ruiz que tu mismo
provocaste con refinada malicia y él escri-
bió con el placer inmenso del que dá una

mala nueva. Hasta sabes la dirección de su casa.... «Fernandina 8, 3.º».... Pero, chico, creías de buena fé que yo' ignoraba esto?

XXIX

—Ese es un peligro, el mayor de los que te amenazan, porque tu sainete,— vamos, tu drama,—ha recuperado la unidad de espacio perdida por algún tiempo: puedes moverte en el mismo escenario que ella cuando quieras; bastará que te decidas. Mas de una vez pensaste en ello, ideando, para ocultar el verdadero y vergonzoso estímulo, un tardío impulso de ira y venganza que te arrastraba á la calle de Fernandina y te ponía en acecho en el portal para sorprenderla y matarla. No te disculpes... no es necesario... ya sé que has desistido; pero al desistir lo hiciste porque todo ello resultaba muy burdo y tu atrevimiento que llega á tanto en materia de hipocresías, no pudo llegar á esto. Porque discutes, hombre? Ya te dije que

no es necesario: tú y yo estamos convencidos de que tu fibra no es de la madera de los Otelos y de que si en un drama se rompe la unidad de tiempo no hay zurcido que lo remedie. Ya es tarde para la violencia, para la estrangulación oteliana: irías entre agentes á la cárcel, de allí al palo... no habría abogado que te sacara absuelto. No está el peligro en que la mates. Donde está es en que sabes su paradero y en que la desees. Ahí está el peligro. Y tú lo sabes como yo y pretendes engañarte y engañarme. Engaña te enhorabuena, con tu pan te lo comas; pero conmigo todo eso es inútil. Desde ahora te lo advierto: vas por camino resbaladizo y pendiente, no subes que bajas, y abajo, en el fondo, está ella. Y no es eso lo peor.... hijo mío, escúchame; te lo ruego... es por tí, por tí, por lo único que de nosotros queda en la tierra... vamos... no llores.... escucha, chiquillo....

—He de decírtelo... sigue llorando, así, tranquilamente.... Eso no perjudica á tu salud... al contrario... Vaya, cálmate y escucha. Lo peor, hijo mío, es que ella no

habla: eres tú el que pones las palabras en su boca, las que más te seducen, las que expresarían un arrepentimiento seductor y poético. Tú, el que finjes su imagen y la pones de rodillas con los brazos elevados á tí, los ojos á la altura, los labios crispados por el ánsia del perdón. Tú, el que clavas en su alma el sentimiento de ternura infinita, de dolor inmenso de haberte ofendido, el propósito tenáz de la enmienda, el asco del pasado, el hambre y la sed insaciables de humillaciones revolcándose á tus pies en crisis formidables de pasión. Tú, el que forjas el milagro conmovedor y poético del arrepentimiento, de la misericordia y del perdón. La creas!... Y eso solo Dios puede hacerlo... la creas á tu imagen y semejanza. Peor aun: á imagen y semejanza de tu deseo. Nada de eso existe; es sueño; es engendro fantástico de tu imaginación, es la nostalgia empalagosa del bien perdido, que es bien por lo mismo que se perdió. Es lo que tantas veces cantaron los poetas en toda clase de metros; una idea, por repetida, vulgar y sosa y que sin embargo es la

verdad eterna: el encanto de la ilusión que se desvanece al tocarla. Casi pudiera decírtelo en verso; pero así, en prosa, me parece bastante claro. Nada de poesía! La poesía es un artificio, es el triunfo de la forma sobre el fondo, de la palabra sobre el pensamiento, es un petardo que penetra en la alcoba de las doncellas con la apariencia inocente de un cilindro musical, es un veneno desleído en jarabe simple. La idea en los poetas está supeditada al ritmo, á la medida... verdad que no cabe en el litro poético se suprime ó se sustituye por una mentira de menor volumen. Muchas veces la idea nace de las exigencias del consonante y es su sola justificación.... Lo ves? Ya estás pensando instintivamente

que sería obra divina
el salvar á tu Joaquina!...

pues como yo te dejara llegarías á creerlo arrastrado por la fuerza del consonante! Todo eso es ridículo, hijo mío; todo eso es inconfesable! Y yo quiero para tí la *verdad purita*, como dicen tus paisanos, luz que ilumine tu pensamiento y te per-

miña ver lo que pasa en derredor. Mira á la tierra: aquí hay belleza soberana; á esta realidade vá pegado el recuerdo de tu niñez, el de los tuyos, de nosotros que no te abandonamos. Goza con todo esto, goza que hay materia sobrada para el placer y estímulos para la ficción inocente. Fragua tu novela con estos elementos familiares, resucítanos, evócanos... allá está tu madre esperando el conjuro, tus hermanitos acechan desde el hueco fresco y sombrío del bosque... puebla esta soledad con sus figuras, rompe este silencio con sus voces... No estás solo, hijo mío, no estás solo. Hasta tu abuela, la adorable viejecita, acude prendida como un zarcillo al brazo robusto del gastador á contarte las cosas del tiempo viejo, á adormecerte con sus canciones... aquellas canciones francesas que ella *chapurreaba* grotescamente para hacerte reir..... ¿Recuerdas cuando con voz temblorosa de cabra desdentada te dormía cantando *la Marsellesa*? El viejo Bourdón le hizo creer que era el trisagío en lengua de franceses. Ahí tienes héroes para tu novela, estímulos para una

acción dramática natural y sencilla, sin esas complicaciones psicológicas que á nada conducen. Ven á nosotros y cesa de evocar la imagen de esa mujer perdida para siempre y que al resucitar en tu memoria aparece en camisa... si en camisa! Es inútil que me lo niegues y te enfurezcas... En camisa! ¡Tal como la recuerdas, tal como la deseas! Bueno, bueno... emplea tu furia en romper avellanas... todas están huecas, vacías... no hallarás una sola con semilla... todas vacías como tu mujer. Arráncale la camisa, desgarras su carne, rómpele el cráneo... ¡Ni una idea!... Nada, nada... cáscara, toda ella es cáscara... Dentro, el vacío... un vacío espantoso!

XXX

Hasta el tiempo fué cómplice en su caída: un levante, digno de los desiertos africanos, que le redujo á la inacción.

Como siempre *reinó* tres días.

Desde el anterior, *viólo de venir* el patriarca. La *barra*, aquel amontonamiento de nubes grises que formaban como un toldo en el horizonte por la parte de la costa, sobre la ciudad atlántica, borraré lentamente, y á la puesta del sol, desde la era, descubriase la bóveda celeste sin una nube, tersa y mate con tonos rojos de incendio, extendiéndose límpida y uniforme desde la cordillera al mar.

Ni un soplo estremece las hojas; la arcilla se resquebraja sedienta; los rayos

implacables del sol caen á plomo incendiando el polvillo de la atmósfera turbia y sotocante; mugen á intervalos las vacas desde el hueco sombrío de los establos, tumbadas sobre el estiércol; enmudecen los pájaros en el barranquillo; crujen las maderas con bruscos chasquidos; humea la paja amenazando arder, y los hijos de Abrahan, tumbados de espaldas en el suelo, los ojos medio cerrados, bajo la sombra protectora de la granja, dormitan vagamente arrullados por el zumbido de las moscas que revolotean en un rayo de sol que se cuele curioso por las rendijas de la puerta cerrada.

Los objetos se divisan como á través de un tul que atenúa sus tonos y difunde sus contornos: los picos de la Cumbre parecen perder en la altura su dureza de roca, adquiriendo aspecto de humo violáceo que flota sin deshacerse en la atmósfera inmóvil y dormida.

Quema el aire al respirar produciendo las angustias de la asfixia, y la tierra tiene irradiaciones de horno caldeado. En aquel medio irrespíral, todo calla y duerme:

los árboles con su lácio ramaje, los insectos escondidos en el rastrojo, los animales tumbados en los establos, el patriarca y su prole indiferentes y resignados, durmiendo sin soñar, como las bestias, rumiando como ellas la fruta, para matar el tiempo, sin una palabra, sin un pensamiento.

Allá en el barranquillo, en la cueva, sobre la presa arruinada, entre los culantrillos y helechos por donde eternamente resbalan las gotas de agua, que filtran al través de la entraña del monte, Santiago, más solo que nunca, en la inmovilidad de todas las cosas, sucumbe á la tentación y se sumerge, saboreando su hundimiento en la honda fascinadora de sus recuerdos.

Todavía el incorregible romántico pretendió embellecer su caída; aún buscó en el mundo exterior tan despreciado, símbolos para justificarla. Todo le empujaba al abismo de su pensamiento.... apenas arriesgábase á la contemplación de la naturaleza, el hálito caldeado, implacable de la atmósfera le arrojaba adentro, al

lecho de hojarasca, á la atmósfera fresca, al hueco húmedo y sombrío de la caverna, que era como condenarle al soliloquio, empujarle al pasado, al fondo misterioso del pensamiento, como los miserables renacuajos que subían del seno de la charca con rápido movimiento de su cola diminuta, rompiendo el haz del agua verdosa en círculos concéntricos, cada vez más amplios, cada vez más tenues y heridos por la luz y el fuego se sumergían de nuevo buscando el fondo tranquilo, solitario y apartado para dormir... ¡quien sabe si para soñar!

—Idiota! gritóle la célula paterna, hipócrita, imbécil!

—Eso y mucho más, sigue, sigue.... murmuró *el otro* cuando Santiago se tumbaba sobre la hierba.

—Sin vergüenza!

—Mejor... sigue, sigue....

Y al cerrar los ojos, combinándose con la grata impresión de frescura y humedad, creyó oír, viniendo de muy lejos, con acentos triunfales, como un canto de victoria, el galope sonoro de las campanas,

voceando en la altura, cubriendo con su vibración creciente cada vez más próxima, cada vez más estruendosa la vocecilla enronquecida ya colérica, ya implorante de la célula paterna.

Santiago acompañaba á la Pilares.

Iba ella á *mercar* huevos y él decidió de pronto, sacudiendo la pereza, al verla subir por el sendero de los castaños.

—Vas lejos?

—Aquí *trasito*, respondióle, á casa la *Vinculáa*.

Aunque no tan próxima como ella decía con su gráfico diminutivo, veíase la casa desde la era á no grande distancia con su amplio corredor de nogal oscuro, sus paredes blanqueadas y su tejado rojo. Aquello constituía el vínculo de donde nació el mote que le servía de nombre y apellido. Apenas si la vieja, que tuvo fama de guapa y traviesa, recordaba su poético nombre de Beatriz; en cuanto al apellido ó nunca lo supo ó lo olvidó por inútil.

—Fué una mujer del demonio! solía decir el tío Abrahan. Ahora nenguno la conoce... ya está muy quebrataa.

Desde la era, en aquella región solitaria y silenciosa, percibíase llegando del Vínculo, confusa algarabía de gritos, maldiciones y sollozos que los perros reforzaban con sus feroces ladridos. Santiago no conseguía entender las palabras: todos hablaban, maldecían y se lamentaban á la par y las voces guturales resultaban más roncadas é inteligibles por efecto de la cólera y del dolor; pero por encima del salvaje vocerío, surgía á veces vibrante, á veces enronquecida, saltando de la tesitura más alta á la más profunda con verbosidad atropellada é inagotable, una voz que la Pilares reconoció por la de la Avinculáa.

Era ella, la temible vieja. Veíasela en la plazoleta, alta, flaca, los cabellos en desorden, los brazos tendidos al cielo, escupiendo el discurso de sus rencores á la cara de un pobre hombre regordete, con amplias *nagüetas* por calzones y chaleco negro abierto sobre la camisa. A veces los brazos descendían, las manos se

agarraban al chaleco del mozo y mientras lo sacudía ferozmente, cara á cara, próximos los rostros hasta tocarse, continuaba echando afuera el chorro irrestañable de su palabra. El otro parecía defenderse tímidamente, sin duda acobardado, desinclinando, como argumento supremo; con gesto tenáz el cuerpo de una muchacha tendida en tierra junto al dintel de la puerta; el pañuelo de la cabeza atraído sobre los ojos hasta esconder el semblante, en ademán de grave pesadumbre.

La Avinculáa reñía con su yerno, ¡probe *Eisidro*, casado con la Juana María, su hija, habría poco más de seis meses. Argún *pique* por custión de interés en que el disgraciao salería con la de perder. ¡Y que palabrotas usaba la *endina*! Era cosa de taparse los *oidos*. ¡Vaya un deshonro!

Santiago empezaba á entenderlo, ya próximo á la casa; pero en tal punto y por el hecho de su llegada, cambió la escena, pues Isidro sintió vergüenza de tener miedo ó creyó encontrar en ellos ayuda y, sacudiéndose bruscamente de las

garras de su suegra, emprendió la retirada alzando por vez primera su voz:

—Pos si es tan güena, ahí le quéa, que yo por mi vera no la quio ver!

—Más güena que tú y que la chuta tu madre y las tres chutas de tus hermanas! Mardecío sea er momento en que la vediste y la sacaste de esta casa honráa....

Y con acento desgarrador que parecía romperle la garganta, estirando las sílabas concluyó:

—Jambróoon!!

El mozo á prudente distancia buscó por algún tiempo una injuria con que contestarle y al fin sin encontrarla murmuró débilmente.

—Jambrona ella!

—Yo jambrona? Cuando me mataste la jambre? rugió la vieja dando un salto gigantesco mientras él otro retrocedía. ¡Haberase visto mayor farsario! ¿Yo, comer de lo tuyo?... Tú, y tóo lo tuyo no lo quiero ni pá esto!

El ademán remataba la frase completándola: un ademán soberbio, amplio, abarcando furiosamente el espacio.

—Pos yo á su jija.... y á vusté... pá lo mesmo.

Y el pobre Isidro pretendió repetir el gesto, volviendo torpemente las espaldas. No lo había aún terminado, cuando ella corrió furiosa, y él al sentirla cerca, perdido el ánimo, echó á correr á campo traviesa.

—Gallina! Juyes de una probe mujer á quien insurtas!... ¡De tu propia madre!

—Madre de la puyísima de su jija! gritó Isidro sofocado y ya á larga distancia.

—Aspera, descastado, aspera!

Y furiosa comenzó á recoger guijarros y á lanzarlos con desordenados movimientos.

Isidro, ya en salvo y recobrado, detúvose un momento y desde el filo del monte le gritó:

—Arpida!

Y seguía alejándose.

—Lairón! Indecente lairón!.... Estropajo!

Tornó Isidro á detenerse y desde arriba gritóle pausadamente:

—Salapastrosa!

—Güerve pá cá, asqueroso... jijo de la grandísima chuta!

Otra vez detúvose el mozo gritándole con reposado acento:

—Ana Bolenal!

Sin duda aquello era más de lo que la vieja podía resistir: corrió trás el mozo y cuando se convenció de la inutilidad de su tentativa por alcanzarle, pues él no se detuvo á esperarla, plantóse de pronto, volvióle la espalda, inclinó en arco el espinaso y con ambas manos levantóse las faldas que se arremolinaron sobre la cabeza.

Así estuvo por largo tiempo.

Él desde muy lejos exclamó:

—Púuum!.... Destúpanla!

La Avinculáa con el rostro amoratado por la violenta posición, pero sonriendo satisfecha, tomó lentamente el camino de su casa, murmurando:

—Güervel... Güerve por otra!

Todavía, al llegar al grupo que Santiago y la Pilares formaban con la triste Juana María, murmuraba la misma frase; pero

entonces, al tropezar con ella en la sala adonde la habían conducido junto al viejo inválido, comenzó de nuevo á desahogar su cólera.

El marido, con las piernas inútiles, sentado en el suelo, con el ancho cuchillo de labranza en la mano separando las hojas de millo propias para torcer el cigarro, suspendió su obra de todos los días mirándola melancólicamente con sus ojos llorosos ribeteados de rojo. Desde muchos años se entretenía en la misma obra.

Ella, la Juana María, era la *culpanta* de todo aquel escándalo. La muy pedazo de boba le había contado al Eisdro que habida tenía un jijo de antes de casarse.

—Pero que tentación der démonche te obrigó á eso? Es tu confesor por si acaso? gritábale mientras la otra sollozaba convulsivamente. ¡Anda, levanta la cabeza, responde! Pá que se lo dijiste?

Al fin; la Juana María confesó entre sollozos.

El andaba muy apenao porque no tenía un jijo.... y le echaba á ella tóa la

curpa... y ella, al fin, aburría... pos náa... que se lo soltó.

—Ay, perdóneme, señora madre!

—Estúpia! gritó la vieja con profundo desprecio. ¿Esas cosas se dicen?—¿Qué farta te hacía el decirlo? Yo tuve cuatro de antes de casarme y en jamás de los jamases se lo había dicho á tu padre hasta la presente. ¿No es verdad, compañero?

Santiago dió un salto: vió el drama, lo fabricó de un golpe. Imaginó que los ojos del viejo, fijos con asombro inaudito en la endemoniada hembra se inyectaban en sangre, que el cuchillo se afanzaba en la mano vengadora, que las piernas inútiles adquirirían movimiento y que el viejo, casi un cadáver, resucitaba para lanzarse sobre la mujer que le había engañado por toda su vida. Casi estuvo por interponerse.

Pero todo se limitó al asombro del viejo: un asombro inaudito que le hizo suspender su obra eterna para concentrar todas sus energías en la contemplación estática, casi admirativa de su mujer, y solo pasado mucho tiempo, en el silencio profundo de

la estancia, su boca que ya no le servía sino para comer, abrióse lentamente murmurando con acento de asombro imposible de traducir:

—¡Vaya un sigilo de mujer!

XXXII

Y después de todo, tal vez el viejo tuviese razón. ¿Qué podía importarle, ya enclavado en tierra, en las postrimerías de la vida, la confesión de su compañerita? En cambio ¡que admiración, que asombro tan profundo al imaginar la reserva prudente y sostenida de aquella mujer!

Sin duda le aparecía más grande, más temible que nunca y más digna de su obediencia y admiración.

Había que desengañarse y abandonar muchas ideas rancias. En aquellas alturas la moral no era la misma que en las ciudades: la falta de Juana María era un pequeño accidente de la mocedad del que pocas chicas solteras escapaban.

Así lo decía la Pilares, comentando el caso, sin melindres de doncella, citando

nombres de mujeres y galanes rústicos que después eran modelos de casados. No eran todas, nó; había sus *decepciones*, como dijo enfáticamente: muchachas que se casan *de muy nuevas* y otras que no transigen con esas desvergüenzas; pero *acomparadas* estas con aquellas más eran las pecaoras que las limpias de conciencia. Ella nó; eso nó. ¡Bueno era el señor padre pá juegos! Cuando su hermana Antonia era *moza* hablaba con su novio delante de toos y la caja de Indias por medio. Ella nó... ni lo jacería jamás nunca por náa... Y buscando un término de ponderación con que afirmar su honesto propósito, añadió después de una pausa:

—Ni por milienta pesos!

Habían traspuesto la era y allí en el arranque de la vereda que conducía á la casa, contemplábala Santiago tumbado sobre las raíces de un castaño, mientras ella permanecía de pié, hablando serenamente de aquellos escabrosos asuntos.

—La moral! pensaba sin dejar de mirarla. Esta es una moza honrada y sin embargo calcula su resistencia por pesos.

No encuentra mejor unidad de medida. Cuantó caben dentro de su honradéz?— Tal es la cuestión.

Y lo dijo con tono digno de Hamlet; pero apenas había terminado su alarde Shakesperiano, cuando la maldita célula paterna le gritó desde dentro con despre- cio aplastante:

—Pedantón cursi! Hamlet de pega!... Hipócrita!... Ya te veo amañando argu- mentos para la batalla decisiva. Ya habla- remos... ¡Mejor tomaras ejemplo del pobre Isidro que devuelve con rústica dignidad el género podrido que por bueno le entregaron!

Pero era mal día para la célula paterna. Precisamente la Pilares analizaba la con- ducta del mozo.

Era cosa clara: aquel Isidro, regordete, y sin bríos, tenía una *cubicia* insaciable; quería su tajada, un cacho de tierra y por eso armaba el escándalo. Lo más que él sabía! Pos si lo sabían jasta las piedras! Y se había hecho el inorante pá hora sacarlo á relucir. Ya se acallaría y torna- ríala á tomar por compañera cuando los

viejos le entregaran la hacienda que esperaba heredar. No era más que eso... más náa.

La Pilares se complacía regocijadamente en aquellas historias; habíase sentado en una piedra frente al amo y con una pierna cruzada sobre la otra, el codo en la rodilla y la barba descansando en el hueco de la mano, contaba gran número de aventuras de la misma especie. Pero siempre volvía á lo mismo: á la admiración respetuosa hácia el sigilo de la Avinculada para cometer sus cuatro pecados... ¡cuatro nada menos, Don Santiaguito!— sin que ninguno se percatara del caso y mantenerlos en reserva por tantos años. Era una gran mujer, una mujer del demonche como decía el señor padre.

Y quedóse pensativa.

Mientras tanto era ya entrada la noche y allá en el horizonte de la costa surgía el disco pálido de la luna. Abajo, en el barranquillo comenzaban las ranas su concierto nocturno y de todas partes brotaban las notas estridentes de los grillos. Soplaba á intervalos y sin violen-

cia el airecillo caldeado estremeciendo las ramas de los castaños con prolongado escalofrío que se alejaba, perdiéndose y apagándose hasta morir en las lejanías del bosque.

Entonces fué cuando, en el silencio de la noche, viniendo de allá, de muy lejos, percibió Santiago un rumor confuso, monótono, como fragor eterno y clamoroso que no acertó á definir. De nuevo soplaba la brisa y el crujido de las ramas y el estremecimiento de las hojas con su apariencia de ola que se acerca y llega y revienta para después retirarse y perderse, sorbida por la inmensidad oceánica, cubría la voz misteriosa que resurgía otra vez al entrar el bosque en la inmovilidad y el silencio nocturnos.

No era la vez primera. Otras noches, como aquella, había escuchado aquel lejano clamor semejante al golpe de un molino cuya rueda girase eternamente impulsada por un salto de agua; pero venía de muy lejos, parecía brotar del horizonte y á juzgar por la distancia tratábase sin duda de un fragor formidable y

no interrumpido, de un algo eterno resonante, que hablaba al espacio mudo y atento en la sombra inmensa de la noche.

—En qué piensas? preguntó á la Pilares.

El perfil de la muchacha dulcificado por la luz de la luna, destacábase con poética vaguedad, el rostro apoyado en la mano, el codo en la rodilla, en actitud pensativa.

—Pienso en la Avinculáa, respondióle gravemente. Es mucha mujer. Mire su merced que tié mérito el jacer esas cosas sin que nenguno lo percate. Tal vez que los echara al torno... tal vez que los enterrára...

Santiago sufrió un desengaño: por un momento la había creído más cerca de él. La Pilares seguía impresionada por la astucia de la vieja; ninguna de las voces nocturnas había llegado hasta ella. También aquella era hueca, estaba vacía como las avellanas del *tanque* verde y además... ¡era necesario confesarlo!... no usaba medias.

Y seriamente pensó en aquel detalle que desde el primer día le había moles-

tado. Nunca pudo soportar una mujer sin medias. La otra... la suya...

De nuevo en el silencio, del fondo del abismo, del seno de lo desconocido, surgía el clamor misterioso, el golpe colosal y resonante apagado por la distancia.

—Escucha... ahora se oye claramente... un hervor lejano, profundo... como un trueno que no se acaba.

—Pos no siento náa.

—Atiende. Ahora nó. Cuando pase la ráfaga de viento... Espera un poco... Ya llega... Ahora!

Sus cabezas casi se tocaban al prestar oído con el cuerpo inclinado hácia adelante. Santiago le había tomado ambas manos como si quisiese con su contacto imponerle una atención prodigiosa.

—Será el salto de agua de la Tejeda.

—No; otra cosa será. No suena por la parte de la Cumbre... Llega de abajo... del mar...

—Pos será el mar! dijo ella con acento de triunfo. El mar que se oye de toas partes, jasta en la propia Cumbre. Es un trueno sordo... sordo... Eso mesmo!

Se habían separado.

El mar! La batalla eterna de la ola contra la piedra, el choque gigantesco y no interrumpido que se resuelve en espumas, el monstruo que socava el granito y abre cavernas inexploradas en la entraña de la roca y por ellas se mete con vibración formidable que se comunica leguas y leguas de distancia. Es él! ¿Cómo no lo conoció antes? Es la voz clamando del fondo del abismo, el alarido del monstruo, un clamor compuesto de gritos de furia y cólera, de lamentos y sollozos de cánticos y carcajadas, de caricias y golpes. Tal vez allí resuenan y le hablan las voces de los suyos, de los míseros ahogados cuyos cuerpos guarda el abismo. Tal vez sus despojos fueron impelidos por los medrosos subterráneos abiertos en la tierra .. tal vez sus huesos golpean furiosamente contra las paredes de granito, debajo de sus piés, llamándole, atrayéndole, fascinándole!...

—Vaya unas tonterías, exclamó Santiago poniéndose en pié. ¡Maldita fantasía de romántico! Vamos, Pilares.

Y emprendieron el camino de la casa: ella delante, él detrás.

—No tienes medias, pensaba. Eso es una porquería.

Y las de la otra, las de la suya, unas medias negras con espigas de oro, sujetas con broches metálicos por encima de la rodilla, le torturaron por largo tiempo.

XXXIII

Por aquellos días el paisaje cambiaba de aspecto.

Castaños y nogales perdieron su verdor y las ramas desnudas dan al bosque el aspecto de una bahía petrificada donde se pudre la flota vencida, ya inútil, con su laberinto de mástiles desmochados, sin velas ni gallardetes que ondeen orgullosos al aire. Amontónanse las hojas secas y arrugadas en el suelo crujiendo ásperas al paso de los caminantes ó arremolínense súbitamente al soplo de la brisa y allá en el barranquillo resalta la mancha más que nunca verde de laureles y helechos que el rocío de la mañana y los chubascos hacen brillar con tonos deslumbradores.

En las tierras de labor brota con ímpetu poderoso la cosecha temprana de

papas y millos que ponen ráfagas de esmeralda y azul sobre el fondo rojo de la arcilla; cúbrese los secanos estériles de hierbas y florecillas silvestres y los mismos peñascos ennegrecidos desaparecen bajo alfombra de musgo que toma tintes violentos de cardenillo.

La tierra parece sudar: su hálito vaporoso brota del seno húmedo y rojo cerniéndose como leve niebla, rastreando por la superficie, y se percibe su olor acre de arcilla mojada, de cántaro nuevo al contacto del agua. Las fuentes gorgotean con mayor premura, con voces monótonas y cavernosas, aumentado el caudal de sus aguas, y por todas partes, de todas las grietas del barranquillo, filtran, vacilan y ya caen, ya resbalan gotas é hilos cristalinos que engrosan el arroyuelo y apresuran su paso tardo y silencioso antes, poniendo en cada guija un copo de espuma y despertando en cada salto y en cada rinconada el bullicio risueño de su voz.

El invierno empieza; pero el invierno atlántico. Una segunda primavera en que la tierra palpita al contacto de las lluvias,

se estremece á la primera impresión de frío y se arrebujá bajo un manto de terciopelo verde donde berros, ñameras y culantrillos se estrechan y confunden.

Sobre todo, la bruma comunica al paisaje un aspecto extraño, casi fantástico.

Llega con los fríos de la madrugada, por encima de la era, lentamente empujada por la brisa desde las regiones del Norte; acumúlase sobre el ramaje pelado de castaños y nogales; préndese y desgárrase en ellos dejando flotantes jirones como velas rotas del buque naufrago; filtra al través del laberinto de mástiles desolados; ciérnese vacilante sobre el vallecillo y al fin cae pesadamente, cae hasta inundarlo. Primero es un velo tenuísimo, humo que rastrea sobre las lomas; después se espesa en copos blancos, toma cuerpo, rompe los diques como un torrente y en su seno desaparecen tragados bosques y montes, tierra y cielo.

Pero *aquello* se mueve, camina arrasándose pesada y lentamente, aun apareciendo inmóvil á los ojos, y de pronto surge inesperadamente á corta distancia,

donde menos se sospecha, un tronco de castaño negro y retorcido, como un fantasma que corriese desgreñado y amenazador á impulso de cóleras sobrenaturales, un peñasco suspendido en la altura, en los aires, como desgajado de su alvéolo que parece precipitarse al abismo, ó el perfil lejano de las Cumbres, un pico aislado, remedando la silueta de una isla que surge del seno de los mares. Así aparecen los objetos al través de un desgarró de la bruma; luego el desgarró se suelda y todo se hunde en su seno impenetrable.

Aquel espectáculo provoca una sensación indefinible de aislamiento, de abandono irremediable y pavoroso en el centro de un espacio sin límites. Es como mirar el mundo al través de un cristal deslustrado. Instintivamente surge el deseo, la necesidad de levantar el velo ténue que sustrae la visión de la realidad, de dar límites al espacio, de romper violentamente el misterio, de sacudir la onda sutil é invasora. Es una sensación imbécil de angustia, una asfixia de los ojos que

sienten, como los pulmones la del aire, la necesidad de la luz.

La situación favorece los extravíos de la fantasía.

Sumergido Santiago en el seno de lo invisible, siente sin verla la realidad muda que le rodea, que está en acecho paciente é inmóvil. ¿Quién puede saber lo que se fragua bajo la bruma? Tal vez algo se acerca por el camino ó sube del abismo ó cae de la altura. La piedra y el árbol ocultos adquieren proporciones de monstruos invisibles y mudos que le acechan tal vez á corta distancia: un precipicio le aguarda, quizás se abre á sus pies; y la grieta amenazadora aparece como algo vivo, como una boca desmesuradamente abierta en espera de su cuerpo.

En medio de todo, la situación tiene sus encantos: experimenta un goce extraño al perder la noción de las cosas, al sentir como su propio ser se difunde en la neblina, en aquello vago que flota, tan sutil y ténue que escapa entre las manos y que, sin embargo, resiste rebelde y tenaz como las ficciones de una pesadilla.

Santiago recordaba uno de los juegos favoritos de su niñez, cuando cubiertos los ojos con un pañuelo, llevábale su hermana de la mano por la casa de los Bordones, describiéndole con charla pintoresca las maravillas del país encantado por donde fingía conducirlo, toda una realidad fabricada por la chica y aceptada por él seriamente, un viaje fantástico á través de galerías subterráneas, anchas escaleras, puentes levadizos, mazmorras y pasajes secretos, que terminaban prosaicamente al quitarse la venda en el corral que imaginó campo de torneo ó ante el pesebre que pensó blando lecho de amores. Aquel brusco contacto con la realidad siempre le hizo daño.

La sensación de ahora es muy semejante.

Está en lo alto de *la Degollada*, en el filo del monte por el cual serpentea abierto en la tierra colorada el camino que conduce á San Isidoro: á sus pies se abre el abismo, la tierra se hunde bruscamente como cediendo á un tajo colosal, para tenderse en el fondo en leves

ondulaciones hasta el lejano caserío del Pino.

Es un espectáculo hermoso el que se descubre en días normales desde el balcón de la Degollada: las tierras de los *Arbejales*, allá abajo, divididas en microscópicos cercados donde verdeguea el maíz ó azulea la rama de las patatas, las casitas de labor con tejado rojo y galería de nogal, las cocinas negras, la senda polvorosa resguardada por murallones de piedra que, ya blanqueando bajo los rayos del sol, ya escondiéndose bajo el ramaje de los árboles se estrecha, adelgazándose, consumiéndose hasta agotarse en el Pino, un grupo de casas blanquísimas entre las cuales surge una torre grís y puntiaguda. Detrás del pueblo se levanta Ossorio con su cono rojizo y sus faldas cubiertas por el verdor del bosque; más arriba, casi enfrente de la Degollada, descúbrese en la lejanía de un cielo transparente la masa formidable de las arboledas de Doramas, asomándose y desgajándose sobre el barranco de la Virgen y, siguiendo á la izquierda para cerrar el espléndido

panorama, los campos de *Vallefrío*, em-
pinándose bajo el manto de sus brumas
eternas hasta el filo de la cumbre por
donde asoman los primeros ejemplares
del Pinar.

Todo esto existe; pero sumergido,
oculto por la bruma invasora que flota á
los pies de Santiago; solo á su derecha
sobresale el caperuzón granítico del Ga-
llego por cuya base la bruma, en girones,
rastrea. El silencio es profundo: una calma
solemne que no interrumpen la ráfaga de
brisa, ni las sacudidas del ramaje, ni el
murmullo del agua. Muy lejos, percíbese,
sin que pueda saberse fijamente de donde
brotó, una armonía bárbara, tres notas
plañideras, arrancadas sin duda por algún
pastor á su flauta de caña, que se repiten
monótonas y tenaces. De vez en cuando
surge del abismo un grito prolongado y
lamentoso, un nombre cuyas sílabas fina-
les se estiran y el eco prolonga á lo lejos.

El que llama permanece invisible: es
una voz del abismo.

En aquel medio fantástico, Santiago
piensa en *ella* como siempre. Desde el día

en que sacudió el yugo de la célula paterna permitiéndose el goce incomparable del recuerdo, sus ideas se han modificado mucho. Ya no le basta la resurrección espiritual de sus amores; un deseo, al principio vago, cada día más claro y terminante le domina: el deseo de recuperarla, de aislarla del mundo y, huyendo de los convencionalismos sociales, intentar una suprema regeneración.

La aventura de la *Avinculáa*, dióle armas formidables para el combate decisivo que presentía inminente con la voz interna: armas primitivas de salvaje, pero que era necesario esgrimir si había de ser *práctico*. La palabreja le sonó muy bien: era necesario ser práctico, vivir en la tierra. Y aquel romántico de nacimiento creyó haberse convertido en un positivista frío y calculador y haber adjurado de su dogma con solo pronunciar una palabra.

—Nada hay absoluto en materia de moral, pensaba seriamente. La moral á estas alturas es muy otra que en las ciudades: lo que allí es agravio imperdonable, aquí es cosa común, un accidente

leve de la vida que, ni oculto ni conocido, crea un obstáculo insuperable á la felicidad. Todas estas mujeres han pecado antes de casarse... todas!,—y generalizaba el caso de la Avinculáa con extraordinaria buena fé,—y sin embargo, son felices y, lo que más importa, han hecho felices á sus maridos. Que es una vida de bestias? Pues prefiero la bestia saludable al espíritu enfermo.

Ahora, el novel positivista, cambiaba de procedimiento bajo la influencia de la bruma: sus argumentos, como las cosas, perdían la firmeza de sus contornos, aparecían vagos, indecisos, escapando rebeldes á los moldes ordinarios de la expresión; trocaba las armas bárbaras del salvaje primitivo por inocentes tropos, metáforas empalagosas por virtud de las cuales creía demostrar que el *cano invierno* compasivo fabricaba para él expresa y exclusivamente aquella bruma con objeto de ocultarle con *ella* á la maligna curiosidad de todos los que no lograron comprender la sublimidad del perdón y la virtud purificante del arrepentimiento. En

ningun desierto, en ninguna cumbre, en ningun abismo, en la espesura más inextricable, pudiera hallarse más grande soledad, mayor aislamiento que en aquel hueco de lo invisible abierto en las entrañas de la bruma.

De pronto, tuvo una sorpresa.

Percibíase el golpe acompasado de los cascos de un caballo sobre la senda. Alguno se acercaba aunque aun permanecía invisible y aquello fué bastante para producirle la ansiedad de un algo esperado. Fué una idea loca, que le hizo considerar como posible el milagro: la aparición repentina de *ella*, rompiendo en girones el velo de la bruma.

Y fué verdad que en tal punto, agitóse la niebla, hízose traslucida, adelgazóse lentamente, rasgóse de pronto en jirones y surgió del hueco, como brotando de lo invisible, casi suspendida en los aires la gallarda figura de una mujer, *caballera* en una yegua gigantesca. Fué una aparición fantástica y respondía tan bien al anhelo de su espíritu y llegaba en tan justo momento que le hizo poner de un

salto en el centro del camino; el cuerpo inclinado hácia adelante, firmes los lentes sobre su nariz afilada, los brazos extendidos, toda la piel erizada por leve soplo de esperanza y de pavor. Ella también se detuvo tirando violentamente de las riendas, contemplándole con extraña ansiedad, alargando como él los brazos, con el gesto del que de pronto encuentra lo que busca.

Y así se contemplaron por breve tiempo, de hito en hito, al través de la bruma, creyendo encontrar uno en otro la semejanza con algo conocido, fascinados por las líneas familiares de la aparición, tan lejos de la realidad que tuvieron como cosa corriente el milagro; hasta que los brazos cayeron lentamente á los lados del cuerpo y los ojos adquirieron su ordinaria expresión y se deshizo en ténues ondulaciones el escalofrío de asombro pavoroso.

Se habían reconocido.

Era Crucita, la prometida del Dantés atlántico, sus propios ojos donde un rayo luminoso, distraído y rebelde, acechaba en el horizonte la aparición del amante.

Sin duda, como Santiago, en el seno de la bruma que la sustraía al espectáculo y al contacto de la realidad, mecida por el trote soñoliento de la cabalgadura, iba soñando con un desenlace imprevisto digno término de su novela; sin duda, como él, vió de pronto aquel último capítulo tan esperado al agitarse la bruma y de lo invisible levantarse y correr á su encuentro la figura vagamente recordada de un hombre extraño al país, con los brazos abiertos como si la esperase; sin duda sintió vibrar en la dormida atmósfera las energías sobrenaturales engendradoras del milagro y, erizada la piel por escalofríos de pavor, su corazón de heroína, latió apresurado entre los aceros del único corsé de las Vegas; sin duda, reconoció al fin, y sintiendo de pronto la presencia de toda la realidad inexorable escondida bajo la fantástica bruma, resignóse á ella y, con el propio gesto complaciente, con la mueca agradable, con que servía las copas de ginebra en el mesón, tendióle la mano, desde la eminente albarda.

Iba á San Isidoro á sacar de pila un

chiquillo.... un verdadero compromiso y una obra de caridad.

Y con una pedantería que concluyó con todas las ilusiones de Santiago, añadió:

—Son antiguos parroquianos y hasta algo parientes de mi pobre mamá... un parentesco remoto. Soy mujer de palabra y cumplo la promesa que les hice de sacarles un hijo del estado imperfecto al otro perfecto de la excelsa magestad de Dios.

Aquella noche se celebraba *la última*, la postrer velada con que terminan las nueve fiestas nocturnas dedicadas por los campesinos á celebrar el nacimiento de cada hijo.

Y desilusionados, ansiando la soledad y el ensueño, separáronse despidiéndose hasta la noche.

La madrina le invitaba.

XXXIV

Desde lejos anunciábase *la última* por el confuso clamor de los concurrentes, en el cual destacábanse á intervalos las voces de los cantadores. Un haz de rayos luminosos brotaba de la puerta rompiendo la densa sombra y apagándose en vaga fosforescencia. Era un espectáculo extraño, contemplado desde la altura, el que resultaba del contraste de aquellas dos notas, la luminosa y la sonora, surgiendo en el silencio y en la sombra infinitos del Valle.

Los perros, cerca unos, lejos otros, ladraban furiosamente.

Fué necesario abrirse paso por entre el grupo de espectadores que obstruía la entrada de la estancia. En esta la decoración de siempre: un testero ocupado por la altísima cama que casi tocaba las vigas

ennegrecidas del techo, medio oculta por la blanca colgadura encañonada y tiesa y bajo las espumas del *reboso*, el semblante moreno de la parida con pañuelo de seda amarillo á la cabeza, siguiendo con sus ojos lánguidos el movimiento de las parejas. En el extremo opuesto una mesa de nogal engalanada con papel azul artísticamente recortado, sustentaba las anchas botellas de cristal donde transparentaban sus variados tonos el vino, el ron y el ponche. La ginebra, regalo de la madrina, figuraba en la reserva, alineados los frascos junto á la pared, con su grave aspecto de recipientes farmacéuticos. En un rincón un poyo triangular de piedra sostenía la *talla* roja y barriguda con agua del *chorro*, adornada con rama de laurel.

En las paredes resaltaba una serie de cuadros iluminados violentamente donde sufrían perpetuo martirio algunos santos venerables alternando con asuntos de Pablo y Virginia. Alrededor, las sillas de nogal eran ocupadas por las chicas y algún viejo con calzones de *nagüetas*, amplios y blanquísimos, hasta la rodilla; dejando

al descubierto la pierna negra y los piés calzados con zapato de cuero sin adobar.

La atmósfera era sofocante: el polvo del suelo flotaba pesadamente en nube densa y el vaho del aguardiente, la emanación acre del sudor y el humo del virginito la hacían irrespirable.

Allá, junto á la mesa de la *bebida*, un indiano empuñaba la guitarra, rasgueando los aires del país, unos en pos de otros, sin concederse tregua ni reposo, con ademán violento y gesto fosco como convencido de la importancia de su obra.

—¡Vaya una *cubicia* de hombre! exclamaban algunos admirados.

—¡Es constante! decía un viejo en baja voz siempre que terminaba una pieza.

Y algún muchacho ya *ajumado*, previendo la contestación añadía:

—¡Si tanto lo fuese pá cabar!

A lo cual contestaba el indiano:

—Por si acaso has *créido* que esto es azada? *Abrácala* pol mango pá que veas! Anda, niño, pá que esperas?

Y alargaba el instrumento orlado con borlas y cordón de estambre rojo y verde.

El otro huía el bulto y el indiano triunfante con gesto de soberano desprecio terminaba:

—Y antonces pá qui alegas?

Lo cual cien veces repetido, otras tantas provocaba la risa del auditorio.

Al entrar Santiago, salióle al encuentro Crucita saludándole serena y grave como siempre. Aun en aquella ocasión en que ayudada de su compadre servía una ronda de anisado y aguardiente, observábase en sus ojos la desviación pensativa de su mirada hacia otra parte más allá de la realidad.

—No puedo acompañarle á V., dijo á Santiago, porque estas gentes lo tomarían á desaire. Luego hablaremos.

Y suspirando añadió:

—Estas *parrandas* no me gustan; pero era un compromiso antiguo y fué necesario cumplirlo. Quiere V. un poco de anisado, señor de Bourdón?

Mientras lo servía en vaso que enjuagó cuidadosamente, sus ojos se desviaron con tal fijeza hácia la puerta, que Santiago, creyendo en la positiva aparición del

marino, volvió los suyos hácia el mismo sitio.

Estaba ocupado como antes por el grupo de todos los que no cabían, en mangas de camisa, sudorosos, con los ojos muy abiertos en contemplación de los que bailaban y del indiano guitarrista. El aguardiente les desataba la lengua y un cosquilleo irresistible les hacía mover los piés y castañetear los dedos á compás de la música. Parte de ellos, que no pudieron contenerse, se habían apoderado de un frasco de ginebra y ante la casa formaban corro pateando como bestias en torno de un viejo que exprimía en competencia con el indiano, el fuelle roto de un acordeón. Era otro baile, una especie de protesta contra los que en la estancia y con seriedad relativa hacían y deshacían las figuras de las *folías*.

Bailábanlas ocho parejas en dos grupos y era de ver el contraste que formaban la arrogante apostura y la grave expresión de los bailarines con el alegre rebullicio de los espectadores. Santiago se fijaba singularmente en la Pílares, de pañuelo

amarillo á la cabeza, chaqueta y enaguas negras con trencilla y abalorios relumbrantes, erguido el busto, la cabeza un poco echada hácia atrás, arrastrando suavemente los piés para marcar el paso, las enaguas arremolinadas con magestuoso balanceo, los brazos oscilantes describiendo lentos círculos en el aire, castañeteando el índice y el pulgar, ya acercándose á su pareja, ya alejándose de ella, mirándola sin expresión, grave y serena, sin una sonrisa en los labios, ni un guiño de malicia en los ojos. Sobre todo esperaba con ansia el momento de la *vuelta*: la voz de la *cantaora* la anunciaba, veíasela llegar y, sin apresuramiento ni retraso, en el tiempo justo, el cuerpo giraba arremolinando las enaguas pesadamente, con *geito* magestuoso, sin que las pupilas se animasen ni el semblante perdiese su gravedad.

Mientras tanto la copla saltaba de labio en labio, siempre nueva é inocentísima inspirada en pasión de amor contrariado, sentida y expresada con arreglo al cánon romántico.

Una voz muy aguda clamó desde el

corro de los bailadores con acento de dolor que ponía los pelos de punta:

—Yo lloro polque pedí
un amor que tanto amaba...
Lloro polque la adoraba
con aldiente frenesíi!...

La última letra era un silbido prolongado revelador de una tortura sobrehumana. Y en seguida, desde el hueco de la puerta, una voz ronca, digna del melodrama atrapaba al vuelo *la vez* para cantar:

—Ayer der bosque sombrío
fí ruseñor melodioso....
y hoy barranco borrascoso
arfombra der dueño mío!

Santiago, junto á la parida, que en la altura del lecho se resignaba al aislamiento, sentía grata complacencia al descifrar con trabajo las palabras de la copla y sobre todo divertíale aquel contraste inesperado de las voces que ya estremecían con estampido fragoroso las cañas del techo, ya erizaban como el rechinar de un eje sin grasa.

La atmósfera se espesaba caldeándose por momentos y las frecuentes *corridas*

de ron y de ponche,—¡una bebida muy flojita!,—juntándose á los giros mareantes de la danza y al inevitable roce de machos y hembras en el apretado espacio, provocaban una excitación creciente que se traducía en los semblantes sudorosos, en el desarreglo de los ademanes y en el vocerío ensordecedor del concurso. Sobre todo, llegaba de afuera un clamoreo salvaje de gritos y cánticos ininteligibles al través de los cuales, en los breves momentos de calma relativa, surgía la nota lamentosa del acordeón. El grupo de la puerta habíase deshecho sorbido por la atracción del de afuera y al dintel franco, acudían curiosamente algunas de las muchachas retirándose enseguida al interior con aspavorosos melindres, al escuchar los galanteos con que su presencia era saludada. Triunfaba la orgía de la plazaleta: el salón era abandonado lentamente por los hombres y, aunque las hembras no se atrevían aún, vislumbrábase en todas, en sus miradas y en sus mismas protestas, la tentación, el cosquilleo de gritar y revolcarse como bestias sobre el terruño

duro bájo las ramas de los castaños. Lo dé dentro estaba muy desabrido.

—Animarse, señores, gritaba el anfitrión con acento balbuceante de borracho. Vamos á jechar una corría dé giniebla. Aquesto es lo bueno, la cosa fina. Ayude, comadre Crucita!... Jéchese V. una iza, don Narciso!... Esta pá usté, don Santiaguito que aunque míseros no nos farta crianza.... Ahora usté, comadre, le brinda otra... Si señor: ésta pol mí... la otra por ella... pol esta prenda que ha veñío á honrarnos... la mejor de las jembras... á quien yo quiero lo mesmo que á las telas de mis ojos!...

Y lloraba con llanto de beodo, pugnando por abrazarla, extasiándose pesadamente en el elogio de Crucita.

Brotó de pronto la iza y sus acordes que guardan un resabio del brío arrebatador de la jota, pusieron en movimiento á las parejas. Todos se levantaron y apiñados en el *terrero*, tropezando y riendo, sudorosos y locuaces, parecían poseídos de locura. Algunos viejos y Santiago fueron los únicos que permanecieron sen-

tados, mientras Crucita, sola en medio de la turba, continuaba ofreciendo copas, serena é indiferente, acostumbrada al espectáculo por su práctica de mesón. El propio Santiago parecía contagiarse: por no desairar al anfitrión é incapaz de resistirle, bebió demasiado *de la fina y de lo flojito* y ahora experimentaba un extraño desasosiego que le soltaba la lengua y le hacía seguir taconeando suavemente el ritmo arrebatador de la música..

Los *Frujanés* perdían también su carácter severo y su inspiración en amores contrariados: ahora el asunto era más alegre, era el triunfo del amor y el elogio de la hembra:

Una voz clamorosa de muchacha dominó por un momento el tumulto:

—En er filo de un cuchillo
he poío echar un sueño
y no me pueo dormir
en los brazos de mi dueño.

La Pilares no cantaba; en cambio era incansable para bailar. Muchas veces se había acercado al amo invitándole á tomar parte activa en la fiesta y hasta ofrecién-

dose para guiarle en su tentativa. Resistíase él, alegando su torpeza, pero sintiendo el cosquilleo de morder á boca llena en aquella carne dura y saludable á la cual en esta ocasión nada le faltaba para tentarle: ni siquiera las medias, unas medias de lana gris que las faldas descubrían con los giros violentos del baile. Un resto de timidez; la extrañeza de aquel medio exótico le detuvieron todavía; sobre todo mortificábale la idea de aparecer ridículo por torpe, de provocar la risa de aquellas gentes á quienes tenía por inferiores. Sin embargo, sufría el contagio de aquella atmósfera donde, con el vaho del aguardiente y del sudor, imaginaba respirar los efluvios de amores brutales, de caricias de la carne en una anulación absoluta de los estímulos espirituales de la afectividad, de los refinamientos románticos con que los seres superiores,—como él,—procuran disimular la porquería de la posesión.

—Nada de artificios, se decía. Hay que sufrir el contacto de la realidad sin sublimarla ni desfigurarla. Quizás el asco no

sea un noble sentimiento sino saciedad de la hembra. Esta semiembriaguez no es menos agradable por ser provocada por la repugnante ginebra. ¿Quién sabe si ese amor de bestia, satisfacción de una necesidad, es un placer superior al que producen los estímulos artificiosos del amor? Bebamos ginebra... probemos por este camino. Es ridículo haber llegado á este extremo: al de solo gozar con la posesión de una hembra ideal fingida por el sueño. Vamos afuera, á la orgía, á revolcarnos en la realidad.

Al salir, aun encandilados sus ojos, chocó brutalmente en un hombre que de cuclillas atisbaba oculto en la sombra hacia el interior de la estancia. En poco estuvo que cayese y casi abrazado con el pastor, pugnando ambos torpemente por evitar la caída, reconocióle de pronto por Isidro el de la Vinculada.

Era él, en acecho de la Juana María sentada frente á la puerta en posición propia para verle:

La Pilares tenía razon. La falta de la moza no era obstáculo al amor: era un

pretexto para forzar el arca venerable de la *Arpida*. Mientras tanto satisfacían su apetito con prudencia sigilosa, citándose por medio de silbidos para las altas horas de la noche, burlando la vigilancia de la vieja que, aún convencida de que la engañaban, no podía sorprenderles. Ahora, el alcohol les hacía menos cautos, empujándoles con imprudencia comprometedora á la realización de sus deseos.

Santiago permaneció un momento indeciso, sin acertar á distinguir los objetos, cohibido por la algarabía espantosa de aquellos salvajes que, revolcándose en tierra ó tumbados de espaldas, entonaban con constancia desesperante un himno bárbaro de ritmo callejero, un sonsonete estúpido que se ajustaba á los dos tonos del acordeón cuyos sonidos plañideros y nazales estirábanse interrumpidos por los resoplidos asmáticos del fuelle roto y reforzados por el choque cristalino de los vasos golpeando en las botellas vacías:

San Juanín--San Juanón--

San Silvestre--y San--Si--món!

Era el colmo de la estupidez humana.

Un hombre, con nagüetas y chaquetón de lana, bailaba en el centro con grandes contorsiones, hostigado por los otros que á la menor señal de cansancio fustigábanle con varas de mimbres, mientras rugían el canto salvaje.

El espectáculo pareció á Santiago estúpido y cruel. Una borrachera imbécil, sin objeto, gozando beatíficamente en el martirio del pobre hombre, cuyas contorsiones grotescas, contrastaban con el silbido anheloso de su pecho cansado.

Antonio Miguel, hecho una lástima, balbuceante y apestoso, tocado de pronto de un cariño inverosímil por el amo, salióle al encuentro, arrojándole los brazos al cuello con grandes aspavientos, inundándole con el vaho del aguardiente, casi tentado de besarle.

El siempre le había querido... había llorado cuando fué sabedor de su enfermedad... y no tenía miedo de que se le *pegase*.... ¡Nengun mieo!... Y sinó, á ver como le abrazaba y le besaba sin temor á la enfermedadá pigajosa!...

Y lloraba besuqueándole y llenándole

de babas, tocado de la emoción alcohólica de las lágrimas.

—Méniate, Primavera, méniate... alévantá esas patas!

Y el Primavera bailaba, agitando grotescamente piernas y brazos, volviendo á todas partes sus ojos de imbécil y sollozando:

—Qui no pueo más!... qui pío mi sangre!... qui pío peldón!

Era un mísero idiota, el bobo de los Arbejales, ya viejo, pero con cara de expresión infantil, regocijada eternamente por la mueca de sus labios, contracción enfermiza que ponía al descubierto sus dientes blanquísimos y sanos. De ordinario vagaba mendigando, de granja en granja, durmiendo al raso ó en algún *socavon*, con su eterna mueca de niño y construyendo flautas de caña de las cuales sacaba tres notas agudas y estridentes. Santiago había oído algunas veces por las noches aquella melodía salvaje, brotando en el silencio desde el hueco de lo invisible, monótona, incansable, en competencia con las ranas y los grillos.

--Es er Primavera, murmuraba la Pílares con voz misteriosa.

Aquel pobre diablo, cobarde ante los hombres, tenía fama de atreverse con las mujeres si acertaba á encontrarlas en la soledad del monte. Se habló mucho en otros tiempos de una vieja que enfermó gravemente á consecuencia de sus caricias de monstruo y más de una muchacha había debido su salvación á la ligereza de sus piés. Era toda una leyenda que corría de boca en boca haciendo las delicias de los muchachos y la desesperación de las mozas á quienes acusaban de haber sufrido complacientemente las caricias del monstruo sigiloso é incansable.

Santiago bebía: bebía ron, sin repugnancia, en el mismo vaso de Antonio Miguel y contemplaba con curiosidad al Primavera que libre al fin de sus tiranos se había refugiado en la horquilla robusta de un castaño, las piernas pendientes, entregado por completo á la tarea de modular con su flauta de caña las tres notas de su repertorio.

A sus ojos, bajo la influencia del alco-

hol, el hombrecillo tomaba proporciones de bestia mitológica, llamando á la hembra con su cántico salvaje, atrayéndola y fascinándola hasta poseerla entre caricias feroces en que la carne sangraba.

Ahora concebía la voz grave y misteriosa de la Pilares cuando de él hablaba. Ella, sin duda, le adivinaba, como él le veía ahora, oculto entre el follaje, á horcadas sobre un árbol, las piernas colgando la flauta entre los labios, la mueca que fingía risa estirando las comisuras, los ojillos clavados sin expresión en el espacio, la frente estrecha recubierta de pelo ralo y lacio, prestando atención prodigiosa á los mil rumores de la montaña en espera de un crugido de las hojas secas que le delatase la aproximación de la hembra, atraída por el canto de la bestia insaciable y sigilosa.

Era una tentación irresistible,—así lo pensaba,—para ellas, para las mozas que desde los caseríos escuchaban la melodía bárbara del imbécil, el reclamo fascinador del monstruo enamorado.

Todavía, en aquel momento en que la

ginebra innoble le arrojaba del limbo romántico al cieno de la realidad más grosera, escuchó la voz interna, grave y solemne que murmuraba libre del contagio alcohólico:

—Pero hijo mío... no aprenderás nunca? ¿Porqué ese empeño estúpido en traducir el libro de la realidad al lenguaje romántico? Eres en todo extremoso: ó te imaginas águila ó te imaginas reptil. No, hijo mío, nó: entre las águilas y las culebras hay muchos otros seres de vuelo modesto ó de cómodo andar entre los cuales se puede escoger. Confórmate con ser paloma ó pato... ¿Quién te asegura que sea exacta esa versión? Estas pobres mozas son lo que en todas partes: unas buenas y otras malas. Sin duda hay más de aquellas que de estas. Y nada!... Que tú las finjes sedientas de placeres desconocidos, infernales, pendientes del reclamo del pobre Primavera como las brujas acudiendo al aquelarré. Bueno que el pobre imbécil sienta algunas veces el deseo de acariciarlas y hasta doy por cierto lo de la enfermedad de la tía Sabina; pero hay

mucha distancia de esto á convertirlo en un Minotauro!... Chico, eres incorregible: arriba ó abajo, en la zona de las nieves perpetuas ó en el seno del volcán siempre serás un desdichado romántico capaz de poner en verso las leyes del péndulo ó de dispararle un soneto á las hojas de sen.

Crucita que le buscaba para ofrecerle una escudilla de chocolate con bizcochos lustrados, encontróle en brazos de Antonio Miguel que continuaba besándole entre juramentos de eterna fidelidad. El propio Santiago, contagiado por la crisis lacrimosa del salvaje, sentíase invadido por la necesidad imperiosa de amar al prójimo y de gritarlo y cantarlo en endecasílabos resonantes. Había perdido la timidez de extraño y el respeto á su propia gerarquía y se empeñaba en bailar y cantar repitiendo con tenacidad de beodo fragmentos de discursos y de poesías. Los otros, al principio, interrumpieron la eterna canción, el estribillo vulgarote acompañado por los dos acordes del instrumento y por el golpe cristalino de los vasos contra las botellas vacías, y le escucharon curiosa-

mente rompiendo en voces formidables de entusiasmo; pero el discurso se alargaba, hacíase pesado y, poco á poco, el canto volvió á dominar con bárbaro clamor, cubriendo su vocecilla enronquecida.

—San Juanín--San Juanón--

San Silvestre--y san--Si--món!

Entonces cayó en brazos de Antonio Miguel, del único que le comprendía, devolviéndole halagos y besos, cediendo á un impulso irremediable de fraternidad alcohólica.

Al ver á Crucita sintió un impulso irresistible de confiarle sus penas todas, de contarle al oído su novela amorosa, de gritar su dolor secreto. En vano hubiera intentado resistir. La *bebida fina* soltábale la lengua, animaba sus ojillos de miope y ponía suavidades melosas en su voz y hasta en sus manos húmedas que buscaban inquietas las de Crucita para estrecharlas fraternalmente.

—Mire V. Crucita, escúcheme V. y tenga piedad. Piense que soy su hermano. ¡Dos veces su hermano! Por hombre y por desgraciado. V. es un espíritu supe-

rior y la historia de mis desdichas no ha de provocar en V.,—estoy de ello seguro, —otro sentimiento que el de la piedad: piedad inmensa... lástima profunda hácia mi desgracia infinita!... Escúcheme V...

Cuidaba la frase, dándole giros novelescos, intercalando paréntesis que se destacaban en el discurso con opacidades bruscas de la voz, mientras ella, grave y serena, acostumbrada á soportar pacientemente las borracheras de sus feligreses, aprovechaba las pausas para ofrecerle un sorbo del hirviente chocolate. El resistía á veces y entonces Antonio Miguel que le escuchaba sin entenderle medio dormido, insistía tuteándole:

—Tómate un buche, don Santiaguito, náa más que un buchito... que eso es güeno pá la jumera.

El seguía hablando, conmoviéndose con su propio relato, embelleciéndolo, contando más que su historia real, aquella otra, casi novela, forjada en los largos días de cavilación retrospectiva. La realidad desaparecía tras la ficción; ni él mismo sabía ya á punto fijo cual de las dos versiones

era la verdadera y, de buena fé, contaba su aventura bajo el impulso expansivo de la ginebra, como él pensaba que debió suceder, no como realmente pasó.

Ella, en tanto, olvidada del chocolate, con la escudilla entre las manos, y estas sobre la falda, interesábase poco á poco en el relato, fijaba sus ojos rebeldes en el rostro del tísico que gesticulaba con amplios ademanes olvidándose del bizcocho empapado en chocolate que sostenía en la diestra como una batuta. Aquella historia, conocida vagamente por las murmuraciones de la sociedad atlántica, surgía al presente ante sus ojos, cantada por el propio héroe y hermo세ada por su fantasía..... La traición de la hembra resultaba casi un rapto!... *Ella* resistía, *el otro* la forzaba!... Y Santiago agotaba su elocuencia poniéndole parches á la cruda realidad. Crucita lo aceptaba todo, preparada por la lectura de los folletines para entender aquellos lances inverosímiles é intuitivamente completaba el cuadro con la silueta arrogante de un corcel, sobre el cual *el otro* llevábala desmayada tierra

adentro. El punto débil quedó así salvado y, desde entonces, la narración fué más fácil, cada vez más interesante y conmovedora. *El otro* la retenía prisionera, — ¡un verdadero secuestro!, — ella escribía, burlando su vigilancia, al esposo; pidiéndole un auxilio que él, hasta ahora, habíale negado por motivos, — tal vez exajerados, — de dignidad.

Entonces, Crucita, dominada por completo, tuvo una frase que Santiago juzgó sublime:

— Hay que salvarla!... Esa mujer es inocente... Lo juro!

Y dejando en tierra la escudilla de chocolate extendió la diestra hácia el firmamento como si lo pusiese por testigo.

Santiago tuvo la avilantéz de contestar:

— Gracias por esa palabra. Puede V. decir que ha salvado la honra, tal vez la vida de una mujer. Oh! No me engañaba... es V. un espíritu verdaderamente superior.

Ella contestó con hipócrita sencillez, halagada por el zahumerio:

— He sufrido mucho, señor de Bourdón.

—Bebe, don Santiaguito, echa otro buche de giniebla, gruñó Antonio Miguel.

Y Santiago ya dado el primer paso en las tablas del escenario, rugió con acento dramático:

—Venga! Quiero olvidar! Ahogar mis penas en vino!

San Juanín--San Juanón--

San Silvestre--y san--Si--món!

El acordeón lanzaba entre resoplidos astmáticos sus dos tonos nasales, las botellas se rompían al golpe de los vasos y el coro de salvajes continuaba con estúpida tenacidad atronando el espacio indiferente.

De pronto un vocerío formidable brotó de la casa: juntábanse los gritos estridentes de las hembras á las roncadas maldiciones de los hombres y por encima de todo, dominando de vez en cuando el tumulto, se oía una voz grave y reposada:

—La paz de Dios, caballeros, la paz de Dios!

—Un pleito! Un pleito! gritaron los de afuera. Y se precipitaron á la entrada, obstruyéndola, empinándose curiosos para distinguir los detalles de la riña. Dos ó tres

que sufrían la angustia mortal de la borra-
chera, quedaron tumbados como cuerpos
muertos.

Santiago, impelido por un impulso beli-
coso irresistible, tentado de la lucha y cre-
yendo en la influencia de su alta persona-
lidad, pugnaba por abrirse paso al través
del grupo, metiendo los codos y reclamán-
dolo con voz altanera. Los de dentro, en
tanto, insistían violentamente para salir y
echar afuera á uno de los alborotadores,
y en aquellas oscilaciones en que el grupo
se arremolinaba con movimiento de mare-
jada, vencieron los últimos y, rompiéndose
la barrera, cayeron precipitados por su
propio empuje, prendidos á los girones
del traje de un muchacho que gritaba
ferozmente, pugnando por desasirse:

—Asuéltenne!... Déjenme dir pá rom-
perle el alma!... Que me asuelten, digo!
Y las interjecciones turbaban cruda-
mente el reposado silencio de la noche.

—La paz de Dios, Ciriaco! La paz de
Dios! exclamaba la voz grave y serena.

Por intervalos sosegábase Ciriaco, y
entonces, por encima del vocerío confuso

de las mujeres, oíase una voz que todos reconocieron por la del indiano, gritando con énfasis cómico:

—Vándalo!

Su puño crispado asomaba por encima de las cabezas y entonces el Ciriaco como movido por un resorte, levantábase arrastrando al grupo de los pacificadores hasta la puerta:

—Que me asuelten, digo! Que me dejen romperle el alma!

Dos ó tres veces se repitió la misma escena y al fin fué necesario llevarle por fuerza camino de su casa situada en los Arbejales. A cada paso deteníase forcejeando por volver atrás y su voz de borracho gritaba con acento de indignación profunda:

—Me ha dicho *bándido!*

—La veldad, decía el de la voz grave á Santiago, la veldad es que le dijo bándido.

Y luego en voz baja, añadió:

—*Bándido!* Vocablo que jamás había oído *jastora..*

Allí concluyó *la última*. Todos estaban rendidos y con el cansancio nacía de nuevo

la eterna preocupación de aquella tierra que les esperaba á la madrugada. Algunos, dormidos sobre las raíces de los castaños, quedaron abandonados como cadáveres en un campo de batalla. Isidro y la Juana María habían desaparecido. Solo un grupo continuaba obstinadamente cantando el sonsonete estúpido acompañado de las dos notas que el acordeón lanzaba como un sollozo plañidero en medio de las tinieblas.

San Juanín--San Juanón--
San Silvestre--y san--Si--món!

También Santiago lo repetía mientras casi arrastrado por la Pilares iba por la senda de la Degollada en dirección al Collado. Caminaban lentamente del brazo ella excitada aun por la pasión del baile él medio dormido, sufriendo la náusea de la borrachera y empeñado en disimularla.

—El chocolate! murmuraba entre dos bocanadas de hipo.

A ratos, sentía renacer un impulso atrevido y sus manos temblorosas acariciaban la dura carne de la muchacha que riendo nerviosamente castigábale con blandura;

Digitized by Google

luego la fatiga inmensa de la borrachera inundábale en frío sudor, nublandole los ojos, quitándole todo apetito fuera del ánsia de tumbarse en medio del camino.

—Que estése quieto, le digó. Mire que le deajo solo!... Si yo puedo más que su merced? Que no le asuelto!

Y tomándole entrambas manos en una suya sujetábale risueña.

—Te daré cuanto quieras!

—Ni por dinero!

—Lo que tu pidas!

—A que nó?

—Prueba!

—A que nó?

De pronto el estómago se impuso. Fué una protesta violentísima é inesperada, una náusea formidable que le hizo pensar en la muerte. Revolcóse en el suelo sin asco de su propia miseria, olvidado de la muchacha, sin ánimos para sentir otra cosa que el mareo colosal, la angustia infinita que con el amargor de la bilis ponía en sus labios una mueca de repugnancia invencible de profundo asco hácia toda la realidad.

Inútilmente se empeñó la Pilares en reanimarle tirándole de los brazos, casi arrastrándole sobre la tierra. El, con los ojos muy abiertos, clavados sin expresión en el cielo centelleante, resistía inerte como un cadáver, gozando con el reposo y la indiferencia absolutos del sueño de la embriaguez.

Todavía la vió por largo tiempo sentada en el suelo junto á su cuerpo. Lenta-mente su imagen se borró y su último recuerdo fué el tañido salvaje de una flauta de caña, la flauta del Primavera que allá en las tinieblas llamaba desesperadamente á la hembra deseada.

Después se durmió como una bestia.

En el fondo del Valle, algunas voces ahullaban tenazmente la canción estúpida acompañadas por los dos tonos plañideros del acordeón.

San Juanín--San Juanón--
San Silvestre--y san--Si--món!

XXXV

De pronto se decidió.

Fué una sorpresa inaudita después de la larga serie de vacilaciones y dudas, en lucha constante con la célula paterna. Cuando imaginaba próxima la batalla decisiva, un impulso interno, repentino y brutal, empujóle á la acción, sin concederle tiempo ni para pensarla, ni para discutirla. Fué un empujón de la voluntad, que se reveló al exterior por un alzamiento de hombros vigoroso y despreciativo como si echase atrás y á tierra la carga de sus vacilaciones y por aquellas palabras que en alta voz pronunció, como si realmente alguno le escuchase:

—Vaya todo al jinojo! Lo hago, lo hago y lo rehago porque me dá la real gana!

Y como ninguno le contestase y hasta la misma célula paterna enmudeciese acobardada y suspensa ante aquel impensado despertar de la energía, tomó la pluma y escribió.

Las letras resultaron rectas, rígidas, atrevidas, amenazadoras, participando de un vigoroso impulso que las lanzaba al papel.

Sr. D. Juan Ruiz.—Barcelona.—

Queridísimo amigo y paisano:.....

—Pues no faltaba más! exclamó en voz alta, sacudiendo furiosamente la pluma. Pues no faltaba más!

La carta era concisa y clara. Era su pensamiento expresado sin vacilaciones, sin buscar atenuantes ni disculpas á la decisión. La quería, la deseaba y era necesario que se la enviase.

Por un momento quedó pensativo, moviendo el mango de la pluma, dudando si encargar al paisano una suprema investigación acerca de la conducta de su mujer en los últimos tiempos. Aquel informe secreto parecía una fórmula decente que había de robustecer y justificar su decisión: sin duda la pobre pecadora

había hecho penitencia mortificando su carne y su espíritu en expiación de las faltas pasadas.

Un vago temor de que aquello resultase contraproducente y fuera causa de la pérdida total de sus ilusiones, le detuvo:

—Nó, nó! La quiero como sea, como es. Hay que perdonarlo todo ó nada.

Y como entendiése que la célula paterna, repuesta un tanto de su asombro, intentaba reír burlescamente, gritó de nuevo:

—Lo hago porque me dá la real gana!
Y terminó la carta.

La rúbrica rasgó el papel. Parecía haber descargado un sablazo.

Después salió á la plazoleta con el aire soberbio y satisfecho de un triunfador y dirigiéndose á la Pilares dijo:

—Mañana vamos á la Cazuela! Veremos quien tiene miedo!

XXXVI

Frente á la cortadura que dá acceso á la Cazuela, permaneció la Pilares indecisa por breve tiempo. Ella había entrado una vez en *precura* de una gallina clueca y el sitio era *miedoso*. Otro mundo parecía.

Pero Santiago estaba por las empresas de riesgo, vibrando aún bajo el impulso de energía inesperada que le hizo escribir la carta. Por eso, sonriendo con aire protector, puso un pié en la roca que partía la corriente del arroyuelo y agarrándose con ambas manos á las varas rígidas de una mimbrera, de un salto, encontróse dentro.

Ensanchábase el espacio al trasponer la brecha: una caldereta, casi circular por cuyo centro corría el torrente con rumor confuso, entre berros, ñameras y calabazas

de hojas espléndidas y monstruosos frutos. La hierba lo invadía todo: desaparecían las rocas quemadas bajo el manto del musgo y las paredes arcillosas que á pico limitaban la Cazuela ornábanse con plantas trepadoras, helechos y culantrillos gigantes, delicadamente recortados, balanceándose como verdes festones de encaje y goteando, ya en hilos, ya en gotas, el agua que sudaba la roja entraña del monte. Por la parte opuesta á la entrada, estrechábase de nuevo el cáuce, cada vez más profundo, en un laberinto de ramas y hojas que impenetrable parecía.

La impresión de la Pilares era cierta: se entraba en otro mundo de un salto.

La piel experimentaba una impresión de humedad como al entrar en un calabozo: velábase la luz, llegando al través del ramaje espeso, y el verde de las plantas, variado afuera, adquiría allí un tono uniforme obscuro, intensísimo. Solo formaba contraste una *pitiera* de anchas hojas carnosas, cuyo reflejo azulado, ponía una nota clara en el fondo densamente sombrío de aquella vegetación exuberante. Por

arriba se asomaban las zarzas, álamos, castaños y laureles que bordeaban el tajo, envueltos á medias por los girones de la bruma rastrera, como fantasmas inclinados curiosamente sobre el abismo.

El sitio producía la sensación de una soledad, de un abandono infinitos.

La Pilares, instintivamente, hablaba en voz baja como si estuviese en la iglesia recordando á Santiago los desprendimientos de tierra que, por tal época en que el agua de las lluvias reblandecía la arcilla, cegaban el cauce de la barranca. Entonces era necesario emprender un trabajo colosal para *desentullirla* y dar de nuevo paso á la corriente. Había peligro en la excursión: el peligro de que se desprendiese un cuarterón de tierra y le sepultase. E instintivamente acercábase á él con caricia mal fingida de gata medrosa, buscando en su contacto amparo contra el silencioso enemigo que les acechaba pacientemente desde la altura.

A partir de aquella noche en que se había sentido deseada por el amo, la Pilares aprovechaba con torpe coquetería

de salvaje todas las ocasiones de ofrecerse, experimentando la obsesión de aquella promesa generosa que su fantasía abultaba hasta darle la forma ideal de un testamento. También ella forjaba su novela: una aventura galante, fácil y sin consecuencias que de un golpe la hacía rica poniéndole en posición de escoger *un compañerito* á la muerte del amo y de ayudar á los viejos en los últimos años de la *aperriada* existencia. La idea tentadora bailábale ante los ojos y más y más á ella se aferraba con entender que la señora madre la impelía á la aventura, mucho tiempo antes de que por las mientes le pasase, con la eterna lamentación de su miseria y la esperanza de que por su intermedio pusiérale el amo algún *reparo*. Hasta el patriarca, con su silencio, parecía empujarla siguiéndola con mirada suspicaz y consintiendo sin protesta en la vida haragana de excursiones y charla inútil que llevaba desde que el amo llegó. En medio de todo, la cosa merecía la pena: otras lo habían hecho antes y muchas lo seguirían haciendo por vicio ó por la

miseria cubicia de un pañuelo vistoso. Más le preocupaba el temor á la *tis*, á la enfermedad *pigajosa* que rompe entre los campesinos los lazos de la familia y concluye con todo sentimiento de misericordia; pero algo había que arriesgar y y además la señora madre con previsora solicitud habíale *mercado* una melicina infalible en evitación del contagio: era un *agua apestosa* de la botica que concluía con toda *mácula*.

Por eso, la Pilares que nunca supo del amor más que lo que le enseñaron las bestias y los atrevimientos soeces de los mozos, aprovechaba las ocasiones de excitar al amo con su contacto, fingiendo un temor que resultaba inverosímil y ridículamente amañado. Prestábase el terreno á su intento: había que reducirse para sortear los troncos de los arbustos, inclinarse bajo sus ramas, forzar la elástica fibra de las mimbreras que, apenas apartadas, volvían con rapidez de resortes á cerrar la salida y, en aquellas maniöbras, la carne se juntaba á la carne, los brazos protectores abarcaban la cintura ó res-

guardaban el cuello y los rostros poníanse frente á frente convidando con languideces fingidas de la mirada y con promesas de labios frescos y provocativos.

Ahora, un cañaveral espeso parecía impedir el paso. Imposible vencer la resistencia de aquellos tallos que, apenas doblados, cimbreaban indómitos amenazando con furiosos fustazos. Preciso fué seguir la margen del arroyo, haciendo equilibrios sobre los guijarros húmedos y resbaladizos, gozando con la inmersión impensada en el agua que corría oculta bajo el limo verduoso. Ella iba delante, los pies desnudos y las enaguas arremangadas tal vez más de lo que exigía la profundidad escasa del arroyuelo, poniendo al descubierto la pierna musculosa y morena, que juzgaba por lo que aprendió en sus prácticas amorosas, estímulo propio á excitar los deseos del amo y, sobre todo, medio de reanudar el interesante tema de la herencia.

Pero Santiago la seguía desligado de la realidad, insensible á la tentación de aquella carne morena y fuerte que se le

ofrecía sin velos provocativos. Siempre el desnudo le produjo asco. Caminaba pensando en la otra, imaginando y embelleciendo la línea de su contorno, velándola con tules misteriosos, evocando su acento, el mohín de sus labios trémulos cuando se juntaban para besar, el gesto de pudor no fingido y el silencio obstinado en que se sumergía al soportar sus crisis de amante. Y sin embargo, aquella mujer que necesitaba de la sombra para entregarse, era una perdida que en plena luz escapaba con *el otro*, y ésta, aún ofreciéndose como una mercancía, era una honrada... Vaya Vd. á saber!

Una honrada! Y se le ofrecía brindándole su cuerpo saludable cediendo á un impulso amoroso! Amoroso, si señor!— ¿Porqué la versión de la célula paterna había de ser la verdadera?— ¿Porqué imaginar la pasión mezquina, la sórdida codicia detrás del ofrecimiento que de su cuerpo hacia la muchacha?— ¿Porqué con el cuerpo no había de ir el alma?

El escepticismo socarrón de la célula paterna respecto á todo impulso generoso

parecía injusto y ridículo. A medir con tal criterio no habría acción que no obedeciese á móviles bastardos. Pues nó. El, aunque le motejasen de cándido, seguía creyendo, tenía fé y había de darle una lección de alta moral práctica á aquel predicador interno. Una lección y de las buenas!

El sedujo, —la palabreja le halagaba, — él sedujo á la inocente muchacha, habíale bailado ante los ojos las imágenes deslumbradoras del amor con un señorito, y él, para reparar la falta no cometida juraba desde ahora respetarla, decirle el peligro en que había andado y ponerla en camino de salvación.

Era la verdad, que no la poseía porque no tenía apetito en aquel momento; pero su espíritu romántico ya metido á fantasear, gozaba con aquella que él tenía por decisión heroica y honrada. Hasta preparaba mentalmente la frase:

—Atiende, hija mía... la ocasión es suprema... tu honra, tu tranquilidad, tal vez tu vida se juegan en este punto...

Al salir del cañaveral, ensanchábase el

hueco de la Cazuela: extendíase el agua en charca verdosa, sombría é inmóvil bajo el ramaje espeso de un grupo de laureles; la hiedra invadía los troncos y los murrallones rojos cortados á pico, los helechos como encajes y las cañahejas de tallos erguidos y arrogantes ocultaban el suelo y los berros en verde alfombra rodeaban el agua bordeando los contornos irregulares de la charca. El silencio era absoluto: hasta el agua escurría callada y mansamente.

Aquel era el sitio apropiado. La Pilares comprendió por instinto que había llegado el momento y Santiago volvió á repasar su discurso.

—Atiende, hija mía... la ocasión es suprema...

Cuando empezó á hablar, su voz enronquecida rompió extrañamente el hondo silencio de la Cazuela. Fué una nota discordante y falsa en el grave recogimiento de la naturaleza.

La Pilares, sentada junto á la charca, los anchos piés sumergidos en la onda verdosa, escuchábale con hipócrita recelo,

los ojos bajos y la boca llena de berros tiernísimos. Era una precaución por lo que pudiera tronar, pues ella bien sabido tenía que los berros eran remedio probado contra la *tis*. Por largo tiempo escuchóla engañada: esperaba una declaración amorosa, imaginábala declamada en romance como salida de labios de un señorito y, sin entender de achaques románticos, sentíala en tal punto inevitable, empujada irremisiblemente á la boca por aquella soledad, por aquella penumbra, por aquel recogimiento de alcoba que hacía un cómplice de la naturaleza. Fué grande trabajo para su dura cabeza convencerse de su error: aquello no sonaba bien, sonaba como una nota falsa, como una mentira en el silencio. Era el sermón de un predicador, la abstinencia predicada en medio de un banquete, era su novela, su ideal, la herencia que constituía el lógico desenlace de su aventura, deshaciéndose en la bruma que lentamente invadía el hueco de la barranca, sumergiéndoles en su honda sutil. Pero muy pronto la duda no fué posible: las palabras eran crueles,

terminantes. Hablaba de la otra, de su mujer y de su próximo regreso. Aquel mismo día, Juan Ramón había llevado á la Ciudad una carta llamándola.. y era un cargo de conciencia jugar con la honra y la felicidad de una muchacha inocente. El se declaraba culpable, él había despertado en su corazón sentimientos livianos, de todo lo cual sentía honda vergüenza, profundo arrepentimiento. Esto era portarse como hombre de honor. ¿Qué algunos imbéciles reirían al saberlo?... Que importa! Adelante con la frente levantada y tranquila la conciencia! — Sabes tú comprenderme? Eso me basta.

Ella, sí, lo comprendía; lo comprendía todo, hasta el sentido oculto de aquellas frases altisonantes y pedantescas. Tuvo un momento de lucidez impropio de su cultura primitiva, un arranque natural y espontáneo de hembra fuerte y saludable despreciada por un macho enclenque. En aquella cabeza dura, en aquel espíritu sin educación nació un impulso irremediable que la arrastraba á desnudarse ante aquel ser enfermizo, á deslumbrarle

con su cuerpo robusto y á escupirle al rostro:

—Fó! tísico pudrido!

Aquello fué momentáneo: ni ella misma pudo después recordar su impresión. La hembra dócil, respetuosa por temor ante el amo, ocultó sus sentimientos y tapan-do sus pies deformes por andar descalza, siguió rumiando los berros inútilmente, con los ojos bajos y asintiendo con la cabeza. El amo también se compadecía y dulcificando su acento severo de predica-dor, pintaba un porvenir risueño en que ella, casada con un *muchacho formal*, sería la arrendataria, y la renta se reduciría, sí... tal vez un perdón generoso por algunos años.

La visión de la herencia transfor-mada de tal suerte hizo sonreír á la Pilares. Siempre era un buen final de novela y sin correr el riesgo del temido contagio.

La sombra en tanto se espesaba bajo la bóveda de los laureles, tomaba el agua tonos oscuros y la bruma cayendo de lo alto ocultaba las paredes de la extraña

cortadura reduciendo cada vez más la visión de la realidad.

Aunque Santiago reía contento por dar término feliz á aquella empresa no podía substraerse á cierto vago terror, en aquel abandono infinito. Parecíale que el mundo había sido tragado de pronto por un monstruo silencioso y que ellos flotaba estúpidamente en el vacío, en la nada inmóvil, muda é infinita de los espacios antes de la Creación.

Todos sus resabios románticos desperaban ahora en aquella situación que tenía por novelesca y aunque peroraba grotescamente con palabras ridículas y gestos exajerados burlándose de la chica había en su discurso, voces espontáneas acentos donde vibraba su sensibilidad enfermiza para sentir la belleza fantástica casi medrosa del paisaje y comunicarla á la muchacha.

Ella reía, ya consolada de su desencanto, junto á la charca, la boca llena de berros tiernos, húmedos y olorosos, como una cabra entregada al placer de rumiar la hierba fresca de los prados.

Digitized by Google

De pronto, en la inmovilidad absoluta de aquel mundo invisible, estalló un fragor ronco y prolongado como el rodar de un trueno. Toda la barranca retumbó: por todas partes los ecos se despertaban revelándoles la presencia de mil huecos sonoros, de piedras y de árboles ocultos en la bruma.

Ambos lanzaron un grito aproximándose instintivamente.

Después todo volvió á la inmovilidad y al silencio absolutos. Otra vez pudieron creer que estaban solos en la tierra.

—Que sería?

—Argun derrumbamiento sin duda.

Y los dos inútilmente se esforzaban inquietos en traspasar el velo espeso de la bruma.

Entonces oyeron silbar con insistencia desde arriba. Alguien llamaba. Quien sería?

La Pilares, ahuecando la voz, estirando las sílabas, poníase en comunicación con aquel ser invisible.

Desde la altura preguntaba si les había alcanzado el desplome, más de un cuarte-

rón de tierra que había rodado al abismo. Sin duda le habían alarmado los gritos.

Callaron y después de una pausa que debió representar para el campesino una vacilación, oyósele balbucear torpemente en la altura.

—Ah!... Pilares!... Quiéees casarte conmigo?

—Hola! Hola! Ya apareció el marido exclamó Santiago riendo.

Y ella le hizo coro, curiosa por conocerle. Quien sería?

La voz continuaba hablando en la altura, emocionada y torpe:

—Ha tiempo que pensélo, más dábame virgüenza el decirlo... pero hora qui no mi ves mi atrevo. ¿Quieres?

—Sí, hombre, sí... Quien eres?

El otro callaba y ella insistía curiosa. Al fin, más lejos, más arriba, como si se elevase á los cielos apartándose de la tierra, la voz respondió:

—Mal conocía!

Y más lejos, más alta, casi perdida en la altura del espacio, añadió con brusca decisión:

—Tu amante Juliano... Juliano er primavera!

Sin duda, el pobre imbécil se alejaba por la montaña, pero parecía subir á los cielos. Ellos también emprendieron la vuelta, siguiendo la corriente del arroyo y burlándose del mismo pastor que les perseguía con las tres notas de su flauta de caña, ahora dulces y veladas como un reclamo amoroso, por la distancia.

Y aunque reían, experimentaban cierta vaga impresión de tristeza y temor supersticioso, caminando entre la bruma, sintiendo la obsesión de aquellos seres invisibles que les acechaban con la inmovilidad paciente y eterna de la piedra.

Sobre todo, conmovíales melancólicamente el acento de aquella voz lejana del Primavera invisible, perdido entre la bruma, suspendido en los aires, hablando de amor desde la altura.

Cuando llegaron á la casa cerraba la noche. Juan Ramón, ya de regreso, entregó al amo una carta.

—Díjome seña Pinito de los Ríos que llegó pol paquete jace tres días.

XXXVII

No hubo artificio teatral, ni en la emoción, ni en el gesto.

Leyó la carta, que era larga, tranquilamente como si se tratase de *otro* que no fuese él. A mitad de la primera página experimentó un desasosiego irresistible y fue á leer en la última la firma... *Jaime Blancafort*..... Después continuó la lectura al terminar, fijos sus ojos en el espacio vacío de la estancia murmuró en voz baja como si alguno estuviese presente:

—Bien te has vengado!

La célula paterna no contestó. En aquel punto todos los elementos cerebrales sentían exclusivamente el dolor. No había hueco para otro sentimiento.

Era él, el amante de su mujer! Le escribía también llorando la pérdida de aquella

por la cual había abandonado todo y que ahora le dejaba por un comiquillo italiano, un macarrón descolorido, un ser afeminado de rostro lampiño y melena ensortijada y rubia, que la golpeaba brutalmente. Imposible sacarla de aquella situación: ella lamía humilde la mano que la abofeteaba... había llegado á morderle! Y el médico, aquel catalán brusco y serrote, de semblante moreno y barba recortada en punta y gafas de oro, lloraba al contarle buscando alivio en aquella confianza al marido, tal vez pensando que este haría valer sus derechos y le vengaría, tal vez prefiriendo saberla bajo el dominio de su dueño legítimo que bajo el encanto del cómico descolorido que se hacía adorar á palos y mordiscos.—¿Pero qué tenía aquella hembra para seducir á dos hombres honrados y despreciarlos?—Y era lo peor que tenía dos niñas, dos angelitos que la madre retenía en su poder y sufrían el hambre y la cólera del tiranuelo italiano!—Eran sus hijas... también lo eran de Santiago porque llevaban el apellido de Bordon. Oh! Mucho le había ofendido;

XXXVIII

Era muy entrada la noche. Todos dormían.

En el hueco de la puerta, frente al espacio negro donde la sombra, una sombra inmensa, sin límites, había tragado todas las cosas, allí quedó Santiago por largo tiempo hundido bajo la onda del dolor. En aquel instante no hubo fingimientos, no buscó con amañes ridículos la frase de efecto, ni el ademán dramático, ni las elegancias de la caída. Cayó brutalmente, como caen las bestias rendidas, sintiendo con claridad pasmosa su inmenso abandono, lo irremediable de su dolor y balbuceando con voz sollozante y trémula, como un niño perdido de noche en una senda solitaria:

—Ay, madre de mi alma! Madre de mi alma!

Aquel grito de la niñez, aquella invocación á la madre muerta hizo que las lágrimas saltasen y lloró, lloró mordiéndose los puños, queriendo meterlos en la boca para estrangular los sollozos, los rugidos de rabia y desesperación que sentía subir desde el fondo del pecho con gorgoteo atropellado.

De pronto salió corriendo por el camino del barranquillo. Fué un impulso verdadero, una decisión brusca de matarse, de concluir, de no sentir, de no ser, de arrojarse y deshacerse en la tiniebla. Saltaba como una bestia herida; abriendo con miserable expresión de terror sus ojos inútiles de miope, el pecho anhelante, la garganta estremecida por los sollozos, los dientes apretados, el pensamiento lleno de la decisión inquebrantable del suicidio. Corría tropezando en las raíces de los grandes árboles, hiriéndose con las espinas de las zarzas, saltando sobre las piedras movedizas, adelante, en línea recta, hácia el hueco de la sombra hasta

despeñarse en un abismo ó estrellarse contra el granito del monte.

Y de pronto se acordó de las cuevas del agua.

Fué una idea clara, precisa: allí estaba la muerte aguardándole, allí estaba en el fondo cenagoso del estanque, el sueño eterno, la caricia suave de la muerte. Por algo aquel sitio le inspiró siempre un terror indefinible: por algo el murmullo del agua al caer en el abismo resonante parecióle un discurso no entendido, una voz que le hablaba sin acertar á comprenderla. Ahora lo entendía bien; aquella voz le llamaba prometiéndole el reposo de la muerte.

—Al agua! Al agua, Santiago! A ella, hombre inútil, abandonado de todos.... hasta de la tisis! Al agua, tísico inmortal!

Y el mismo, al través de sus dientes apretados, rugía espoleando su voluntad.

Ya en el cauce del barranquillo no fué posible correr. Tropezaba en las gruesas piedras, enganchábase en las espinas y cuando, después de buscarla por largo tiempo, encontró la vereda que conducía

á los estanques subterráneos, trepó por ella lentamente, rendidas las fuerzas, resbalando en la arcilla húmeda, sobrecogido por el murmullo anfórico del agua que de pronto alzó su voz en el silencio de la noche.

—Adelante... arriba... á la muerte!

Al llegar arriba, cayó de bruces sobre el reborde á trechos derruido del siniestro abismo. El busto quedó dentro de la caverna. Y entonces, las voces del agua estallaron en sus oídos con clamoreo formidable.

Un estruendo colosal, retumbante, ensordecedor: los mugidos de una catarata que se despeña, el sorbo monstruoso del abismo que la traga y todo ello reforzado, engrandecido por la resonancia anfórica de la gruta. Nada se vé: un agujero, un hueco negro, más negro que la sombra negra, donde salpica á intervalos un reflejo diamantino, un rayo de luz fugaz que no se sabe de donde viene y que hiere una gota de agua que se desprende. Allá abajo se adivina la negra superficie de la onda, siéntese su frescura,

el hálito húmedo del monstruo invisible: desde allí mira fijamente, seduce, atrae con fascinación tenáz.—¿Hasta dónde llega la caverna? Quien lo sabe?—Es un abismo, es lo desconocido: el agua penetra en el monte y duerme en su seno.

El rumor es inmenso: todo se conmueve con vibración profunda y prolongada. Un gorgoteo impaciente de gárgara monstruosa, una carcajada provocativa é incabable, el fragor de la ola, el estruendo de una riña, el golpe sordo de martillos gigantes, el rebramar de un trueno, el sorbo profundo y sostenido del abismo, y en medio de todos aquellos ruidos el retintín metálico puro y simpático de una gota que cae aislada y lentamente.

Abajo está la onda... no se vé, se adivina. Aguarda inmóvil y paciente su presa, se abrirá á su paso con horrible chapoteo para luego cerrarse con lenta ondulación, un escalofrío de la onda que se desvanece y muere en los desconocidos límites de la caverna.

¡Oh! ¡Sentir aquel formidable estruendo debajo del agua! ¡Morir de horror, de

miedo antes que estrangulado por la onda!
¡Adivinar de antemano el erizamiento de la carne cobarde, la dilatación hórrida de las pupilas, la crispación violenta de las manos, el pataleo tardío de la bestia aterrorizada en lucha con la muerte!
¡Sentir la carcajada colosal y burlona, las voces ahuecadas y medrosas del agua, mientras el cuerpo es sorbido, tragado brutalmente por el abismo tenebroso é insondable!

Y sin embargo era preciso. Todo antes que la vergüenza de la huida y del arrepentimiento. ¿Si ahora no se mataba, cuando iba á matarse?

Era necesario cerrar los ojos, dejar de pensar, balancear el cuerpo con energía desesperada y lanzarse de cabeza.

Oh! Si el barranquillo no hubiese interrumpido su carrera! Si no hubiese sido preciso buscar torpemente la subida! El impulso que traía era bastante: faltaba el suelo de pronto y el hundimiento se realizaba.

Pero ahora era necesario un impulso consciente y reflexivo, un acto de la

voluntad. No importa... está resuelto... hay que esperar un poco... no puede retroceder. Mejor en esta decisión fría y razonable de morir.

Y el mismo se concede una tregua. La noche es larga.

Oh! Y como vibra con timbre metálico y simpático la gota de agua que cae y cae acompasadamente destacándose por más próxima sobre el vocerío furioso del agua! Parece una voz amiga. ¿Donde, donde la oyó otra vez?—Hace ya mucho tiempo... es un recuerdo muy lejano... Ahora lo recuerda?... La *pila* de la casa paterna, el mueble característico de las viviendas atlánticas, la armazón de madera en cuya parte superior la piedra de filtro deja caer una á una las gotas de agua entre verdes culantrillos hasta el *bernegal*, el ánfora barriguda de roja arcilla donde se acumulan lentamente. Es un recuerdo de la infancia, cuando de noche, desde el lecho, en el silencio tranquilo de la vieja casa, oía el choque metálico y rítmico de las gotas de agua que filtran y caen sin apresuramiento. Es una voz amiga que le

enternece hasta las lágrimas y le aísla por breve rato de la realidad.

Rompen los sollozos en nueva crisis desesperada y aunque pugna por ahogar el grito, estalla al fin, poniendo su clamor de bestia herida en el formidable estruendo que conmueve la caverna. La voz de la bestia humana despierta los ecos: vibran los huecos de la piedra, reflejando el grito de dolor y aquella nota viva; su propio acento tan intenso terror le produce, que en tal punto se convence de que nunca tendrá ánimo suficiente para matarse.

La comedia es inútil! Es un cobarde!

Entonces fué cuando de un golpe irguióse frente al abismo, sintiéndose sujeto por las zarzas como por otras tantas garras que brotasen de la sombra, y rompió en un alarido de horror que estremeció la sombra é hizo aullar á los perros á lo lejos.

Fué toda su carne, fué un impulso irresistible donde no hubo ficción; fué todo su desprecio de sí mismo, fué el pánico imbécil lo que salió á borbotones de su boca en un aullido estridente y tenaz.

Corrió. Ni él mismo sabía adonde ir. Corrió hácia arriba, en busca de gentes, sintiendo que la locura le invade. Vá en dirección á la casa y cuando está próximo á ella, los perros que le desconocen le asaltan ladrando ferozmente. Entonces, como un animal acosado, huye por la senda de los castaños y sin aliento, con la boca seca llena por el resuello anhelante de su pecho, cae pesadamente, desvanecido sobre la era.

Por mucho tiempo su grito de angustia, un grito lúgubre de animal herido y abandonado, resonó en el espacio negro, perdiendo poco á poco el acento de la desesperación para tomar las inflexiones apagadas de una queja monótona y tristísima como la de un niño que sollozara perdido en la noche en una senda solitaria.

XXXIX

El cuerpo quedó sobre la era, las piernas recogidas, los brazos en cruz, el pecho elevándose y deprimiéndose con estertor angustioso, los ojos muy abiertos todavía llenos de lágrimas, los lentes rotos aun enganchados en la nariz; por detrás de la cabeza, en espera paciente y silenciosa, un perro... el *bardino* de Juan Ramón; arriba las ramas desnudas de los castaños y más arriba, en la bóveda celeste, el disco recortado de la luna, un cuerno luminoso, despidiendo su reflejo pálido que no conseguía borrar el centelleo parpagueante de las estrellas.

Allí quedó el cuerpo, como el cadáver de un náufrago que el mar arroja á una playa desierta.

*
* *

—¿Despertaba?—Amanecía?... No acertaba á precisar; pero esa era la sensación: ó alguien despertaba ó en alguna parte amanecía. Quizás eran las dos cosas á la vez.

Un despertar tranquilo, feliz, un estiramiento perezoso de miembros aún entumecidos, con la clara impresión de un prolongado y reparador descanso. El que despertaba sentíase ágil, capaz de todo.... hasta del vuelo. Y de aquel sueño largo solo quedaba una amargura: la de haber corrido mucho persiguiendo una cosa que siempre escapaba en el punto mismo en que pensó alcanzarla. Una alucinación, sin duda: porpue ahora en el reposo del despertar algo recordaba. *Aquello* había sido por mucho tiempo un rayo de luna fugitivo trás el cual corría.... después convirtióse en un girón de niebla que se deshacía al tocarlo.... Por un momento había creído acertar: *aquello* era el cuerpecillo gentil de su hermanita que huía burlona, esquivando sus manos y que cuando, acorralada, sin escape posible, creía aprisionarla, abría sus alas, unas

alas no sospechadas, escapando con risa argentina por el espacio.

Alguien había soñado. En alguna parte amanece.

Pero quién soñó?

Sin duda el que ahora despierta en el punto mismo en que se hace la luz. Es el mismo que goza de aquel reposo extraño ultraterrestre, solo turbado por la reminiscencia del sueño, por el ansia de atrapar una cosa que escapa, que se transforma algo que es una idea que huye ó una palabra rebelde que se busca y no se encuentra. Aún despierto persiste la alucinación: hay algo que falta á su reposo... fáltale alcanzar *aquello* que huye y que cuando para escapar no le basta la rapidez de su carrera, abre de pronto las alas y se remonta en el espacio riendo burlonamente. Le falta entender...

Entender! La palabra es una revelación.

Aquello que persigue no es luz, ni es bruma, ni es la figurilla picaresca de su hermana... Nó.—Es que hace mucho tiempo, horas tal vez, tal vez siglos, está percibiendo un extraño rumor, vago, lejá-

no, una voz que le habla; que á ratos cree reconocer y entender y que cuando está á punto de definirla, huye, haciéndose cada vez más confusa, más inteligible, perdiendo la forma articulada, difundiéndose en un murmullo bárbaro y monótono.

Al fin entendió.

Fué una sensación, grave, serena y reposada donde no despuntaron terrores imbéciles. Es la voz del mar, surgiendo del horizonte invisible, estremeciendo la onda dormida del espacio.

—Eso es! dijeron á su oído.

El que habla está próximo, vela á su lado, por detrás de su cabeza. No puede verle, pero le siente.---Allí está.---Quién es?

Y sin esfuerzo ni admiración, aceptándolo como un hecho natural y lógico, pensó que era su padre, el viejo querido, cuyos ojos bondadosos le miraban desde la sombra, aquellos ojos en los cuales la grandeza de su espíritu rebosaba en una mirada de benevolencia inagotable. Allí estaba... venía de muy lejos. Y él no podía moverse, no podía verle; pero lo sentía, lo adivinaba, sentado, descansando de las

fatigas del viaje, esperándole sin impaciencia.

—Eso és!

Entonces, al recobrar por un instante la posesión de su personalidad tuvo un raptó de lucidez y pensó:

—He delirado... tal vez deliro aun... estaré muerto?... Vivo no puedo estar porque no siento el dolor de la vida... pero, Dios mío, donde está el dolor?... Donde?...

Y se angustiaba al buscarlo como si se tratase de un objeto extraviado. Tuvo la impresión de que sus uñas escarbaban en la tierra, removiéndola para encontrar el dolor perdido.

Alguien á su espalda, murmuró, hostigándole á aquella obra inútil.

—Busca, busca! Cerca anda... Que te quemas!

Había percepciones delirantes donde se mezclaban símbolos de una pureza romántica con ideas y palabras de una chabacanería lastimosa.

De nuevo la confusión reinaba en su cerebro dominando siempre el impulso

tenaz de atrapar materialmente un algo rebelde que se escurría. Por un momento se imaginó constituir el centro de una serie de círculos luminosos, como las ondulaciones que en la superficie de una charca produce la caída de una piedra.... la vibración huía ensanchándose en círculos cada vez más ténues, cada vez más lejanos y él fatigábase inútilmente por reducirla al reposo que era el silencio. La onda se idealizaba... ya no era movimiento del agua, ni siquiera vibración luminosa... era un grito prolongado de dolor, era la vida que se alejaba difundiéndose en un espacio ignoto y sin orillas que, después de escalofriarse á su contacto, permanecía mudo, insensible, inmóvil.

De pronto creyó haber atrapado una ondulación. Sujetábala en la mano crispada y ella resistía pugnando por huir, doblándose como un resorte sutilísimo.... era una idea.... una idea que pretendía escapar á la curiosidad de su espíritu y él la estrangulaba antes que soltarla. La idea se quejaba, un grito de dolor que salía ronco, angustioso de una garganta apri-

sionada. Que era *aquello*? Pero, Señor, que era *aquello*?

Creyó por un momento entrever la verdad y su espíritu reposó por breve tiempo: allí estaba *ótro*, á su lado.... uno á quien conocía, que había sido algo suyo y que se quejaba y sufría, tumbado en el suelo, difundiendo el dolor de la vida en ondas concéntricas que turbaban el silencio indiferente de la noche. ¡Aquel era el dolor que buscó hasta entonces con vano empeño! Y sintió una compasión inmensa hácia aquel despojo lamentable que fué suyo.—Pobrecillo! Cuanto sufría! Sin embargo no había de ser por mucho tiempo.... todo se acaba y aquel dolor se gastaba difundándose y perdiéndose en ondas concéntricas, cada vez más lejanas, cada vez más ténues. Pronto vendría el agotamiento y con él la inmovilidad y el silencio reveladores del reposo. Y cediendo á un impulso de piedad abría su mano para dejar á la onda dolorosa libre de huir lejos, muy lejos.....

Ahora descansaba, ya descifrado el enigma, ahora prestaba atención al rumor

lejano del océano; pero no conseguía entenderlo. Quería distraerse de la contemplación de aquel pélico miserable que aullaba á su lado escalofriando el espacio ignoto y sin orillas con su grito doloroso. La otra voz, la del mar, resultaba más grave, más solemne, llegando del fondo del horizonte, conmoviendo y golpeando la tierra al penetrar por tortuosas galerías. En ella sonaban las voces de los suyos, llamábanle, acercándose y huyendo como las olas que se dirijen á la playa y al tocarla huyen presurosas sorbidas por el abismo; ya le gritaban animándole, creciendo su clamor, ya escapaban mitigándose y difundiéndose hasta casi anularse y en tal punto se transformaban de pronto en un copo de espuma que sobre el lomo de una ola era como un blanco pañuelo agitado en señal de despedida. Y otra vez la angustia de abarcar *aquello* que escapaba á su espíritu adquiría formas materiales y luchaba con la ola procurando reducirla al reposo cuando hería en la playa, mientras ella rebelde y sutilísima escurriase entre sus dedos crispados para abismarse

en las lejanías de la inmensidad pavorosa.

¡Oh, entender... entender!

La tensión del espíritu fué tan grande que se trasmitió á la carne: hubo una crispación en el cuerpo y el dolor, el horrible dolor de la vida se tradujo por un chispazo intelectual. Volvió á la realidad por un instante y pudo percibir la vaga visión del cielo centelleante, de la luna lívida, de los castaños esqueléticos, la sombra prolongada de alguien que velaba oculto á sus espaldas. Y entonces pensó:

—Es que me muero....

La visión externa enturbióse desfigurándose y borrándose lentamente. Tal vez veía el mundo al través de sus lágrimas; tal vez se hundía en una charca como los renacuajos del barranquillo y contemplaba la realidad grotescamente deformada por la onda que le sumerje.

Y á medida que lo de afuera se difunde borroso, un sosiego sobrehumano invade su espíritu.

Entonces fué cuando le hablaron. Era, sin duda, el rumor del océano, pero trans-

formado, una voz lenta y grave con el acento familiar y amigo de la célula paterna.

—Amanecer! Despertar!... Bien lo pensaste y no en mejor forma podrías expresar esta idea que no cabe en el entendimiento humano: la idea de la muerte.— Estás muriendo... sí, hijo mío, estás muriendo: en tí amanece, en tí despierta algo.—Ni puedes entenderlo, ni puedes expresarlo de otro modo. Acertaste en cuanto pudiste, romántico hasta la muerte! —La muerte! Y teníasle miedo!—Saboreála lentamente: es lo mejor de la vida.— Así; que te inunde, que te posea por completo este reposo inmenso, esta paz profunda y te haga olvidar el dolor estúpido de la vida.....—Dentro de poco lo comprenderás todo, cuando *las cosas* entren en tu alma sin necesidad de colarse por los huecos estrechos de tus sentidos, cuando puedas expresarlas sin la jerigonza ridícula de tu lengua.....—Ya verás!... Ya sabrás!... un poco de paciencia.— Cierto que *el otro* puede hacerte sufrir aún... ese... el que está tumbado sobre la

era solitaria, el que por el dolor te liga todavía á la realidad..... Pobrecillo! ¡Recuerdas sus terrores ante la idea de morir! ¡Si se supiera solo y moribundo en el seno de la tiniebla!..., Créese solo; pero no lo está... ya tu lo sabes. Aquí estoy yo, aquí están todos los tuyos rodeándole invisibles, acompañándole como los parientes rodean el lecho mortuario... Esto es una alcoba... él se duerme, se apaga y tú despiertas, tú amanece!—Ay, hijo mío, que él no despierte! Que se apague pronto! Porque si él despierta, si la llama prende en las cenizas, sentirás de nuevo la vida, el dolor, el miedo á la muerte!—Todavía inconscientemente se agarra á la tierra, araña en ella con sus manos como acariciándola.—No lo creo; pero si sucede ten paciencia... aquí estamos nosotros aguardándote... Ya verás! Ya sabrás!--Animo!... el dolor se aleja en ondas cada vez más anchas, cada vez más ténues....

Y la voz se confundía con el murmullo del mar... La ola se alejaba... la voz que iba en ella se extinguía... era un aleteo... ya no se oía y entonces se transformaba

en un copo de espuma sobre su lomo redondo, un lienzo blanco que parecía decir...

—Hasta la vista!... Hasta la vista!

Otra llegaba... otra ola cargada de rumores salvajes, voces guturales de acento ronco que apenas permitía distinguir las palabras.... Eran ellos, los del Collado... Pero, á que venían y porqué rodando revueltos en la ola?—De pronto conoció la voz de Isidro el de la Vinculada... ¿A qué venía aquel ser insignificante en aquel momento supremo? Parecía toda la realidad condensada en un mosquito turbando con sus alas el religioso silencio de un éxtasis divino. Y hablaba, se hacía oír, se imponía con su acento duro de salvaje manso. Es que contaba una historia interesante: el hallazgo del cuerpo del Primavera en el fondo de la Cazuela, medio sepultado por la arcilla de un desprendimiento. Ya eran dos: el amo y el bobo de los Arbejales... era necesario conducirlos á la Ciudad en hombros, uno muerto, otro á medio morir en parihuelas, unos troncos amarrados con fibras vegetales, recubrier-

tos con hojas, muchas hojas de laurel... las únicas que entonces se encontraban... ¡Valiente caminata! Y en tan mala compañía!

La voz es monótona, mal humorada. En cambio, que dulce resulta la de la Pilares! La emoción la ahoga, habla de su excursión á la Cazuela, de aquellas palabras de amor surgiendo entre la bruma sobre el abismo... ¡El Primavera le habló después de muerto! Ella está seguro de que el desplome de la tierra fué antes... No hay quien le haga entender otra cosa. Allí está el principio de una leyenda...

El también lo cree sin esfuerzo... aquello debe ser verdad. Por eso la extraña emoción que sufrieron, melancólica y poética, al escuchar el himno de amor vibrando en la altura.

—Hora qui no mi ves mi atrevo....

La voz se alejaba subiendo entre la bruma y, más arriba, como un eterno reproche murmuraba desolada y suavemente:

—Mal conocida!

Sí! La bestia soltaba sus alas, esas alas

que todos poseemos, muchos sin saberlo, plegadas á la espalda, y hacía su ascensión gloriosa entre la niebla á la altura!

También en el monstruo amanecía, algo huía del pécio aprisionado en el fango de la Cazuela, algo que en él vivió y que ahora se lanzaba al espacio, difundíendose, como todo, en círculos concéntricos cada vez más ténues, cada vez más lejanos.

Todo aquello era arrastrado por la ola, una ola clamorosa al llegar y que ahora se deshacía, retirándose, en un murmullo suave y lastimero que parecía decir:

—Mal *conocía!* Mal *conocía!*

El también había repetido muchas veces aquella frase... aquella ú otra equivalente. Toda su existencia estaba condensada en aquel reproche.... Pero, á quien la dirigió? A quién?—Algo había él codiciado que nunca obtuvo.—Que era? Quién era?—Sin duda, alguna cosa insignificante, pequeñísima. Y sin poder recordarlo tuvo la clara evidencia de haber perdido todo su tiempo de vida terrestre corriendo en pos de una cosa tan insignificante que no era posible ahora encontrarla ni entre el polvo

del camino por pequeña, ni flotando en los aires por lijera, ni por sosa desleída en la onda del mar.

La onda susurraba lenta, monótona. De nuevo volvía á la playa, llegaba á él adormeciéndole con la incomparable poesía del *Arrovró atlántico*..... era la voz de su madre, otrá vez le arrullaba; otra vez, como de niño, arrancábale á la realidad ruín empujándole con su acento á la región de los sueños.

—Oh! soñar!... soñar!

La voz adquiría alas, un aleteo pesado, monótono que convidaba á dormir.

La situación era semejante.., él sentía el balanceo de la cuna, una cuna en que era arrebatado al través del espacio entre ramas de laurel, coronado para la fiesta de su sueño eterno. El camino era largo, muy largo.... iba allá, á su destino, á un término desconocido. Sin duda los mozos le transportaban á la Ciudad, mial humorados, sintiendo las molestias del viaje por aquellos senderos difíciles, distrayendo las penas con cánticos salvajes.

Claramente escuchó sus voces:

—San Juanín--San Juanón--
San Silvestre--y san--Si--món!

Eran ellos, sí, borrachos, entonando el himno imbécil, acompañando las notas nasales del acordeón que vibraban lamentosas entre los resoplidos del fuelle roto y el retintín de las botellas golpeadas ferozmente hasta romperlas.

Le llevan, le arrastran, le enfangan en la realidad y mientras él se defiende batiendo las alas que le ofrece la voz de su madre, siente la obsesión tenaz de que delante vá *el otro*, tal vez el cuerpo abandonado que antes aullaba en la era solitaria, tal vez el despojo enlodado del Primavera. Uno y otro se confunden, es imposible separarlos... son la bestia, el monstruo sediento de la hembra, rendido al fin, destrozado y sangriento, mientras él va detrás, pugnando por elevarse entre la bruma y perderse en el espacio cantando suave y melancólicamente:

—Mal conocida! Mal conocida!

Oh! El otro, al fin, dormía, se apagaba.
El, en cambio, despertaba, amanecía!

Juntos iban: el salvaje violador y el

señorito que no podía resistir á las mujeres sin medias. Juntos, sí.—Y porqué no? —Ambos habían amado.... Y entonces, como un chispazo brotó la imagen de *ella*, tan rápida y fugaz que cuando fué á asirla se le escapó entre los dedos con la ola que se retiraba.

—Pobre señor de Bourdón!

Otra voz, otra mujer... ¿Era la de antes ó era otra?... La voz se transformaba en una mirada, una mirada rebelde que atenía al horizonte, al océano, atisbando la ola, sobresaltándose cuando la espuma de lo lejos salpica y finje la vela hinchada de buque que regresa... Era ella, la Mercedes atlántica que le miraba pasar desde la taberna, metido en la parihuela mortuoria sobre el laurel de los vencedores.

El otro iba siempre delante. El camino era largo, eterno... la sombra cundía, todo era negro, muy negro... era necesario romper con azadas la tiniebla para abrirse paso... aquello parecía una mina... faltaba espacio, aire y no era posible volar. Y con esfuerzo angustioso batía las alas, sintiendo una sensación análoga á la del que se

asficia y pugna trabajosamente por dilatar el pecho inmóvil.

Parecía que la sombra inmensa se echaba sobre él pesando sobre sus alas, rompiéndolas y sepultándole.

—Animo, poco falta!

¿Eran ellos, los lúgubres sepultureros, los que hablaban animándose ya al fin del largo camino?—No; era otra voz, la del viejo padre que permanecía en espera paciente á sus espaldas, aguardándole.

—Animo, poco falta! Delante vá la bestia inmundada, el macho sediento! Tú eres la voz que se eleva á la altura, que canta escondida entre las nieblas el himno santo del amor! Animo! Ya despiertas... ya amaneces!

—Qué luces són aquellas?—Brillan en el fondo, diseminadas, formando una ráfaga fosforescente en el seno de la sombra. Los salvajes están rendidos, han puesto en tierra la parihuela, descansan en la altura de San Roque y desde allí, él divisa la Ciudad Atlántica dormida en el fondo del valle, entre las palmeras, á orillas del mar. No puede ser otra cosa. La adivina

en aquel vago fulgor que serpea en el fondo... Todo calla, todo duerme...

Y de pronto en el silencio augusto que parece desprenderse de todos los objetos inmóviles y flotar en la sombra, las campanas alzan su voz:

Son ellas, sí! Las reconoce, distingue sus voces de metal, persiguiéndose unas veces, otras corriendo á la par en galope sonoro, preguntándose y respondiendo, agitando la onda dormida del espacio en círculos concéntricos cada vez más tenues, cada vez más lejanos. Son ellas, sí, las que entonan un himno glorioso como para saludar al héroe que llega en una parihuela coronado de laurel, vertiendo sobre la ciudad adormecida el zumbido formidable del bronce.

—Ya llegamos! Ya llegamos!

El repique concluye... quedan dos notas, dos palabras! El las conoce, las espera! la voz de la Asunción que pregunta curiosa desde dentro, por detrás de los portones cerrados, siguiendo la vieja costumbre atlántica.

—Quién?

Y la otra, la de Santa Ana, grave, solem-

ne, que contesta desde afuera, desde el camino, delante de la terrible puerta cerrada:

—Páz!

Aquel acento, que reasumè la aspiración de todo su ser, estremece con hondo escalofrío el espacio. El vé las ondulaciones difundirse cada vez más ténues, cada vez más lejanas. Y en tal punto llega hasta el fondo de sus ojos inertes despertando una suprema impresión, la última, el esplendor del día que se mete por una puerta abierta bruscamente.

—Amanece! Amanece!

*
* *

Y era verdad que amanecía.

El sol fulguró sobre la cúspide del Gallego, empujando las brumas de la mañana hácia las cumbres y, sobre la era, custodiado por el *bardino* de Juan Ramón, hirió en los ojos del cadáver, que seguía con las piernas recogidas, los brazos en cruz, el pecho inmóvil, los lentes rotos, aún enganchados en la nariz.

FIN